

International BestSeller

Un libro de la colección

*Pina
Drake*

MEMORIA
y
OLVIDO

Un libro de
Dina Drake

Memoria y Olvido

Basado en hechos reales

2024

MailBox 7898

.24 X 19 cm – 4357-70 /458945h- FJGD-2

371 42S | 22 / C44p LC PG3569

256-75678457-2567673-1

Tutti i diritti riservati.

È vietata la riproduzione totale o parziale di quest'opera, in qualsiasi forma, senza il permesso degli editori.

Edizione digitale

Para proteger la privacidad y seguridad de las personas involucradas, se han modificado los nombres de los personajes y lugares. Si bien esta historia se basa en hechos reales, algunos eventos han sido dramatizados o modificados con fines narrativos. Nuestra intención es presentar una obra de ficción inspirada en la realidad, sin pretender representar con completa exactitud todos los detalles de los eventos originales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Prologo

Despertar en el hospital después del accidente fue como abrir los ojos en un mundo desconocido para Gabryel. La mujer que estaba junto a su cama se presentó como Linsy, su esposa. Sin embargo, para él, era una completa extraña. Linsy, con los ojos llenos de lágrimas, intentaba desesperadamente hacer que Gabryel recordara su vida juntos, contando historias y mostrando fotografías, pero todo parecía en vano.

Gabryel, confundido y desorientado, se aferraba a la idea de que Linsy debía estar confundida. Cada día se convertía en una batalla emocional para Linsy, quien luchaba por mantener la paciencia mientras la desesperación crecía en su interior. Se sumergía en los recuerdos que compartieron, esperando que algo, cualquier chispa de memoria, se encendiera en la mente de Gabryel y lo hiciera recordar. Pero la amnesia era como una barrera impenetrable entre ellos, amenazando con separarlos para siempre.

Con el tiempo, la preocupación de Linsy se transformó en un miedo paralizante a perder al hombre que amaba. Cada mirada incrédula de Gabryel era como un puñal en su corazón, recordando lo frágil que era su conexión en ese momento. Aunque luchaba con todas sus fuerzas, Linsy no podía evitar preguntarse si la persona que una vez compartió su vida volvería a estar presente en algún momento futuro, o si la amnesia los condenaría a una vida separada.

Capítulo 1

América del Sur, 1993

La habitación estaba casi vacía, sólo había unos cuantos muebles. Sin embargo, allí, en medio de aquella austeridad, había podido recuperar la paz y la normalidad después de salvarse de aquella horrible catástrofe. En aquellos últimos días se había dedicado a examinar minuciosamente hasta el más mínimo detalle de la habitación, y ahora que comenzaba a restablecerse, advirtió sus limitaciones, que hasta entonces le habían pasado desapercibidas.

Las novicias, que le habían cuidado y habían procurado devolverle la salud, se portaban con él maravillosamente. Después de todo, aquél era su medio natural, ellas habían elegido vivir satisfaciendo sólo las necesidades básicas de la existencia y dedicándose al servicio de Dios.

Algo en su interior, desconocido, le decía que su actitud frente a la vida no era la misma. Él estaba habituado a vivir de una forma muy diferente, aunque por más esfuerzos que hiciera, no pudiese recordar concretamente qué clase de vida había llevado hasta entonces. Y ni siquiera el cuidado y la amabilidad de las novicias podían ayudarle a superar la depresión que le causaba no poder recordar nada de lo ocurrido antes del accidente. Y aunque el médico le había asegurado que, aquella era una consecuencia lógica del accidente, que con el tiempo recuperaría la memoria, a medida que pasaban los días perdía la confianza en su pronóstico.

Desde luego, había padecido horribles pesadillas los primeros días de su estancia en la enfermería de la misión, sobre todo cuando le informaron que él era el único superviviente de aquella catástrofe. Deliraba, se despertaba empapado en sudor cada vez que oía el rugido de un avión y luego, poco a poco, la tensión de los primeros días había cedido dando lugar a una sensación de alivio. Estaba vivo y le parecía que había tenido mucha suerte, pero aquella inquietante curiosidad por su pasado no dejaba de desanimarle. Se sumía en una profunda depresión al no poder recordar nada.

Al principio, no entendía el idioma que hablaban las novicias y el médico de piel aceitunada. Pero, en un inglés rudimentario, le explicaron por fin que el avión en el que él viajaba se había estrellado al cruzar los Andes y que el hospital de la montaña al que le habían llevado se encontraba en Trinidad, una gran ciudad situada entre la frontera de Chile y Perú, donde se hablaba guaraní.

No pudieron decirle cuál era el motivo de su presencia en el avión, ya que el fuego había destruido todos los documentos, de manera que no había forma de averiguar su identidad. Pero para animarle no dejaban de insistir en la suerte que había tenido al salvarse.

Las autoridades le informaron que el avión pertenecía a una compañía brasileña; pero allí, a miles de kilómetros de Santiago de Chile, estos asuntos avanzaban con mucha lentitud. Había otros ingleses en el avión, lo cual dificultaba las cosas; mientras no se terminara la investigación, él sería sólo uno más entre ellos. Todo aquello le resultaba molesto, frustrante; se pasaba la mayor parte del tiempo sumido en una profunda inquietud, nadie podía decirle nada que le ayudara a recordar. Aunque él poseía la clave de su propia identidad, era el que menos sabía de sí mismo. Procuraba imaginarse continuamente qué clase de persona había sido antes del accidente.

Algo le decía que él no era un hombre paciente, sino una persona acostumbrada a dar órdenes, no a recibirlas. Estaba ansioso por descubrir su identidad y continuar haciendo su vida normal.

Sólo a veces pensaba con horror en la posibilidad de no volver a recuperar la memoria y en esos momentos su depresión asumía dimensiones desproporcionadas.

La puerta se abrió y entró una de las novicias, la monja Shia, que se acercó despacio a su cama. La memoria de aquel hombre funcionaba de una forma extraña desde el accidente. Recordaba todo con una nitidez asombrosa, era natural, al no tener recuerdos anteriores el presente adquiría para él una gran importancia. A la monja Shia, que no tenía más de veintidós o veintitrés años, según él suponía, le resultaba difícil mantener su aire de frialdad y su compostura cuando él la observaba minuciosamente con sus penetrantes ojos grises. Ella había estudiado en un convento en los Estados Unidos, de manera que hablaba bien inglés y era la encargada de atenderle.

Resultaba extraño que, habiendo perdido la memoria, no se hubiese olvidado de lo que eran los Estados Unidos, o un convento, y sí de todas sus experiencias personales.

— Buenas tardes — le dijo Shia —. ¿Cómo se siente?

Él suspiró y se movió inquieto en la cama. El dolor de cabeza que había sido tan intenso durante los primeros días, después del accidente, y que se debía a una herida que tenía en la frente, había cedido, y aparte de su estado general de debilidad, casi podía decir que se sentía bastante bien.

— Mucho mejor — respondió pasándose una mano por la barba crecida. Hasta ese momento nadie había intentado afeitarse. Seguramente habían preferido no molestarle hasta que se empezara a recuperar.

— ¿Cuándo podré levantarme? La hermana Martha que estuvo aquí esta mañana parece no haber comprendido una palabra de lo que le dije.

La monja Shia le miró. Tenía un rostro que, aunque no era hermoso, resultaba agradable.

— La monja Martha no habla inglés, señor. Yo estaba ayudando al doctor Gomez en una operación y no he podido ocuparme de usted — metió las manos en las mangas de su hábito —. Creo que pasarán varios días antes de que el doctor le permita levantarse. Debe tener en cuenta que su cuerpo ha sufrido una gran conmoción y...

— Me siento muy bien — la interrumpió, tratando de controlar su impaciencia, sin lograrlo —. Nadie parece darse cuenta de mi ansiedad... no sé por qué estaba en ese avión, no sé a dónde me dirigía ni por qué... no sé ni siquiera quién soy.

— Lo comprendemos, señor — la calma de la hermana Shia le resultaba irritante —. Es comprensible que quiera recuperar la memoria y reanudar sus actividades. Sin embargo, ¿no se le ocurre pensar que si hubiese alguien ansioso por conocer su paradero, ya hubiese iniciado algunas averiguaciones?

— ¿Qué tipo de publicidad cree que puede haber tenido el accidente en la prensa europea? — le preguntó molesto —. Además, conozco el tratamiento que suele recibir ese tipo de noticias. Dirán que hubo un accidente en Trinidad, que tal vez murieron sesenta o setenta personas, entre las cuales había seis turistas ingleses, y eso es todo. A menos que alguien se preocupe de buscar más datos, todo quedará así.

La hermana Shia le miró resignada.

— Si usted tiene una esposa o una familia, con seguridad, ellos se encargarán de averiguar lo que le ha pasado.

Él suspiró.

— En el caso de que supiesen que yo viajaba en ese avión. ¿Y si no lo sabían?

¿Qué ocurriría si yo trabajara en Santiago de Chile y sólo fuera de viaje a Río de Janeiro? ¿Quién podría saberlo?

— Si trabajaba en Santiago de Chile, sus compañeros o sus empleados deben saber que usted no ha regresado.

Él frunció el ceño.

— Quizá sí, quizá no — murmuró pasándose una mano por la frente sudorosa y apoyándose en las almohadas. Cuando hacía algún esfuerzo por recordar, aunque sólo fuese un pequeño detalle, se quedaba después agotado y le dolía mucho la cabeza.

La monja Shia se le acercó y le colocó las almohadas.

— No debe esforzarse tanto. El doctor Gomez se enfadará si se entera.

Él volvió la cabeza como diciendo: ¡al diablo el doctor Gomez! Era su vida la que estaba en juego y tenía derecho a recuperar la memoria, costase lo que costase.

Apenas su ira se aplacó, volvió a fijar su atención en la hermana Shia, mirándola intensamente y haciéndola sonrojar mientras ella le tomaba el pulso.

— Dígame, ¿por qué una muchacha como usted ha elegido esta clase de vida? — le preguntó en voz baja

— Por favor! — exclamó la monja Shia dejándole la muñeca y cogiendo el termómetro para tomar la temperatura.

Él continuó observándola mientras ella se movía de un lado a otro por la habitación, arreglando la mesa, las mantas de la cama, y abriendo un poco la ventana para que entrara aire fresco.

— ¿A qué le tiene miedo? — le preguntó cuando ella volvió a acercarse a la cama para mirar el termómetro — . Es una pregunta muy sencilla, ¿por qué no responderla de igual forma?

— No hay una respuesta sencilla.

Los ojos de él se entrecerraron con ironía:

— Eso no es una respuesta, hermana.

— No puedo decirle algo que no sé, señor: Eso es lo que quería decir — y se dirigió hacia la puerta — . Pronto le traerán la comida.

— No tengo hambre. ¡No se vaya! — exclamó ansioso, y ella volvió a sonrojarse.

— Debo marcharme.

— ¿Por qué? ¿Me tiene miedo? A lo mejor soy un sacerdote, nadie puede saberlo. Quizá tengamos eso en común.

— No lo creo, señor.

— ¿Por qué no?

— No actúa como un sacerdote, señor — le contestó muy nerviosa.

— No podría hacerlo, ahora no sé quién soy.

— No, no por supuesto. Pero hay algo más, algo en sus ojos... que me dice que no lo es.

Los ojos grises del hombre se clavaron burlones en la monja Shia.

— ¿Es por la forma en que la miro? ¿Como si usted me agradara?

— ¡Señor! — ella se había quedado sorprendida y él sintió remordimientos de haberle hablado así.

Usaba a la pobre muchacha para no pensar, para distraerse de la continua obsesión que le atormentaba, pero aquella actitud era cruel, ya que ella no podía o no quería defenderse.

— ¡Oh, váyase! — exclamó él de pronto — . Siento haberla ofendido.

La hermana Shia vaciló como si hubiese querido decir algo más, pero luego, con un breve suspiro, se retiró, cerrando en silencio la puerta.

Con una imprecación contenida, él sacó las piernas fuera de la cama, le recorrió un temblor cuando sus pies tocaron el suelo frío. Luego se puso de pie, esperó un momento hasta que desapareció el mareo que le había provocado el cambio de posición y caminó despacio hacia la ventana.

El paisaje era maravilloso, hermoso. Pensó, con ironía, que en otras condiciones aquél le hubiera

parecido un lugar ideal para pasar unas vacaciones, para descansar de las tensiones que la vida traía consigo...

De pronto, hizo una mueca. ¿Qué le hacía pensar que él llevaba una vida llena de tensiones antes del accidente? Inexplicablemente, se sorprendía a sí mismo pensando que debía ser una persona importante. Pero en realidad no tenía ninguna razón para apoyarse en ese tipo de suposiciones... Ni tampoco en las contrarias, desde luego... Le resultaba muy duro tener que reprimir continuamente sus fantasías sobre cuál sería su identidad... pero aquella situación se mantendría mientras no tuviera ninguna pista que le descubriera su pasado.

Suspiró profundamente. El aire fresco y puro que entraba por la ventana le invitaba a relajarse. El hospital estaba construido en una de las laderas de la montaña y debajo de él había un profundo valle, donde serpenteaba un río entre matorrales y rocas cubiertas de musgo.

Las cimas nevadas de las montañas daban una gran majestuosidad al panorama. Los Andes, eran imponentes y bellos. Realmente le parecía asombroso que pudiera haberse salvado de un accidente en aquellos picos escarpados, entonces sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Un hombre bajaba por una ladera y un rebaño de cabras saltaban por entre las rocas delante de él. Todo era tan apacible que empezó a sentirse más tranquilo. Veía cómo la gente aceptaba con sencillez su vida y comprendió que siempre se podía aprender de cualquier experiencia por desagradable que ésta fuera. Quizá él era uno de esos hombres despreciables que vivían siempre inmersos en un mundo competitivo y despiadado.

Se apretó la cabeza con las manos, intentando evitar aquellos pensamientos, cuando oyó unos pasos en el pasillo y supuso que sería Constie, que le traía la comida. Volvió a la cama y enseguida vio entrar a una mujer mayor con un carrito. Apenas ésta vio que él se había levantado, comenzó a hablar en voz alta, en su lengua, moviendo la cabeza mientras él se volvía a acostar, sometiéndose en silencio a sus reprimendas, incapaz de responder. Una inmensa debilidad le invadió de pronto y, agotado, volvió a recostarse en las almohadas.

Constie, se marchó indignada y él comenzó a comer sin ganas. Después de probar lo que había en los platos, decidió comer sólo la fruta.

Momentos más tarde, la puerta de su habitación se abrió y apareció el doctor Gomez. Él adivinó que Constie se habría comunicado, para anunciar que lo encontraron levantado.

Gomez entró despacio en la habitación y cerró la puerta.

— Bien, señor — dijo en tono de reproche — . Usted sabe por qué estoy aquí.

— Desde luego. Seguramente Constie le ha dicho que soy un enfermo muy desobediente y que debo ser castigado.

— No señor. Usted sabe que si yo le digo que debe descansar es porque así debe ser, por su propio bien.

— Sí, sí, lo sé — movió la cabeza, inquieto — . Doctor Gomez, estoy aburrido. ¿Me comprende? Aburrido — repitió, dejando caer una mano sobre la manta — . ¿Cuántos días hace que estoy aquí? El tiempo se me hace interminable. No tengo nada que leer, nadie con quien hablar. Estoy obligado a permanecer aquí mirando el techo todo el santo día.

— Es lamentable, señor, pero no hay libros en inglés en el hospital. Sin embargo, está usted mejorando poco a poco. Su temperatura ya es normal. Todavía está débil, por supuesto, pero tal vez mañana pueda levantarse un rato y sentarse junto a la ventana.

— ¿Cuándo averiguarán quién soy? — preguntó suspirando.

— Ya se está haciendo lo posible, señor. Las autoridades...

— ¡Oh, no me diga! — exclamó apretando los puños, pero en seguida, su ira se disipó; sentía un intenso dolor de cabeza — . ¡Oh, Dios, este maldito dolor!

Gomez se mordió los labios, preocupado.

— Señor, si yo pudiese hacer algo, ayudarle a recuperar la memoria, no dudaría en hacerlo. No hay ningún medio para lograrlo. Puede ocurrir mañana mismo. Créame, he visto varios casos como el suyo. Cuando esté restablecido, la amnesia desaparecerá, se lo aseguro.

Él había cerrado los ojos un momento mientras el médico le hablaba, luego los abrió para mirarle.

— Lo siento. Sé que hace usted todo lo que puede. Perdóneme.

Gomez hizo un gesto como quitándole importancia.

— No hay necesidad, señor. Lo comprendo. Pero no vuelva a levantarse de la cama sin permiso. Podía haberse caído y haber pasado horas y horas en el suelo. Y no le conviene resfriarse — sonrió.

Capítulo 2

Linsy dejó que fuese el animal el que escogiera el camino por la montaña. Ella no conocía aquel paraje, de manera que estaba decidida a permitir que el caballo la llevase donde quisiera. ¡Era tan agradable, tan relajante, después de la tensa atmósfera del Castillo y todos los problemas que representaba, dejarse llevar así, durante un largo rato! Si hubiese estado con Steven y Luchia, no habría podido hacerlo. La brisa que agitaba la copa de los árboles junto al lago era fresca y el sol se iba hundiendo lentamente en el horizonte. Linsy suspiró y miró a su alrededor. Hacía tres años que no cabalgaba por aquel lugar, sin embargo, le parecía que hubiera sido ayer. Nada había cambiado. Todo le resultaba familiar y se preguntó cómo había logrado vivir tanto tiempo en el ambiente artificial de Howard sin volver a su tierra natal.

Este era su sitio y se había equivocado al suponer lo contrario.

Sin embargo, en otros aspectos parecía que hubieran pasado más de tres años desde que abandonara Trinidad. ¡Qué ingenua había sido al creer en las declaraciones de amor eterno de Howard! Tres meses después de su boda, él ya había comenzado a repetirle aquellas mismas palabras a otra mujer. Sentía un nudo en la garganta cuando recordaba todas las humillaciones que había tenido que soportar. Sabía que si su tía Chloe no hubiese intervenido, ella ya habría vuelto a su casa, abandonando cualquier esfuerzo por seguir junto a su marido. Pero su tía Chloe era una mujer muy religiosa y para ella un sacramento como el matrimonio debía durar hasta la muerte. No quería oír ni una sola palabra acerca de la infidelidad de Howard y lo único que le interesaba era que Linsy siguiera asumiendo el papel de esposa resignada y comprensiva.

Linsy no podía pedir ayuda a nadie. Estaba Steven, por supuesto, que era su primo. Hacía tres años que se había casado y se desempeñaba como un importante cargo político en Trinidad. Ella no podía comunicar sus preocupaciones, aunque estaba segura de que él hubiera hecho cualquier cosa por ayudarla.

Los padres de Linsy murieron cuando ella era una niña. El padre de Steven también había muerto muy joven; fue asesinado ocupando el mismo cargo político que ahora desempeñaba su hijo. La familia lo pasó bastante mal en aquellos años porque los enemigos del padre de Steven persiguieron a todos sus parientes y simpatizantes. Linsy se refugió en Castillo Roca Negra, con la hermana mayor de su padre, para estar a salvo.

Y allí se había quedado hasta que en una recepción que dieron en honor del nuevo gobernador, en el palacio de Monsalver, conoció a Howard Paladi.

El caballo seguía ahora el curso del río. Linsy miró hacia las montañas y vio un águila volando en el cielo.

Entonces apresuró el paso de su caballo.

Era hora de volver al Castillo. No debía estar tanto tiempo fuera de él y dejar sola a su tía Chloe, pero le dolía la cabeza de tanto inventar excusas para justificar la tardanza de Howard. De todos modos, algún día, su tía debía enterarse de la verdad, y entonces... Se miró las manos, y se quedó mirando su anillo de bodas. Deseaba quitárselo, romper todas las cadenas que la ataban a un matrimonio que no había sido tal, pero no podía hacerlo. Mientras tía Chloe viviese, ella tenía que fingir que Howard seguía siendo su marido. Pero Howard estaba muerto.

Su corazón latió apresurado. La vida suele cambiar de pronto y sin que uno pueda evitarlo.

Sería inútil fingir dolor por la muerte de Howard. Ella no le amaba, tal vez nunca le había querido, puesto que el amor no podía morir así, sin dejar rastros. Sus sentimientos hacia Howard

se habían basado sólo en una pura atracción física. Si ella hubiese sido mayor, y más madura, se hubiese dado cuenta de ello, pero había vivido tanto tiempo recluida en el Castillo con la tía Chloe, que de inmediato se sintió ilusionada por las atenciones de un hombre tan atractivo como él, tan inteligente y que además tenía mucha experiencia. A Howard no le costó ningún trabajo conquistar a Linsy.

¡Oh, qué ingenua había sido! Ella se había casado muy enamorada de Howard o al menos había creído que lo estaba, pero muy pronto pudo comprender el tremendo error que había cometido. Todas las ilusiones que se habían forjado en relación con Howard y a su vida juntos se habían hecho pedazos.

Se sonrojó al recordar la humillación que había sufrido en la brutal consumación de su matrimonio. Howard había bebido, cosa habitual en él, y no tuvo en cuenta que Linsy no poseía la experiencia de las mujeres con las que él solía tener relaciones. Cuando todo terminó y Linsy se quedó llorando a su lado, Howard se volvió y se durmió, sin preocuparse por lo que ella pudiera sentir.

Fue una experiencia muy desagradable para una joven tan ingenua como ella, criada por su tía y educada en un convento de Asunción. Desde aquel día Linsy no podía soportar las caricias de Howard sin sentir repugnancia.

Tal vez, ella había sido un poco culpable del fracaso de su matrimonio. Quizá había esperado demasiado de él. No había tenido relaciones con ningún otro hombre y no sabía si aquel comportamiento era el habitual. Él la había acusado de ser frígida y ella se calló con la mayor ingenuidad del mundo. No disfrutaba de sus atenciones y se sintió aliviada cuando él comenzó a dejarla sola. Y ahora, agradecía a Dios no haber tenido hijos.

El Castillo de la Roca Negra estaba situado en el fondo del valle. Era de piedra gris, se erigía majestuoso sobre una colina rocosa. Aunque le daban siempre el nombre de castillo, no era excesivamente grande y sólo sus torres y sus gruesos muros daban cierta exactitud a aquella denominación.

Linsy entró con su caballo en un pequeño patio. Un servidor se le acercó para llevarse el animal. Ella entonces fue andando hasta la casa para lo cual tuvo que cruzar un portal de madera.

El vestíbulo del Castillo era cuadrado, de aspecto sólido, no tan espacioso como se podía suponer observándolo desde fuera, y tenía una sola escalera de caracol que llevaba al piso superior. Por una arcada, se entraba a una sala que daba al valle y aun en los días más calurosos, en esta habitación, ardía el fuego en la chimenea. Los muros del Castillo eran muy gruesos y aislaban del calor. La sala era una habitación confortable, el suelo estaba cubierto con pieles de animales y los tapices de las paredes describían la turbulenta historia del país.

Penelope Devian, la dama de compañía de su tía, estaba sentada en la sala, cosiendo junto a la ventana. Así se pasaba el día, a Linsy le asombraba que pudiera pasarse horas y horas haciendo lo mismo sin aburrirse. Vio entrar a la joven y le sonrió. La habían contratado después del matrimonio de Linsy, para que acompañase a su tía. La joven sabía que Penelope también estaba pendiente de su futuro. Si Chloe de la Roca Negra muriera...

— Ha dado un largo paseo, señora. Estaba preocupada por su tardanza.

Linsy dejó sus guantes de montar sobre una mesa que se hallaba junto a la chimenea.

— Me quedé con Steven y Luchia más tiempo del que había pensado — respondió —. Hacía tiempo que no les veía y teníamos mucho de qué hablar.

— Su tía ha estado durmiendo. Ahora la enfermera está con ella, tal vez sería conveniente que fuera a verla.

— ¿Cómo encuentra a mi tía, Penelope? Quiero decir que si cree usted que ha mejorado.

Penelope la miró con el ceño fruncido.

— Ya que me pregunta, señora, creo que sí. ¿Tiene usted alguna razón para hacerme esa pregunta? ¿Está pensando en volver a Europa...?

— ¡No! — la interrumpió Linsy de inmediato.

No quería pensar siquiera en la posibilidad de regresar a Europa. Esa etapa de su vida había terminado para siempre.

— Se lo preguntaba porque usted pasa más tiempo que yo con ella y debe saber si ha mejorado algo.

Penelope estudió minuciosamente a la muchacha.

— ¿Hay algo que la preocupa, señora? Parece usted... inquieta.

Linsy se volvió haciendo un ademán con la mano.

— No me pasa nada.

— Pensé que quizás estuviera preocupada porque su esposo no ha llegado todavía — murmuró Penelope.

Linsy inclinó la cabeza. No quería que la mujer advirtiera la ansiedad que había en sus ojos.

— Howard llegará... discúlpeme. Iré a ver a mi tía — y corrió hacia arriba con el corazón agitado.

Hasta Penelope había comenzado a sospechar. Y si su tía mejoraba, preguntaría por qué Howard no estaba allí. ¿Cómo decirle a su tía Chloe que Howard estaba muerto? El Castillo era su hogar, su refugio y ella quería mantenerlo apartado del mundo exterior, al margen de todo lo ocurrido.

Sus nervios comenzaron a acosarla de nuevo. La escalera se abría en dos direcciones y las habitaciones principales daban a este corredor. La habitación de su tía era enorme, tanto que cuando era niña la asustaba entrar en ella. Ahora reinaba allí un ambiente de hospital; las persianas estaban entornadas para evitar que entrara el intenso sol de la tarde.

La enfermera estaba sentada junto al lecho de su tía. Era una mujer de unos treinta años, morena, llevaba siempre un uniforme impecable, y lo que era más importante, era muy eficiente. Se puso en pie cuando entró Linsy y esbozó una sonrisa.

— Buenos días, señora. ¿El paseo fue agradable?

— Sí, gracias — respondió Linsy mirando la figura que yacía sobre la cama — .¿Cómo está mi tía?

La enfermera miró a su paciente. Chloe de la Roca Negra nunca fue una mujer corpulenta y ahora, la enfermedad la había dejado prácticamente en los huesos. A pesar de ello, Linsy sabía que apenas abriera los ojos, se reflejaría en ellos el fuerte carácter que conservaba a pesar de la enfermedad.

— Su tía ha dormido casi toda la tarde, señora — replicó la enfermera — .Creo que su respiración es más regular.

Linsy se mordió los labios y sonrió.

— Debe estar aburrida, sentada aquí toda la tarde. Baje y busque a Lupita, coma y beba algo. Yo me quedaré con mi tía.

— Me traerán una bandeja, señora.

— Aun así, le vendrá bien descansar un rato.

— Sin duda, señora.

— Vaya entonces. Tendré tiempo suficiente para bañarme antes de la cena, cuando usted regrese.

— Es usted muy generosa, señora.

Linsy negó con la cabeza y la enfermera se marchó. La joven se acomodó en la silla y miró hacia las ventanas entornadas. Desde aquí era posible ver una parte del valle.

Miró a la anciana en la cama. No tenía los ojos abiertos ni estaba despierta. Era una mujer de ochenta años. Había estado casada, pero Linsy no podía imaginársela joven ni enamorada de ningún hombre; siempre había sido tan severa, tan rígida...

Chloe se movió y dijo algo ininteligible, pero no estaba consciente. Parecía hablar en sueños o quizás estuviese delirando. Entonces Linsy miró hacia la puerta, preguntándose si debía llamar a la enfermera. Pero no tuvo que hacerlo, porque en seguida la anciana se quedó tranquila y Linsy se tranquilizó. Una vez más, su tía se movió y Linsy se inclinó hacia ella. Chloe parecía querer decir algo y sus dedos se aferraron a la muñeca de Linsy.

— No deben... dejarla... marcharse... — murmuró Chloe y Linsy movió la cabeza.

— ¿No deberían dejar marchar a quién, tía Chloe?

La anciana no parecía oírla.

— No... deben dejar que ... se marche, no debía haberlo hecho... sabía que no saldría bien... — la tía movió la cabeza de un lado a otro.

— ¿Qué es lo que no saldría bien? — volvió a preguntarle inútilmente.

— Debía haber... aceptado el consejo de la reverenda madre... debía haber hablado con... Linsy

— dijo con voz apagada.

Linsy tembló. Los dedos de Chloe se aflojaron y ella pudo retirar la mano. Se volvió a apoyar en el respaldo de la silla y con expresión ausente se cogió la muñeca, mientras pensaba angustiada en lo que acababa de oír. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué su tía estaba preocupada por su posible partida? ¿Hacia dónde? ¿De qué estaba hablando?

Cuando la enfermera Gómez volvió, ella seguía obsesionada por las palabras de su tía.

— Ha sido usted muy amable, señora. Salí a comer fuera y estoy mucho más despejada.

— Trataré de venir un rato también mañana para sustituirla. Es justo que pueda tener usted un rato libre.

— Me pagan por cuidar a su tía sin descanso — comentó la enfermera — . Y, además, es mi trabajo.

— Debo marcharme, la veré luego — dijo Linsy dirigiéndose a la puerta.

La enfermera asintió y la muchacha salió, bajando la escalera despacio.

Penelope Devian seguía sentada cosiendo, pero Linsy se dio cuenta de que se había cambiado de vestido. Apenas entró Linsy la observó, pensativa.

— ¿Algún problema, señora? ¿Es por su tía? ¿No habrá tenido otro ataque?

— No, está durmiendo.

— La veo cansada, señora. ¿Está segura de que no tiene alguna preocupación?

— ¿Por qué me lo pregunta? Sólo me preocupa la enfermedad de mi tía — Linsy se sentó en una silla.

Penelope apartó la costura y dejó caer las manos sobre su falda.

— ¿Está preocupada por su esposo, señora?

Linsy apretó los labios e impaciente movió los dedos. Era la última pregunta que hubiera querido que le hicieran en aquel momento.

— Ya se lo he dicho, Howard regresará pronto.

Penelope estudió a la muchacha con ojos penetrantes.

— Pues yo estoy segura de que su tía no lo cree así, señora — aquellas palabras dejaron atónita a Linsy.

— ¿Qué quiere decir?

— Quizá no he debido decirlo...

— Pero lo ha dicho, Penelope. ¿Qué quiere decir?

— Su tía está preocupada por usted, señora. Teme que no sea feliz con ese hombre.

— ¿Qué? — le preguntó Linsy sin poder creer lo que estaba oyendo.

Pero, en el fondo, no tenía por qué sorprenderse; su tía sabía que nunca había sido feliz con Howard. ¡Ella misma le había escrito a su tía rogándole que le permitiera volver con ella...!

— Es verdad. Desde que su salud empezó a deteriorarse, a comienzos del año, se ha preocupado mucho por su matrimonio. Temía que si algo le sucediese a ella, usted pudiera abandonar a su marido, romper el matrimonio y el sacramento...

Linsy se irguió en su asiento.

— ¿Y? — agregó trémula.

— Usted sabe que su tía nunca permitiría que pasara una cosa así.

Linsy iba a decir algo, pero se reprimió. Se limitaría a esperar y a tratar de comprender qué planes tenía su tía respecto a su futuro. Clavándose las uñas en la palma, dijo:

— Mi tía quería que me casara con Howard.

— Lo sé, pero ahora piensa que, tal vez, no debió animarla a que lo hiciera.

— ¿Usted sugiere que tenía otros proyectos para mí?

— Me dijeron que usted era una alumna excelente en el convento. Tal vez... esperaban que usted... fuese...

— ¿Que tomara los hábitos? — preguntó horrorizada.

Nunca había sentido la vocación religiosa.

— Es posible — Penelope se encogió de hombros.

En ese momento apareció Lupita, el ama de llaves.

— ¿A qué hora quiere comer, señora? — le preguntó a Linsy.

— Dentro de media hora, Lupita. ¿Le parece bien?

El ama de llaves asintió, se retiró y Linsy se puso en pie.

— Tengo que ducharme y cambiarme de ropa, Penelope — cruzó el vestíbulo para subir la escalera que llevaba hasta su habitación.

Los acontecimientos de aquel día se agolparon en su cabeza y necesitaba estar sola para pensar.

Las palabras de Penelope le habían hecho imaginarse cuáles eran los deseos de su tía y no quería pensar en lo que sucedería cuando Chloe descubriera que Howard estaba muerto.

Después de bañarse y vestirse, bajó para reunirse con Penelope y cenar. La dama de compañía no estaba sola. Un hombre moreno, de mediana edad, con hábitos de cura, estaba en la sala hablando con Penelope. Los ojos de Linsy brillaron de alegría.

— ¡ Mon Señor Paul! ¡Qué alegría verle!

El hombre se volvió y cogió las manos extendidas de Linsy.

— ¿Pero qué veo? — preguntó él con tono burlón — . ¿Es ésta la pequeña Linsy? Estás hecha toda una mujer.

— Gracias, padre. Usted está muy bien también. Y se quedará a comer con nosotros, supongo.

— Ésa es mi intención, si no hay inconveniente — dijo sonriendo.

Linsy se alegró, pensando que no tendría que quedarse sola con Penelope después de la conversación tan tensa que habían mantenido. Además, el Mon Señor Paul era una de las personas que más le agradaban. Era maravilloso poder hablar con él. Era tío de Steven y su tía Chloe también le apreciaba mucho.

Durante la cena hablaron de la anciana. El Mon Señor Paul quería saber cómo estaba y dudaba de su completa recuperación.

— Tu tía es una mujer muy mayor y está muy débil, Linsy. Otro ataque como el que tuvo podría ser fatal. Debes estar preparada para lo peor. Por suerte, tienes un marido en quien puedes

apoyarte, si estuvieras soltera, quedarías vulnerable a cualquier estafador.

Linsy inclinó la cabeza mirando fijamente el vino que había en la copa que tenía entre los dedos y agregó.

— El doctor Gomez confía en una nueva medicina que tal vez pueda mejorar su estado.

— La medicina tiene sus límites. Tu tía ha vivido mucho tiempo y ha llegado a una edad avanzada sin tener que soportar las incomodidades de la vida. Puedes darle gracias a Dios.

— ¡Por supuesto, padre! Y usted también debe saber que mi tía le está agradecida por todo, en particular en estos momentos.

— Puede ser así, no lo dudo, Linsy. Pero es a ti a quien más necesita. Por eso es tan importante que venga tu esposo, ya que tu futura felicidad es la mayor preocupación de tu tía.

Linsy miró preocupada a Penelope. Tarde o temprano, la conversación siempre volvía a girar alrededor de Howard. ¿Y por qué no? Era natural. Al fin y al cabo, era su esposo. Sólo ella se mostraba susceptible ante este tipo de comentarios.

Volviendo a colocar la copa sobre la mesa, se puso a recordar cuándo había comenzado a sentirse así, y supuso que fue en el aeropuerto de Monsalver, cuando se encontró con Jim Kilmer, el apoderado de su tía. Él no había tardado en explicarle que su tía se estaba muriendo y que deseaba ver a Linsy y a su esposo antes de morir, quería estar segura de que su sobrina era feliz.

Linsy, trastornada por el accidente de Howard, le escuchó sin decir palabra. No le había comentado que era viuda, que su marido estaba muerto, sino que permaneció en silencio y al hacerlo se vio obligada a llevar aquella mentira adelante.

Esto era peor. Mentir al apoderado era una cosa, pero al Mon Señor Paul, su confesor, era otra.

Poniéndose en pie, se dirigió hacia un rincón de la habitación:

— ¿Puedo ofrecerle algún licor, padre?

Más tarde, después del café, Linsy trató de cambiar el rumbo de la conversación.

— Debo ir al convento. Quisiera ver a la monja Layla y a la monja Shia. Y por supuesto, a la reverenda madre — dijo la joven.

— Seguro que ellas estarán encantadas de verte, hija mía. Aunque ahora la monja Shia trabaja en la enfermería de la misión.

Linsy se sirvió más café.

— ¿Y le gusta el trabajo? Recuerdo que siempre quiso ser enfermera.

El Mon Señor Paul arqueó las cejas.

— Supongo que es feliz. Sin embargo, a veces me pregunto si esa vida es la más indicada para ella.

— ¿Por qué lo dice?

El Mon Señor Paul frunció el ceño.

— Tal vez no deba decirlo. La hermana Shia es religiosa por vocación, pero hay un hombre en el hospital en este momento y me temo que... — su voz titubeó un momento y luego prosiguió — .

Tal vez hayas oído hablar de él, Linsy. Es el único superviviente del terrible accidente de avión que hubo en las montañas hace un par de semanas, poco después de tu llegada.

Linsy empezó a sentir interés.

— No recuerdo nada. Es que la enfermedad de mi tía...

— Desde luego — asintió el Mon Señor Paul — . ¿Qué importancia podrían tener las noticias en ese momento? De todos modos, ese hombre ha perdido la memoria.

Linsy le miró atónita.

— ¿Qué ha perdido la memoria?

— Sí — dijo el Mon Señor Paul tomando un sorbo de café — . Al principio tuvieron alguna dificultad para entenderse con él porque es inglés, pero tu amiga, la monja Shia, resolvió la situación. Gomez dice que su amnesia es sólo temporal, pero ya han pasado dos semanas y no hay síntomas de una posible recuperación. Están empezando a perder las esperanzas.

Linsy sintió un escalofrío, pero cada vez sentía una mayor curiosidad.

— ¿Quiere decir que nadie ha podido identificarle?

— Nadie. Y estas cosas llevan tiempo. No es una investigación sencilla. Ha sido difícil encontrar los restos del avión e identificar a los otros pasajeros. No se ha logrado saber nada acerca de este hombre.

— Comprendo — Linsy se humedeció los labios.

Apenas si oyó lo que dijo el Mon Señor Paul a partir de ese momento, ya que su cabeza se llenó de ideas confusas y le fue imposible concentrarse.

— Tal vez te permitan verle, Linsy. Después de todo, tú acabas de llegar de Londres, y quizá puedas hablarle de su país, hacerle recordar algo. Además, seguramente se alegrará de poder charlar con alguien que hable bien su idioma.

— Si usted lo cree útil, padre, iré.

— Confieso que mis motivos no están relacionados con el paciente. Más bien, estoy preocupado por la hermana Shia. Preferiría que no estuviese tanto tiempo con ese hombre, creo que la aturde. Linsy cogió un cigarrillo y lo encendió, aspirando profundamente. No fumaba a menudo. Era uno de los hábitos que Howard casi le había impuesto. Pero a veces fumar un poco le ayudaba a tranquilizar sus nervios.

Seguía dándole vueltas en su cabeza a toda aquella historia; y hubiese deseado preguntarle más detalles al Mon Señor Paul acerca de aquel hombre antes de verle. No podría hacerlo sin despertar la curiosidad del sacerdote, no debía comentar con nadie las descabelladas y absurdas ideas que se le habían ocurrido desde que se había enterado de la existencia de aquel hombre. Desde luego, eran descabelladas y absurdas.

Antes de marcharse, el Mon Señor Paul fue a ver a su tía y Linsy le acompañó. Chloe estaba despierta, pálida y ojerosa. Su aspecto empeoraba rápidamente y, aunque se daba cuenta si alguien entraba en la habitación, apenas podía reconocer las facciones de los visitantes.

Saludó al sacerdote, que se sentó al lado de la cama, sosteniéndola las manos y diciéndole que estaba muy contento de saber que se estaba recuperando.

Chloe miró hacia donde estaba Linsy a los pies de la cama.

— Por suerte tenemos a Linsy aquí. Hasta que no he caído enferma no me he dado cuenta de cuánto la echaba de menos.

El Mon Señor Paul miró a la muchacha y asintió:

— Sí. Su sobrina se ha convertido en una hermosa mujer, ha madurado.

Ésa es la palabra: ha madurado.

— ¿Usted cree que es feliz, Paul? — preguntó Chloe.

Entonces Linsy, sin poder evitarlo, se puso rígida.

— ¡Oh, sí, así lo creo! No se preocupe, Chloe. Linsy está bien.

Chloe movió la cabeza y su respiración se volvió más agitada.

— Tengo miedo por ella, Paul. No se parece a mí. ¿Por qué habría de ser como yo? Yo soy una mujer vieja y endurecida por las tragedias de la muerte y de la política de este país. He visto cómo mataron a mis familiares y amigos por el solo hecho de ser fieles a sus ideas. Linsy no ha visto nada de esto. Ha estado protegida toda la vida.

— Ahora Trinidad es un lugar pacífico, Chloe — dijo el Mon Señor Paul estrechándole las

manos — . La inestabilidad política pertenece ya al pasado y no hay razón para que los hijos de Linsy, e incluso sus nietos, no puedan vivir en paz aquí.

— Eso mismo dijeron entonces, Paul.

— Usted está viviendo en el pasado, Chloe.

— Tal vez tenga razón. Dime... ¿cuándo llegará Howard? — preguntó mirando a su sobrina.

Linsy sintió que el rubor le quemaba las mejillas y una vez más deseó que el Mon Señor Paul no lo advirtiera.

— Pronto, tía Chloe — se volvió hacia la ventana.

Odiaba todo esto, no le gustaba mentir, pero, si decía la verdad en ese momento... El Mon Señor Paul, al parecer, no advirtió su inquietud, ya que se puso en pie y dijo:

— Debo marcharme. Se está haciendo tarde y usted debe descansar. Estaré en el valle, Chloe, y pronto vendré a visitarla.

— Sí, por favor — Chloe le estrechó la mano — . Necesito que me dé fuerzas, Paul.

— Dios se las dará, hija — murmuró el Mon Señor Paul, con tono bondadoso, se inclinó para bendecirla antes de marcharse.

Al llegar a la planta baja, puso sus manos sobre los hombros de Linsy mientras estaban en el vestíbulo:

— Le diré al doctor Gomez que piensas visitar la misión. ¿Cuándo lo harás? ¿Mañana? ¿Pasado mañana?

Linsy vaciló. Todavía no tenía tomada una decisión definitiva y no quería complicar más la situación, de manera que con un débil suspiro murmuró:

— Posiblemente dentro de dos días, padre. Quizá, mañana, pero no puedo asegurarlo.

— Muy bien — dijo él, frunciendo el ceño — . Pero si no quieres ver a ese hombre, no te esfuerces.

— No he pensado demasiado en ello. Ha sido maravilloso verlo, padre, vuelva pronto. Usted sabe que siempre es bienvenido en esta casa.

— Gracias, hija mía — el Mon Señor Paul se encaminó hacia el portal — . Me alegra saber que tu vida en Londres no te ha cambiado.

Linsy cerró la puerta y se apoyó unos momentos en ella, una vez que el sacerdote se hubo marchado. Sentía una gran ansiedad mezclada con un sentimiento de culpa. Aún no había tomado ninguna decisión, y la idea de que aquel desconocido fuera su marido, era sólo pensamiento descabellado que Linsy se empeñaba en albergar; el único deseo de salvarse de los planes que su tía tenía para ella. Y, sin embargo, se sentía culpable y al haber llegado tan lejos, se veía obligada a seguir...

Capítulo 3

Oscar Gomez le había traído al enfermo alguna ropa, pantalones y un jersey para las noches más frescas. Todo le quedaba bien y el desconocido se preguntaba, con cierta amargura, qué edad tendría.

También le trajo una máquina de afeitar. Cuando se lavaba y se miraba al espejo, sentía un profundo desconsuelo. Era horrible contemplar una y otra vez sus facciones y no reconocer en ellas ningún rasgo que le resultara familiar, nada que le ligara a un pasado al que él debía pertenecer; sin duda, seguía siendo un desconocido para él mismo.

Durante los últimos días le habían permitido levantarse de la cama y pasear por el jardín de la enfermería. Las monjas, vestidas de blanco, sonreían al comprobar los progresos que hacía y murmuraban cuando él pasaba a su lado, con aprobación y agrado.

Asimismo, resultaba evidente que a medida que su salud mejoraba no podía seguir siendo una carga para las monjas, ya demasiado atareadas con las ocupaciones de la misión.

Si hubiera estado en Londres, hubiese sido mucho más fácil ponerse en contacto con alguna organización que le ayudara, pero aquí, a miles de kilómetros de su país, resultaba prácticamente imposible.

Además, no sabía cuál había sido su vida antes del accidente. Cuando trataba de pensar y recordar algo, sólo lograba quedarse en blanco, y aunque Gomez le había dado varios libros para que pudiera distraerse leyendo, la mayoría de ellos estaban en portugués y no los entendía. Una vez, al ver unos números, creyó reconocer algo que le resultaba vagamente familiar, pero apenas comenzó a tratar de recordar, y volvió a quedarse en blanco.

A pesar de todo, el miedo que había sentido al principio, al pensar que podía haber perdido la memoria para siempre, ya no era tan intenso ni frecuente. Empezaba a pensar que quizá había acabado acostumbrándose a aquella situación. No es que se hubiera resignado a seguir así el resto de su vida, pero como era lógico, el paso del tiempo le iba dando cierta serenidad para enfrentarse a ella. «Serenidad, sí, pero nada de resignación», se decía a sí mismo. No podía darse por vencido y renunciar definitivamente a recuperar su pasado, su identidad...

Por la mañana solía tomar café con Oscar Gomez, en la terraza del pequeño hospital. Había descubierto que los habanos que fumaba Oscar le resultaban agradables y que aquel momento del día era el más gratificante para él.

Una mañana, estaban sentados en la terraza, como acostumbraban, cuando de pronto vieron a dos personas que se acercaban a caballo por el camino. Desde la terraza, era posible contemplar todo el valle. El sol daba sobre el tejado y el aire era cálido, estaba lleno de fragancias, ya que las novicias plantaban todo tipo de hierbas en el terreno del hospital.

A medida que los jinetes se aproximaban, pudo ver que uno de ellos era una joven. Su pelo largo y rubio asomaba por debajo del sombrero de ala ancha que llevaba para protegerse del sol. La acompañaba un muchacho de unos quince o dieciséis años.

El doctor Gomez se apoyó sobre la barandilla de la terraza y él le imitó. Ambos se quedaron muy sorprendidos cuando oyeron la exclamación de asombro que salió de los labios de la muchacha mientras bajaba de su caballo. Su rostro palideció levemente y luego, sin mirar al médico, subió los escalones y se puso delante del enfermo.

— ¡Holy Mother! — exclamó aferrándose a los brazos del hombre con los dedos crispados — . ¿Es posible? ¿Eres tú Howard? Por el amor de Dios, ¿qué significa todo esto?

Hubo un momento de silencio durante el que ninguno de ellos pudo articular palabra.

Luego, Gomez pareció reaccionar y con voz apagada dijo:

— Linsy, ¿está usted diciendo que este hombre es su esposo?

La muchacha asintió despacio:

— En efecto, es Howard Paladi, mi esposo.

El hombre se quedó sorprendido, atónito. Había pensado que si alguna vez alguien le identificaba podría salir de inmediato de aquel abismo en el que estaba sumido, recuperaría al instante la memoria y empezaría a vivir de nuevo... pero no era así, allí estaba aquella joven desconocida, y que aseguraba no sólo conocerle, sino estar casada con él. Era increíble.

¿Era posible? ¿Acaso Linsy, como la llamaba Gomez, le conocía tan bien? ¿En realidad había compartido su vida, su hogar, su cama? ¿Cuánto tiempo hacía que estaban casados? Ella parecía muy joven. ¿Tenían hijos?

Todo aquello le parecía un sueño o una pesadilla, algo desde luego absolutamente irreal. Todo le daba vueltas.

Gomez notó lo afectado que estaba. Había palidecido de pronto y parecía estar a punto de desmayarse. Ahora lo que menos importaba era que fuese o no el esposo de Linsy. Lo importante era evitar cualquier trastorno que pudiese afectar a su salud, sobre todo ahora que empezaba a restablecerse.

— Vamos adentro — dijo el doctor Gomez.

Linsy fue delante y Gomez les condujo a su oficina. Las persianas bajadas atenuaban el calor de los rayos del sol. Había dos sillas donde se sentaron por indicación del médico.

Él se sentía profundamente aturdido y le resultaba difícil formular todas las preguntas que se agolpaban en su mente.

Linsy le miraba fijamente con sus enormes ojos oscuros mientras movía la cabeza. ¿Qué esperaba él encontrar en los ojos de ella? Desde luego no lo que en ese momento veía; aquella mirada no parecía la de una esposa que acaba de recuperar a su marido, sólo había en ella un gesto de incredulidad e interés, pero nada más.

De pronto le asaltó la sospecha. ¿No estaría mintiendo aquella muchacha? ¿Qué propósito la llevaba a asegurar que él era su esposo? Era un extranjero, en tierra extranjera y no sabía quién era ella.

Gomez se sentó en una esquina de su mesa y miró a Linsy.

— Vamos por partes, Linsy. A lo mejor este hombre tiene cierto parecido con su esposo, pero ¿qué le hace afirmar con tanta seguridad que mi paciente es quien usted afirma?

— Usted sabe que estaba esperando que llegase Howard.

— Sí, me lo ha dicho su tía.

— Pues, ha llegado. Aunque, me imaginé que algo le había hecho retrasarse porque no... nos pusimos de acuerdo.

El doctor Gomez parecía preocupado.

— ¿Usted piensa que Howard podía ir en el avión que se estrelló, el que se dirigía a Río de Janeiro?

— Es posible. No tenía por qué ir a Santiago de Chile, ¿verdad? Pudo haber decidido ir a Brasilia y luego llegar en automóvil, en lugar de esperar un vuelo a Monsalver.

Es posible, Linsy. Pero no del todo probable, diría yo.

— ¿Cómo puede decirme eso? ¿Es que cree que no soy capaz de reconocer a mi propio marido?

El doctor Gomez se apartó de la mesa.

— Muy bien — dijo cruzando los brazos — . Supongamos que acepte que su suposición es

posible. Partamos de ahí. ¿Qué más me puede decir sobre su esposo? ¿Tiene alguna señal que pueda permitir identificarle?

— No creo — negó con la cabeza.

— ¿No cree? — dijo Gomez apoyando las manos sobre la mesa — . Linsy ¿sabe lo que está diciendo? Afirma usted que este hombre es su esposo, simplemente porque le parece reconocer sus facciones.

Linsy se puso de pie y se apartó un mechón de pelo de la cara.

— Por muy descabelladas que le parezcan mis afirmaciones, debe reconocer que hay bastantes coincidencias.

— ¿Cuándo van a dejar de comportarse como si yo no estuviera presente? ¿Es que yo no tengo nada que decir en todo este asunto? ¿Están ustedes discutiendo mi futuro?

El doctor se volvió hacia él.

— Por supuesto, señor, debe usted perdonarnos. Esta situación es nueva para mí. Y ni el más experto de mis colegas podría explicar una situación como ésta. Lo único que sé es que Linsy tendría un especial interés en que usted fuera su esposo.

Él se rascó la cabeza y cerró un momento los ojos. Todo aquel asunto estaba tomando unas proporciones parecidas a las de una comedia llena de errores y él no quería jugar el papel principal.

— Mire, Gomez — dijo él de pronto — . ¿No podríamos suponer, por lo menos por ahora, que haya cierta verdad en las palabras de esta joven? En todo caso vale la pena probar. Tal vez, si vuelvo a nuestra casa, nos encontremos con alguna persona que pueda reconocerme...

— ¡No! — exclamó la muchacha antes de que terminara de hablar — . ¡No, no es posible... Howard! Nuestra casa no está en Trinidad. Vivimos en Londres, ¿no lo recuerdas? No hay nadie aquí que pueda identificarte, con excepción de mi tía, desde luego...

— Y ella está casi ciega — comentó Gomez.

— Comprendo — dijo él mirando a Linsy — . Cuéntame cosas de mí. Cuál es mi profesión. ¿Cómo me gano la vida? ¿Tengo familia?

— No, no tienes familia — ella trataba de buscar las palabras adecuadas, sin darse cuenta de que el hombre la miraba con bastante escepticismo — . Eres piloto de carreras. No tienes una verdadera profesión. No la necesitas. Tu padre era Sir Gordon Paladi y él te dejó una fortuna suficiente como para vivir sin tener que trabajar.

— Comprendo — dijo él frunciendo el ceño — . Sigue. Hasta ahora, todo eso no significa nada para mí. ¿Cuánto hace que nos casamos? ¿Cuántos años tengo? ¿En dónde nos conocimos?

— Nos conocimos en una recepción, en Monsalver. Acababan de nombrar al nuevo gobernador y como yo soy su prima, estaba allí.

— ¡ Un momento! ¿Conozco a ese nuevo gobernador?

Los ojos de Gomez se iluminaron.

— Sí, Linsy, Steven le conocerá.

Linsy se retorció las manos.

— Supongo que sí. Pero cuando hablé con Steven, hace algunos días, iba a volver en seguida a Monsalver. Él y... también Luchia.

— ¡Nooo! — exclamó Gomez mostrando su contrariedad.

— No hay que preocuparse de eso ahora. Sigamos con otras cosas. ¡Por favor!

— ¿Qué más? Oh, sí... nos casamos hace más de tres años y tú tienes treinta y dos.

— Soy bastante mayor que tú, entonces — comentó él con sequedad.

— Sí... sí. Yo tengo veintidós.

— Comprendo.

Alguna de aquellas cosas tendría necesariamente que sonarle familiar, pero no era así. En realidad, le parecía que aquella joven le hablaba de un hombre completamente diferente a él. ¿Era posible? No se podía imaginar una ocupación más inútil. Durante los días transcurridos en el hospital de la misión había sentido admiración y respeto por Oscar Gomez y por sus esfuerzos por ayudar a sus semejantes.

En aquel momento, la medicina le parecía la profesión más abnegada y digna de admiración de todas, y las carreras, una dedicación demasiado frívola para lo que él había imaginado que debía ser su pasado. Cada vez que había pensado en cuál sería su posible profesión, se le ocurría la industria o la educación. Nunca había pensado en una profesión como la de piloto.

Gomez le acercó un cigarrillo.

— Fume, y no se ponga nervioso. No hace falta que se esfuerce tanto. Cuando llegue el momento recuperará la memoria, créame.

— ¿Y cuándo ocurrirá eso, doctor? — le preguntó rápidamente Linsy.

— ¿Quién puede saberlo?

— El doctor está diciendo en realidad que es posible que nunca recupere la memoria — dijo él encendiendo el cigarrillo — . ¿Y tú quieres estar atada de por vida a un hombre que nunca podrá recordar quién era?

— ¡Por favor, no hables así! El doctor dice que en su momento recuperará la memoria.

— ¿Y qué pasa si no es así?

— Supongamos por un momento que mi paciente es su esposo. ¿No puede descubrir algo en la compañía aérea o preguntar a sus amigos de Londres sobre cuándo salió de viaje su marido y si realmente iba en el vuelo del avión que se estrelló? — le preguntó Gomez.

— Por supuesto — contestó ella.

— Está bien — dijo Gomez — . Usted comprenderá, Linsy, que necesito estar seguro de que mi paciente es quien usted dice antes de dejar que se marche de la clínica. No podría autorizar su salida sin contar con pruebas fehacientes de su verdadera identidad.

— Comprendo — respondió Linsy.

Estaba muy nerviosa; primero había creído muerto en el accidente a Howard y ahora se lo encontraba a salvo en el hospital de la misión, y por si fuera poco, el doctor Gomez no hacía más que dudar de su palabra. Tendría que demostrar delante de él que aquel hombre era su marido.

El médico dudó un momento y luego se dirigió hacia la puerta.

— Creo que todos necesitamos una copa. ¿Me disculpan un momento si les dejo solos? — agregó mirando a su paciente — . Su primera visita. Todo un acontecimiento, ¿verdad?

Cuando el médico se marchó, él se puso en pie y paseó inquieto de un lado al otro de la habitación. Si aquella muchacha decía la verdad, él debía comprobarlo.

Se detuvo frente a ella y la miró con curiosidad:

— ¿Tu nombre? Es decir, de soltera, ¿cuál era?

— Linsy de... la Roca Negra.

— Linsy de la Roca Negra — repitió él en voz alta, como hablando consigo mismo — . No significa nada para mí — continuó estudiándola con detenimiento — . ¿Por qué vine a Trinidad? ¿Por qué tu tía está enferma?

— Me mandaste un telegrama. ¿No recuerdas? — ella se sonrojó ante la mirada burlona de él — . Lo siento.

A pesar de lo extraño que era aquella situación, debía reconocer que era una muchacha muy atractiva. Extendió la mano y acarició el cabello sedoso de la joven que le caía sobre los

hombros. Ella se apartó asustada ante aquel gesto inesperado. Él retiró la mano de inmediato y se preguntó por qué ella había reaccionado de esa manera. Si era su esposa, debía estar acostumbrada a ese tipo de caricias. ¿O acaso no lo estaba? ¿Acaso su matrimonio no marchaba bien? ¿Y por eso ella había viajado sola a América del Sur? Él debía haberla acompañado si su tía estaba tan enferma. ¡Le dolía tanto la cabeza...! ¡Si pudiese recordar!

Entonces recordó algo. Fue una imagen fugaz; le parecía inverosímil estar casado con aquella mujer. Fue como si una puerta se hubiese abierto un poco para dejar paso a un hilo de luz, pero sólo fue eso, un tenue recuerdo.

Estuvo a punto de decírselo a ella, pero se contuvo. No había necesidad de hacer nacer vanas ilusiones. Se sintió aliviado cuando se alejó de su lado. Para ser una mujer que acababa de recuperar a su esposo en unas circunstancias tan increíbles, estaba bastante tranquila. Desde luego, aún había que demostrar que él era su esposo, pero con seguridad, tendrían algo que decirse. Algo. Cualquier cosa.

— Dime, ¿por qué has venido aquí? ¿Es que oíste hablar de mí? ¿Sospechaste que yo podía ser tu esposo?

Ella se puso en pie y le miró fijamente.

— No, nada de eso. Creo que debes conocer al Mon Señor Paul. Él a veces visita el hospital y habla con los pacientes.

— Sí, le recuerdo, el cura.

— Es amigo de mi tía. El otro día cenó con nosotros y hablamos de ti. Dijo que tal vez tú te sentirías mejor si pudieras hablar con alguien sobre Londres. Pensó que podría ayudarte a recuperar la memoria.

— Comprendo... Y para haber recibido una impresión tan fuerte, estás demasiado tranquila.

— No es así. Quizás no lo aparente, pero estoy muy nerviosa...

Estaba nerviosa, desde luego, pero él no sabía si se debía a su presencia, o a otras razones. El doctor Gomez volvió en ese momento con una botella de vino y algunos vasos y hubiera sido difícil adivinar cuál de los dos se sintió más aliviado...

Aquella celebración tal vez fuese algo prematura. La expresión de los ojos de Gomez era la de una persona que no está convencida, a pesar de las protestas de Linsy. Cualquiera que fuese el desenlace de todo esto, había evidentes coincidencias. La conversación se hacía cada vez más tensa, de manera que Linsy les dijo que debía marcharse. Gomez comentó que tenía que ver a un paciente y les dejó solos un momento, pero ya no hacía falta molestarse.

Linsy estaba deseando irse de allí y él no intentó detenerla. Se preguntaba si la joven se mostraría cariñosa con él al despedirse, pero para su sorpresa, Linsy le dio la mano haciendo un comentario banal acerca del cambio de clima respecto a Londres. Se marchó con el adolescente que la había guiado hasta el hospital. Entonces él se quedó sumido en una sensación de inseguridad mayor de la que había sentido desde su llegada.

Mientras el hombre estaba descansando en su cama con la ropa puesta, entró la hermana Shia. Él abrió los ojos y le sonrió.

— ¿Qué sucede? — preguntó él — . ¿Ha venido a tomarme el pulso? — entonces advirtió que ella tenía un libro en la mano — . ¿Qué está leyendo?

La hermana Shia se esforzó por mantener la compostura.

— No, no he venido a tomar el pulso. Encontré este libro entre los míos, y como está en inglés pensé que tal vez le gustaría leerlo.

Él se sentó en la cama:

— Es usted muy amable. ¿De qué trata?

— Es la vida de un ingeniero británico, Isambard Kingdom Brunel. ¿Ha oído hablar de él — le preguntó ansiosa.

Él tomó el pesado libro en sus manos y al pasar las páginas y mirar las ilustraciones con los episodios más notables de la vida de Isambard Kingdom Brunel, sintió un profundo interés. Isambard Kingdom Brunel. Sí, él había oído hablar de él. Sintió un vago malestar en las sienes. Aquel nombre significaba para él mucho más que cualquier otro nombre famoso.

Miró a la hermana Shia que le observaba nerviosa.

— Gracias — dijo con una cálida sonrisa — . Me encantará leerlo.

— Puede quedarse con él — la hermana Shia se mordió los labios.

Él se levantó de la cama y la miró, murmurando con gentileza.

— Es usted muy dulce.

La hermana se sonrojó.

— Tengo... que irme — dijo en voz baja y huyó de la habitación.

Él se quedó mirando la puerta cerrada durante unos segundos y luego se puso a mirar el libro que tenía entre las manos. Había algo en él, no sabía qué, que le inquietaba, que le hacía pensar que no era la primera vez que tenía aquel libro en sus manos. Seguramente no había sido aquel mismo ejemplar en particular, pero sí el mismo libro. Se pasó la mano por la nuca. ¡Tenía que recordarlo!

Volvió al libro. Tenía una ilustración del buque Alberdy, que se consideraba la obra más importante de Isambard Kingdom Brunel y, en la página siguiente, una fotografía del puente Busanich sobre el río Bristol. El puente atrajo su interés y lo observó pensativo, fijándose en los cables que lo sostenían. Era una hermosa obra de ingeniería y se sintió maravillado de que una obra tan magnífica pudiese haber sido construida hacía tantos años, cuando todavía la técnica no estaba tan avanzada como en la actualidad. Cuando era niño, él había admirado a hombres como Isambard Kingdom Brunel, personas con imaginación y por eso había querido ser ingeniero, estudiar física... ciencias... matemáticas...

Arrojó el libro a su lado. ¡Cielos, se estaba volviendo loco! Ingeniería. ¡Ésa era su carrera! ¡Ésa había sido su profesión antes del accidente del avión!

Se puso en pie, sujetándose la cabeza entre las manos. Poco a poco volvían los recuerdos y, por un momento, creyó que la cabeza le iba a estallar. Extendió una mano para tocar la campanilla y llamar a alguna de las hermanas, pero luego se detuvo. No. No hasta que estuviese seguro de que todo aquello no era sólo producto de su imaginación.

Volvió a echarse en la cama con la cabeza entre las manos. Pocos minutos más tarde, sintió náuseas y trató de tranquilizarse. Tal vez, el esfuerzo realizado aquel día era demasiado grande.

Él no tenía nada que ver con la identidad que aquella muchacha le había atribuido.

Sabía su nombre. Y no era Howard Paladi, o al menos no era el que tenía en la cabeza. Era Lion... Gabryel Lion, y no tenía treinta y siete años, sino treinta y nueve. Además, sus razones para venir a América del Sur eran diferentes a las que había dicho Linsy. Era ingeniero. Trabajaba en una compañía de construcción de Londres. Le habían enviado para diseñar un tramo de ferrocarril que uniría dos zonas incomunicadas hasta el momento en los Andes, y estaba a bordo del avión que iba a Río de Janeiro.

Cogió un cigarrillo y lo encendió con dedos temblorosos. Era fácil darse cuenta de por qué no habían informado de su desaparición. La compañía de Londres para la cual trabajaba, supondría seguramente que él ya estaría en Perú, mientras que el gobierno peruano, para el que tenía que trabajar, imaginaría que estaba en camino, de manera que pasaría algún tiempo antes de que empezaran a preguntarse por qué él no había llegado aún.

Aspiró una bocanada de humo. Todo se iba aclarando, como las piezas de un rompecabezas. Comenzó a recordar más detalles. No estaba casado, al menos, ahora. Recordaba que lo había estado, pero luego se había divorciado y su mujer había muerto en un accidente automovilístico. Podía recordar, con claridad, todo aquel sórdido episodio. Era muy joven cuando se casó con Linda, y desde el comienzo de su matrimonio sus relaciones habían sido siempre desastrosas. Linda se negaba a viajar con él cuando su trabajo le obligaba a marcharse al extranjero, cosa que tenía que hacer con frecuencia, de manera que pasaban meses y meses separados. Sin embargo, él suponía que Linda le era fiel. Cuando regresó inesperadamente de un viaje de África del Sur, se la encontró con otro.

Ella le había negado el divorcio, pero se separaron y él le hacía llegar todos los meses determinada cantidad de dinero. Gabryel había esperado el tiempo necesario y luego había obtenido el divorcio sin su consentimiento. Cuando ella murió, él no sintió nada, había dejado de quererla hacía mucho. Él no estaba dispuesto a cometer otra vez el mismo error, y aunque algunas mujeres le resultaban agradables y hasta necesarias de vez en cuando, nunca se volvió a comprometer en serio con ninguna.

De nuevo se puso en pie y caminó hacia la ventana, observando el valle. Ahora que comenzaba a recordar, se enfrentaba con otros problemas, en particular el de la joven que afirmaba que él era su esposo. Sonrió con amargura. Gomez no se sorprendería de saber que la muchacha había mentido. Él se había dado cuenta de que el médico se había resistido a creer toda aquella historia. Pero, ¿qué motivos podía tener ella para tratar de hacerle pasar por su marido?

Movió la cabeza y luego recordó algo más. El nombre que ella le había dado, Howard Paladi, no le resultaba ajeno. Howard Paladi era un hombre muy conocido en Europa. Y era piloto de carreras, como ella había dicho. Lo que le parecía increíble era que Linsy hubiese asegurado que se parecían. Físicamente, eran hombres muy distintos.

Apoyó la cabeza contra el marco de la ventana. Había algo extraño en toda aquella historia y él estaba muy confundido. Desde el principio sabía que aquella no era su verdadera identidad. Ella mentía. Pero ¿por qué?

Era demasiado esfuerzo tratar de especular acerca de las razones que aquella joven había tenido para hacerlo y estaba cansado. Tenía que descansar un rato, cerrar los ojos y rogar a Dios que al abrirlos volviera a recordar todo aquello. Estaba asustado.

Se recostó. Tal vez debía llamar a Gomez para decirle lo ocurrido. El médico estaría encantado y aliviado de saber que empezaba a recobrar la memoria. Le alegraría que Gabryel se estuviera restableciendo por completo. Cuando se sintiera lo suficientemente fuerte como para viajar, se marcharía para ocupar su puesto. Su tardanza no causaría muchos problemas, pensó, y un mes de retraso no cambiaría nada.

Cerró los ojos. Era maravilloso poder saber por fin quién era. Le parecía que había pasado muchos meses haciéndose preguntas que no tenían respuesta. Ahora podía responder a todo y, quizá, pensó con amargura, Linsy había colaborado a ello sin saberlo. Al fin y al cabo, sin su intervención, él no se hubiese esforzado por recordar...

Cuando se despertó, se encontró con el doctor Gomez de pie junto a su cama, mirándole preocupado.

— ¿Se siente bien? — le preguntó frunciendo el ceño — . Cuando Constie le trajo su comida se alarmó porque estaba usted inconsciente.

— ¿Inconsciente? — Gabryel se sentó de pronto en la cama — . ¡Dios, qué dolor de cabeza!

Gomez chasqueó los dedos, impaciente.

— Tal como esperaba. Este asunto de Linsy le ha alterado. No debería haberlo permitido.

— No... no se preocupe... — Gabryel tragó saliva tratando de encontrar las palabras adecuadas para decirle lo que le había sucedido — . No fue eso.

— Sin embargo, no está usted tan bien como pensaba. Tal vez nos hayamos precipitado. Quizá me he dejado engañar por su estado físico, olvidando sus condiciones mentales. Debí haberme dado cuenta...

Gabryel abrió la boca para contradecirle, pero la volvió a cerrar. En ese instante, le pasó por la cabeza la imagen de Linsy de la Roca Negra y sintió deseos de saber más de ella.

Podía parecer insólito, pero ahora que sabía quién era, no tenía ninguna urgencia por volver a emprender su vida de siempre. Había esperado varias semanas y podía pasar unas cuantas más. Además, había otros empleos, otras compañías. Aunque sabía que Dexter Canninton, el director de Canninton Constructor, la compañía para la que trabajaba, era su amigo personal y no le despediría si no tenía motivos serios para hacerlo. ¿Y qué mejor pretexto para permanecer en el valle que el de haber perdido la memoria?

De manera que no dijo nada y dejó que el doctor Gomez siguiera preocupándose por él. Al mismo tiempo se preguntaba cómo lograría Linsy encontrar una prueba que lograra convencer al doctor.

Capítulo 4

— No puedes hacerlo, Linsy.

El que hablaba era un hombre alto, elegante y atractivo. Linsy se había encontrado con él cuando iba a asistir a un compromiso oficial; ahora caminaba inquieto por la habitación, moviendo la cabeza, irritado.

— ¡Tengo que hacerlo, Steven! ¿No te das cuenta? ¡Por favor, ayúdame! ¡Dime que lo harás!

Steven Salvatore cruzó los brazos y se puso delante de ella con solemnidad.

— Linsy. Parece que te olvidas de que en otra parte a ese hombre le conocen. Y que, tal vez, alguna mujer esté ansiosa por saber su paradero. ¿Cómo puedes ignorar todas esas posibilidades dejándote llevar por un simple capricho?

— No es un capricho, Steven. Trata de entenderlo. No quiero que tía Chloe se preocupe más por mí. Eso es todo. Y además, si realmente hubiese alguna mujer preocupada por ese hombre, ya habría aparecido. Han pasado tres semanas desde el accidente. Ha habido tiempo para realizar todas las investigaciones posibles.

— Me estás pidiendo lo imposible — Steven suspiró profundamente.

— ¿Por qué? Lo único que te pido es que le digas al doctor Gomez que es Howard. No te pido que hagas una declaración pública ni nada por el estilo. ¿Es acaso imposible?

Steven movió la cabeza, resignado. Quería mucho a su joven prima y no le agradaba la idea de defraudarla. Más aún, después de lo que ella le había contado acerca de la forma en que Howard Paladi la trataba. Hubiese deseado tenerle en sus manos y, ahora que sabía que estaba muerto, no sentía la menor pena por él. Si hubiese sospechado que Linsy no era feliz...

— Me gustaría ayudarte, Linsy, pero están investigando el accidente y tarde o temprano descubrirán la verdadera identidad de ese hombre.

— Lo sé. Pero esas investigaciones llevan tiempo y en este caso, casi todo se ha quemado...

— Linsy, ¿qué harás si recupera la memoria en casa de tu tía?

— Estoy dispuesta a afrontar las consecuencias, ¿qué otra cosa puedo hacer?

— ¿Y qué crees que ganarás con eso? — estaba impaciente.

— Tiempo para respirar.

— ¿Y tía Chloe?

— No se dará cuenta de nada. Está casi ciega y además, no tiene ni fuerzas para hacer preguntas. Aparte de Penelope, su dama de compañía, no debo convencer a nadie.

— ¿Y mi tío?

— ¿El Mon Señor Paul? ¿Por qué habría de preguntar nada si tú le dices que se trata de Howard?

— Exactamente. ¡Daré mi palabra! — exclamó Steven extendiendo los brazos —. Linsy, puede que no lo creas, pero mi palabra tiene algún peso. Me estás pidiendo que mienta sin ningún motivo razonable. Tarde o temprano, tía Chloe sabrá que Howard ha muerto.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué?

— Steven, tú sabes que tía Chloe tiene muchos años. El doctor Gomez no confía en su recuperación después del último ataque que ha sufrido. Puede vivir un poco de tiempo más, pero ni siquiera el Mon Señor Paul está convencido de ello. Es muy posible que nunca se entere de la verdad...

— ¿De qué tienes miedo, Linsy?

— Quiero hacer mi vida. ¿Es mucho pedir? Después de tres años de vivir con Howard no podría... — hizo un movimiento de resignación con los hombros — Steven, te lo he dicho. Kilmer dice que...

— Sí, sí, ya sé lo que dice Kilmer — Steven estaba impaciente.

Linsy se le acercó y le miró suplicante.

— Steven, por favor. ¿Me ayudarás?

Él la miró desconfiado. Era una mujer muy atractiva y él no era indiferente a la oscura profundidad de sus ojos y a la curva insinuante de sus labios.

— Linsy, no sabes lo que me estás pidiendo.

Ella sintió que estaba a punto de darse por vencido y le preguntó suavemente:

— ¿Me ayudarás Steven?

— No trates de coquetear conmigo para convencerme, Linsy — dijo muy serio —, o tendré que empezar a preguntarme si lo que me has contado sobre tu esposo es cierto.

Linsy se alejó de él.

— Eso que dices es un insulto.

— De acuerdo. Pero he logrado lo que quería, ¿verdad?

— No tolero bromas en este momento.

Steven le levantó la barbilla.

— Está bien, Linsy, lo pensaré. Pero que conste que va en contra de mis principios. ¿Y qué pasaría si el asunto se hiciera público?

— ¿Por qué iba a ocurrir eso? Además, sin duda ese hombre estará dispuesto a aceptar una oferta razonable...

— Tengo que irme, me esperan en la embajada dentro de quince minutos.

— ¡Gracias, Steven, querido Steven! — exclamó Linsy acariciándole el brazo.

— Vamos. Luchia estará contenta de que la acompañes esta noche. Dile que más tarde os veré a las dos.

— Sí, Steven — respondió, algo preocupada por él, pero su primo le sonrió mientras subía al coche oficial.

Linsy se pasó la tarde con Luchia. Eran buenas amigas, y como la mujer de Steven esperaba su segundo hijo dentro de pocas semanas, no podía acompañar a su esposo como acostumbraba hacerlo. Linsy trató de concentrarse en la conversación de Luchia, pero estaba absorta en sus planes, de manera que se sintió aliviada cuando pudo salir de la habitación.

Ahora que Steven había aceptado su proposición, tenía tiempo para considerar los riesgos de su plan. En otras circunstancias se hubiese resistido al hecho de verse comprometida con un hombre, y menos con uno que estaba perturbado.

Desde su matrimonio con Howard había vivido atormentada y creía no poder soportar la proximidad de otro hombre. Se estremeció, al recordar el momento en que, en la oficina del doctor Gomez, aquel desconocido le había acariciado el pelo.

¿Qué haría si la obligaba a cumplir los deberes matrimoniales que se le atribuían?

¿Podría llegar tan lejos?

Caminaba nerviosa por su habitación del palacio. Había hecho todo lo posible para que Steven aceptara su proposición, y ahora que lo había logrado tenía miedo.

¡Había tantos obstáculos, tantos problemas que resolver! ¿Sería capaz de convencer a aquel hombre de que se limitara a mantener con ella unas relaciones estrictamente platónicas hasta que recuperase la memoria? ¿Y si no lo lograba, qué haría? ¿Una vez que este desconocido saliese del hospital, podría dominar la situación?

Se sentó en la cama y escondió el rostro entre las manos. Se puso a pensar por qué su tía estaría tan preocupada por su futuro. ¿Por qué no la dejaba hacer su vida, como lo había hecho ella? Por una parte, deseaba que su tía se recuperase, quería volverla a ver bien otra vez. Pero por otra, sabía que las cosas se simplificarían si su tía no seguía empeñada en hacerle preguntas que ella no podía responder.

Al día siguiente, Steven vino al palacio para llevarla hasta el valle en su avión presidencial. Fue un día muy agradable. Linsy trató de tranquilizarse y olvidar los planes en los cuales había incluido a Steven y que podrían tener consecuencias desastrosas para ella. Si él se dio cuenta de su inquietud, no lo mencionó y Linsy se preguntó si él pensaba que toda la responsabilidad recaería sólo sobre ella.

Aterrizaron en una planicie polvorienta y les condujeron hasta la clínica en un coche. Steven, vestido con vaqueros y una blusa de manga corta, no tenía el aspecto de un gobernador, y Linsy comprendió por qué a la gente le caía bien.

Cuando llegaron, el doctor Gomez estaba en su oficina y saludó a Steven calurosamente.

— Me alegro de verle por aquí, amigo. ¿Cómo está Luchia?

— Pronto dará a luz; está bastante impaciente, desde luego.

— Es comprensible — el médico sonrió.

Luego, mirando a Linsy, dijo:

— ¿Y usted? ¿Ha venido para que Steven vea a su esposa?

La joven se sonrojó, Gomez la desconcertaba.

— Así es. ¿En dónde está... Howard?

El médico frunció el ceño.

— Está en su habitación — respondió mirando a Steven — . Dígame: ¿no tiene la impresión de que esta historia de Linsy resulta difícil de creer?

Steven vaciló.

— No del todo — al fin respondió, cuando los nervios de Linsy comenzaban a flaquear — . Parece una explicación bastante lógica. ¿El nombre de este hombre estaba en la lista de vuelo?

— preguntó Steven, vacilante.

— Tengo entendido que algunos pasajeros no cogieron el avión en el último momento y que otros ocuparon su lugar. Todavía no se sabe cuántos pasajeros iban en el avión.

Linsy buscó la mano de Steven y agradecida, se la apretó. Él se alejó mientras Gomez continuaba diciendo:

— Sin duda, es un asunto delicado. ¿Cómo es posible que las compañías aéreas funcionen tan mal?

— Cuando ocurre un accidente, siempre surgen problemas de este tipo, es lógico — respondió Steven — . Y ahora, ¿podemos ver a ese hombre? Debo volver a Monsalver esta tarde.

— Por supuesto — dijo el doctor y Linsy suspiró aliviada. Hasta ahora, todo iba bien.

Cuando Gomez abrió la puerta de la habitación de su paciente, el hombre estaba sentado en una silla junto a la ventana leyendo un libro, que dejó de inmediato cuando ellos entraron. Se puso de pie y les miró con curiosidad. Ahora a ella le parecía más fuerte, era tan alto como Steven y había un brillo burlón en sus ojos grises.

Steven, muy seguro de sí mismo, se acercó a él, le estrechó la mano, pero sólo recibió como respuesta una mirada de desconfianza.

— ¡Howard! — exclamó con voz atónita — . ¡Deus! No podía creerlo cuando Linsy me dijo que estabas aquí.

Gabryel, incrédulo y sorprendido, se limitó a mirar a aquel desconocido. ¡Cielos!, ¿estaban todos

locos?

— ¿Le conozco a usted? — preguntó con voz débil.

Linsy se acercó.

— Howard, éste es Steven — dijo con cautela — . Mi primo Steven...

Gabryel frunció el ceño. Había oído aquel nombre antes... Sí, por supuesto, Gomez lo había mencionado. Era el gobernador de aquella gran ciudad.

— ¡ Ah, sí! — el asunto le intrigaba y estaba ansioso por oír lo que pensaban decir.

Al parecer, Linsy estaba decidida a demostrarle a Gomez que él era su esposo y había logrado la ayuda de su primo, el gobernador.

— ¿Es usted el que nos presentó a Linsy y a mí?

Steven inclinó la cabeza.

— Efectivamente. En una recepción en Monsalver.

Gabryel asintió con la cabeza, mirando a Gomez. Luego, volvió a mirar al gobernador.

— ¿Y usted ha venido a confirmar mi identidad?

— Así es — Steven le soltó la mano y le miró con ojos penetrantes — . Creo que mi prima tenía razón. ¿No recuerda nada?

Gabryel sonrió y luego se controló. Notó perfectamente que Steven trataba de asegurarse de que él no recordaba nada.

— Creo que estoy en la más total oscuridad... ni siquiera recuerdo a mi esposa.

— Lo comprendo — dijo Steven volviéndose hacia Gomez — . No hay duda de que este hombre es el esposo de Linsy. Como es natural, en este tipo de cosas, sólo el tiempo podrá resolver el problema, ¿verdad, Oscar?

Gomez suspiró.

— Creo que sí. No hay razón para qué ... el señor Paladi no recupere la memoria. ¿Cuándo?, no lo sé — se encogió de hombros, resignado.

Steven se volvió hacia Linsy.

— ¿Qué quieres hacer? Te sugiero que Howard salga de la clínica ya. Tal vez en otro ambiente pueda reaccionar con más rapidez. En todo caso, Oscar, este asunto no tiene por qué publicarse. Mi prima estaba esperando a su esposo...

— Comprendo — asintió Gomez.

Steven se volvió a Gabryel para decirle:

— Como tus cosas se quemaron en el accidente, si me dices tu talla, le diré a mi sastre que te envíe alguna ropa al Castillo.

Gabryel le miró asombrado.

— ¿Castillo?

— El Castillo es... era mi casa antes de casarnos — le explicó Linsy tratando de sonreír — . Creo que tendré que hacerte una lista de todo lo que debes recordar.

— Lo harás — repuso Gabryel, mirándola divertido mientras ella se sonrojaba.

En realidad, para haber estado casada, ella parecía increíblemente ingenua... «¡no te engañes!», se dijo con amargura. Alguien que había elaborado un plan como éste, no podía ser tan inocente. Le molestaba descubrir que era una mujer con tan pocos escrúpulos.

Steven se dirigió a la puerta.

— Linsy, debo marcharme. Le prometí a Luchia que no tardaría.

— Sí, por supuesto — Linsy se acercó a la puerta.

— Me ocuparé de su prima — le interrumpió el doctor Gomez sonriendo — . Haré que Guido traiga el coche después de que le haya llevado a usted. Y ahora, la dejaré un rato con su marido.

Apenas se cerró la puerta, después de que Steven y el médico se retiraran, Linsy paseó inquieta por la habitación. Gabryel se preguntó qué haría ella si intentaba tocarla. Ella sabía que él no era su esposo, también él lo sabía, pero estaba en superioridad de condiciones. Ella no se imaginaba que había recuperado la memoria.

¿Por qué no seguir el juego un rato?

Linsy estaba de pie junto a la ventana, mirando el paisaje, con expresión ausente.

Él se le acercó y se puso detrás de ella mientras olía el agradable aroma de su pelo. Ella llevaba una blusa ajustada y pantalones, el pelo suelto sobre los hombros, estaba más guapa aún que el primer día que la vio. Y él, después de todo, era un hombre.

Puso las manos sobre sus hombros y la estrechó contra él.

— Linsy — pronunció su nombre suavemente y sintió que todo el cuerpo de la joven temblaba

— . Linsy, ¿no crees que haya llegado el momento de recordar algo más además de nuestros nombres?

Ella se apartó de él y le miró temerosa:

— ¡Por favor, no me toques, no me toques! — exclamó asustada.

— ¿Por qué? — le preguntó él — . ¿Por qué no puedo tocarte, Linsy? ¿No eres mi esposa?

— Lo... sé — movió la cabeza resignada — . Temía que te hubieses olvidado.

— ¿Olvidado? ¿Olvidado de qué?

— Estuve enferma... de los nervios. No puedo soportar que me toquen.

— ¿No esperarás que me pase la vida así, mirándote? — deslizó la mano por su pelo.

— ¿Por qué no? Es la verdad — temblando, Linsy se echó el pelo hacia atrás.

— ¿Sí? — se desabrochó los botones superiores de la camisa, de manera que ella pudo ver el espeso vello que oscurecía su pecho — . ¿Y cómo sucedió?

Ella suspiró hondo.

— No lo sé. Tu afición a los coches, el peligro tal vez. Yo... siempre estaba muy nerviosa cuando corrías.

— Comprendo — dijo él entrecerrando los ojos — . Supongo que habrás ido a un médico, quizá el doctor Gomez lo sepa.

— ¡No! — exclamó ella — . ¡Por favor, no discutamos otra vez! ¡Sólo te pido que me des tiempo!

— ¿Entonces no hay un tratamiento médico para que te mejores?

— Como quieras — respondió, suspirando — . Por favor, Howard, sé razonable. Ni siquiera estamos seguros de que seas quien eres.

— Estabas muy segura hace unos días.

— Tenemos que esperar y probarlo.

— ¿Y qué mejor manera de probarlo que... ?

— ¡No! — ella buscó su bolso y sacó un paquete de cigarrillos — . ¿Quieres uno?

— ¿Ésta es la marca que fumo habitualmente? — le preguntó cogiendo uno.

— No, fumas cigarrillos americanos y prefieres los más suaves. Él inclinó la cabeza y mientras ella buscaba en su bolso un paquete de cigarros más ligeros, él abrió una caja de cerillas y encendió ambos cigarrillos.

— Gracias — dijo ella nerviosa, tosiendo.

— ¿No te sientas? — le sugirió él, señalando la cama.

Ella prefirió sentarse en una silla junto a la ventana. Él se sentó sobre la cama y la miró con ojos penetrantes.

— Dime, ¿por qué una mujer como tú tiene miedo de su esposo?

— No tengo miedo, pero debes darte cuenta de que me resulta difícil acostumbrarme a alguien que ni siquiera recuerda mi nombre.

— También es difícil para mí.

— Pero tú no tienes recuerdos... y es diferente.

— ¿Por qué?

— No me obligues a hablar. ¿Has olvidado todo? — eIIa se ruborizó.

— ¿No temes que el hecho de no tener recuerdos me dé una especie de libertad peligrosa? — sonrió burlón.

— ¿Qué quieres decir?

— Que si no me acuerdo de ti, no hay nada que me retenga a tu lado.

— Me estás provocando — dijo enfadada — . Por lo menos tratemos de comportarnos como seres civilizados. Tal vez debería explicarte cuál es la situación en casa de mi tía.

Él la escuchó en silencio mientras la observaba. Estaba interesado, o tal vez intrigado, y sin dificultad asimiló todo lo que eIIa le fue contando. Tenía una nueva identidad y esto suponía aceptar compromisos que no conocía de antemano.

Capítulo 5

Linsy se vistió con mucho esmero para la cena, tratando de dominar el temblor que había hecho presa de sus piernas y que no cedía. Todo iba bien, ¿por qué inquietarse? ¿Por qué razón se sentía tan insegura?

Se sentó frente a su tocador y comenzó a cepillarse el cabello. Hacer esto solía calmarla, pero aquella noche no producía el mismo efecto.

Y si se ponía la mano en el corazón, sabría de inmediato cuál era el motivo de su ansiedad. En la habitación contigua, el hombre que ella había asegurado que era Howard Paladi, su esposo, se estaba bañando y vistiéndolo para la cena.

Suspiró y contempló su imagen en el espejo. ¡Todo había sido tan fácil! Con la ayuda de Steven, la dama de compañía de su tía, no había dudado en aceptar que aquel hombre era en realidad su esposo y, como jamás le había visto, no hubo dificultades para hacérselo creer.

Le había contado parte de la verdad, a su tía, diciéndole que Howard acababa de llegar a Trinidad. Linsy no encontraba en ello nada sospechoso. La llegada de Howard había producido un efecto bastante positivo en su tía.

Era Linsy la que no estaba tranquila. Comenzaba a advertir las dificultades que suponía utilizar a una persona en provecho propio. A veces olvidaba que el ser humano no era una máquina, que hay en cada uno sentimientos y frustraciones, y que el hombre a quien ella había elegido para representar aquel papel parecía decidido a hacérselo lo más difícil posible.

O tal vez fuese sólo su imaginación. Después de todo, él creía que ella era su esposa. De otro modo, no hubiese accedido a irse a vivir con ella, a su casa. Pero tampoco podía esperar que él se comportase como ella deseaba.

Le resultaba muy difícil comportarse con naturalidad delante de él. Además de las obvias dificultades, aquel hombre mostraba hacia ella una actitud maliciosa que la trastornaba. Pensaba que él pronto se cansaría de provocarla y que tal vez entonces ella podría disfrutar de cierta paz. Mientras, en su presencia, debía controlar sus nervios.

Era un hombre muy atractivo y ella suponía que muchas mujeres hubieran envidiado su posición. Mientras vivió con Howard, había conocido a muchos jóvenes atractivos, pero para ella eran todos iguales. No tenían respeto alguno por la mujer y su única obsesión era encontrar la forma de someterlas. Howard era un maestro en aquel arte. Durante su desgraciado matrimonio, ella deseó varias veces no haber sido tan inocente antes de casarse. Si hubiera tenido con anterioridad relaciones con él, hubiese sabido que era un hombre brutal y se habría evitado muchos sufrimientos.

Howard fue muy astuto. No había arriesgado nada. Hasta su tía Chloe entró en su juego.

Se puso de pie y se miró satisfecha en el espejo. El maquillaje, sin ser exagerado, destacaba la belleza de sus facciones.

Se puso el vestido que había elegido para la noche. Largo y blanco, acentuaba su belleza, dándole un aire de inocencia; además, ella confiaba en que aquel efecto mantuviera distante a su esposo. Llevaba el pelo suelto y unos pendientes de oro adornados con brillantes.

Con un profundo suspiro, se dirigió hacia la puerta. En ese instante, oyó que alguien golpeaba la puerta que comunicaba con la habitación contigua. El picaporte giró inútilmente.

— ¡Linsy! ¡Abre la puerta, Linsy!

Ella vaciló, preguntándose si debía hacerle creer que no estaba allí, pero luego pensó que si no lo

hacía tal vez él saldría al pasillo y entraría por la otra puerta. Apretó los labios, irritada, y dio vuelta a la llave de la cerradura.

De inmediato la puerta se abrió y ella se echó hacia atrás. Le miró desafiante, guardando la compostura, pero él parecía indiferente a su actitud. Con el traje de noche que Steven le había enviado, parecía más fuerte y más alto. En realidad tenía que reconocer que era muy atractivo; de pronto, Linsy pensó que había sido una tonta al creer que podría dominar a un hombre como aquél. Debió elegir a alguien diferente: más débil, más amable y sumiso y no a un hombre tan arrogante que se enfrentaba a ella de una forma tan violenta.

— En Londres, no hay puertas cerradas entre una pareja de esposos, Linsy — dijo, mientras sus pestañas velaban la expresión de sus ojos grises — . En ese sentido, la memoria no me ha abandonado.

Ella se molestó por su comentario y dijo:

— Lo siento. Esa puerta ha estado cerrada mucho tiempo. Nunca se me hubiera ocurrido hacerlo.

— ¿Sí? — la miró incrédulo.

— Sí — dijo ella con frialdad — . ¿O crees que miento?

Él movió la cabeza lentamente.

— Hoy estás muy guapa. ¿Puedo mirarte, verdad? Aunque sea sólo a distancia...

— Mira, es la primera noche que vamos a pasar juntos... después de mucho tiempo. ¿No podemos tratar de comportarnos con amabilidad...?

— Es lo que estaba haciendo — respondió él, burlón.

— ¡Eres imposible! — repuso ella, cruzando rápidamente la habitación y dirigiéndose hacia la puerta — . Voy a ver a mi tía. ¿Quieres venir?

— Si lo deseas — dijo él, indiferente.

Miró la habitación con interés, deteniendo su mirada en los innumerables frascos que había sobre la mesa del tocador, y se fijó en una bata que estaba sobre la cama.

— No me dirás que esta habitación la has compartido alguna vez con un hombre.

Linsy apretó los labios.

— No, no la he compartido con nadie. Ya te lo dije. Vivíamos en Inglaterra — agregó con la boca seca.

— ¿En dónde?

— En Londres — contestó secamente.

— Y supongo que volveremos pronto.

— ¡No! Hasta que mi tía mejore...

— ¿Cómo vamos a dejar todo tanto tiempo...? Tal vez tenga que atender mis asuntos...

— Ya te lo he dicho, eres piloto de carreras. No tienes ningún asunto pendiente.

— Entonces, tal vez, deba participar en alguna carrera...

— ¡Ohhhh! — gritó ella indignada — ¿Por qué no dejas de hacerme preguntas? — abrió la puerta, saliendo al pasillo.

— Lo siento. Estaba tratando de recordar...

Linsy sintió remordimientos.

— Yo también lo siento. Estoy... muy nerviosa.

— ¡Ah, sí, tus nervios! — ella se alejó por el pasillo sin esperarle.

Chloe de la Roca Negra estaba aguardándoles. Linsy le había prometido regresar con su esposo, y ahora que había llegado el momento, estaba deshecha por la tensión. Sintió que temblaba al abrir la puerta de la habitación de su tía.

Él estaba detrás de ella y cuando Linsy se acercó a la cama, él se puso a su lado y miró con pesar

a la figura frágil de la anciana.

La mirada asombrada de Chloe dio paso a una sonrisa de reconocimiento, cuando la enfermera le dijo quién era y después se apartó para que Linsy pudiese hablar con su tía.

— Hola, mi amor — dijo la anciana — . ¿Cómo estás?

Chloe le estrechó la mano un instante y luego extendió la otra hacia el hombre.

— ¿Howard? — murmuró — . Howard, ¿Estás aquí?

— Sí, sí, tía Chloe — él cogió la mano de la anciana — . Me alegro de volver a verla.

Chloe frunció el ceño.

— Estábamos preocupadas por ti, ¿verdad Linsy? Has tardado mucho y yo deseaba verte.

— Ahora estoy aquí, tía Chloe. Y... puede verme.

Chloe movió la cabeza lentamente.

— Mi vista ya no es como antes, pero puedo tocarte, oírte. ¿Por qué no has venido a verme en todos estos años y has tenido a Linsy lejos de mí, en Londres? Sabes que ella no ha sido feliz.

Linsy no pudo evitar sonrojarse y percibió la mirada especulativa de él.

— ¿No lo ha sido? No lo sabía.

— Sí, lo sabías — dijo la voz de Chloe, que se volvió extrañamente fuerte — Todos esos viajes por el mundo, dejándola sola, no son buenos para una mujer, que necesita el cariño y la compañía de su marido. ¿Cuándo van a tener familia, Howard?

Él miró a Linsy encogiéndose de hombros, ella apretó los labios y procuró no mirarle. Estaba comenzando a desear no haberle traído a ver a su tía.

— Pronto — repuso él — . Esas cosas llevan su tiempo, tía Chloe.

— No tanto, Howard. Tú eres un hombre, nunca pensé que sería una tarea tan difícil para ti.

Él sonrió y Linsy le odió profundamente. Ya casi había olvidado que había sido ella la instigadora de todo aquello. Ahora le parecía que el impostor era él, que trataba de ponerla en ridículo. Pero procuró dominar su irritación y tranquilizarse, ya no tenía remedio y debía enfrentarse a las consecuencias.

— Linsy no se siente muy bien de salud y por eso no hemos tenido en cuenta esa posibilidad — prosiguió él.

Chloe volvió a fruncir el ceño.

— ¿No está bien? Linsy, ¿es cierto? ¿Has tenido alguna enfermedad que me hayas ocultado?

Linsy le miró, furiosa.

— Por supuesto que no, tía Chloe. Sólo los nervios... eso es todo.

— Nunca me lo habías dicho. ¿Lo sabe el doctor Gomez? ¿Estás siguiendo algún tratamiento? Deus, no es serio. Howard, no sé por qué lo has mencionado.

— ¿Por qué no? Es mejor decirlo que hacerle creer a tu tía que no queremos tener hijos — contestó burlón.

Linsy estaba molesta.

— Es mejor que nos vayamos ya, no queremos cansarte, tía — dijo Linsy.

— No estoy cansada — protestó la anciana, mientras la enfermera se acercaba.

— Su sobrina tiene razón, señora, han sido suficientes emociones por hoy.

— Muy bien — Chloe no soltaba la mano de él.

Luego, dijo con tono de preocupación:

— ¿Vendrás a verme otra vez, Howard?

Él le sonrió y le acarició la mejilla.

— Por supuesto, si usted lo desea, estoy a su disposición. No tiene más que decirlo.

— ¡Vamos Howard! — exclamó Linsy impaciente, pero él permaneció inmutable.

Era a él a quien la tía Chloe le pedía que volviera.

Cuando estuvieron fuera de la habitación, Linsy se alejó de él indignada, bajando la escalera en silencio, hasta que se encontraron a Penelope.

Penelope le miró con interés, dejando a un lado su costura y sonriendo. Linsy se sentía cada vez más indignada. ¿Qué le pasaba a todo el mundo? ¿Por qué miraban a aquel hombre con tanta simpatía? ¿Qué había en él que provocara tanta adhesión? Su tía no solía hablar con extraños, y después de todo, él lo era, fuera o no Howard Paladi.

La comida transcurrió sin incidentes, luego fueron a la sala a tomar el café. Linsy estaba tensa, pero su supuesto marido no parecía tener ningún problema. Dio vueltas por la habitación hasta que encontró un viejo tocadiscos y se pasó el resto de la noche poniendo discos antiguos que había en un armario.

Penelope se retiró a las diez y Linsy, que estaba mirando sin interés una revista, le preguntó si quería algo de beber.

— ¿Alcohol, quieres decir? — estaba sentado muy cómodamente en una silla, junto al tocadiscos.

— No, quiero decir... té... o algo así. Howard siempre tomaba té, es decir, tú siempre tomabas té antes de dormirte.

— ¿Eso es lo que hacía? No lo sabía. Está bien, si quieres tomaremos té.

— Yo no quiero, pensé que a ti te apetecería, ya que solías hacerlo — contestó impaciente.

— En realidad lo que quiero es irme a la cama — extendió las piernas, desperezándose.

— ¡Oh, por supuesto! — Linsy había olvidado que él estaba convaleciente de sus heridas — . Lo siento, no pensé...

— Está bien, no soy un inválido. Lo que pasa es que me canso con facilidad.

Linsy se humedeció los labios.

— Sube entonces. Yo... recogeré un poco estas cosas y le diré a Lupita que no necesitamos nada más.

Él vaciló.

— De acuerdo — Howard se dirigió a la puerta — . Te veré luego. Linsy se sonrojó.

— Oh, no..., no lo creo. Es demasiado temprano.

Él endureció la expresión.

— No estoy sugiriendo que durmamos juntos, pero como nuestras habitaciones son contiguas, supongo que nos diremos buenas noches.

— Muy bien — estaba nerviosa.

Él la miró un instante y luego se retiró.

Después de que él se marchó, ella respiró aliviada. «¡Oh, Dios!», pensó, «¡qué día!».

Cuando subió, la puerta que comunicaba las dos habitaciones estaba cerrada. Tal vez él mismo la había cerrado, ya que Linsy la había dejado abierta cuando bajó para la cena.

Ella solía desnudarse en su habitación, pero aquella noche, cogió uno de sus camisonos y su bata y se fue al baño, cerrando la puerta con cuidado. Sólo entonces se sintió a salvo.

Cuando volvió a su habitación, empezó a pensar en su situación. ¿Qué debería hacer? Si abría la puerta de la habitación contigua, él iba a creer que quería entrar, y eso era lo último que deseaba. Tal vez ya estaba dormido. Quizá él había cerrado la puerta antes de desnudarse y se olvidó de volver a abrirla. Si él quería tener la puerta abierta, la abriría.

Linsy se acercó a la puerta y escuchó a través de ella. No oyó ningún ruido en la otra habitación. Debía estar dormido, se dio la vuelta y decidió acostarse. Se quitó la bata y se deslizó en la cama, después apagó la lámpara.

En la oscuridad, vio una línea de luz en la parte de abajo de la puerta. Él se había dormido con la lámpara encendida o estaba despierto. Suspiró en la oscuridad. Todo parecía haberse vuelto, de pronto, muy complicado.

Dio una vuelta en la cama y arregló la almohada. ¿Para qué preocuparse ahora? Ya estaba metida en este asunto y no había remedio, no podía echarse atrás.

Le fue imposible conciliar el sueño. Su mente estaba demasiado obsesionada por los acontecimientos que estaba viviendo. ¿Qué ocurriría si él decidía reclamar sus derechos, si de pronto abría la puerta y la obligaba a someterse a sus deseos? ¿Qué haría? ¿Podría pedir ayuda? ¿Y quién acudiría en ese caso? Él era su esposo y nadie lo ponía en duda. Tenía derecho a dormir con su mujer si así lo deseaba. Lupita se había sorprendido cuando Linsy insistió en preparar habitaciones separadas. Y tampoco su tía se mostraría complacida si se enteraba.

No lo sabría, pensó Linsy. La anciana estaba en su habitación y no tenía ninguna posibilidad de enterarse de las relaciones que mantenían su sobrina y su esposo.

«¿Y si se entera?», se preguntó preocupada. ¿Y si averiguaba la verdad? Su tía Chloe era muy obcecada cuando trataba de descubrir algo y Linsy sabía que él podía tener la tentación de hablarle del comportamiento receloso de su esposa para con él. Le había hecho una buena demostración de ello cuando había comentado con su tía todo aquel asunto de su falsa enfermedad de los nervios y la posibilidad de tener hijos.

Volvió a dar una vuelta en la cama preocupada. La línea de luz que había un momento antes debajo de la puerta había desaparecido. Tembló a pesar del calor. Era probable que se quedara dormido, apenas apoyara la cabeza en la almohada.

Linsy suspiró. Allí estaba, presa de las más terribles preocupaciones, mientras él, seguramente, descansaba tranquilamente en la otra habitación, contento con su identidad recién descubierta.

Capítulo 6

Según pasaban los días, las cosas parecieron ordenarse en el Castelo. Linsy descubrió que Howard, estaba interesado en los alrededores y con ese motivo pudo preparar algunas excursiones para que él conociera los majestuosos parajes que rodeaban al Castelo.

Jean-Luc, el muchacho que la había acompañado al hospital la primera vez, se encargó de ir con Howard, que era un formidable jinete. En realidad, la mejor manera de recorrer aquellos lugares era a lomos de un caballo, porque había zonas muy estrechas que no podían ser atravesadas en coche.

Al principio, él creyó que Linsy le acompañaría, pero ella había logrado evitarlo con diversas excusas; desde la débil salud de su tía hasta sus propias condiciones físicas; pero se daba cuenta de que si bien Howard aceptaba sus pretextos, la expresión de sus ojos revelaban duda.

No se había vuelto a mencionar el asunto de si dormían o no juntos y Linsy se sintió aliviada, aunque todavía estaba preocupada. Él no era un hombre con quien se pudiera estar tranquila en ese sentido, al menos eso le parecía a ella por lo poco que le conocía. Y este juego del ratón y el gato le destrozaban los nervios.

El ya sabía casi todo acerca de su pasado, y a veces ella se preguntaba si esta nueva identidad no retrasaría quizá su proceso de recuperación. A menudo se daba cuenta de la sangre fría con la que se había adueñado de la vida de aquel hombre. No se había parado a pensar en las consecuencias de su arriesgada decisión y había decidido que, llegado el día, se enfrentaría a ellas. Hasta ahora nadie había intentado identificarle, y ella se empeñaba en convencerse a sí misma de que debía ser esa clase de hombres solitarios e independientes que nunca se unen a nadie. Las circunstancias eran ideales para sus propósitos y podría haberse sentido casi contenta con el curso de los acontecimientos, a no ser porque no sabía claramente cuál sería el desenlace de aquella historia.

No le gustaba tener que mentirle a su tía, por supuesto, pero tal vez ella la hubiera perdonado si hubiera sabido que lo hacía por aliviarla de la enfermedad que la aquejaba. No importaba cuál fuese el resultado, pero saber que su sobrina era viuda, hubiese sido una impresión demasiado fuerte para la anciana. Linsy se puso de pie de un salto cuando Penelope entró en el pequeño estudio donde ella estaba revisando las cuentas de su tía. La anciana tenía la costumbre de recorrer en silencio el Castelo y Linsy la trababa casi como su propia tía.

— Hay una joven que pregunta por usted, señora — le anunció con amabilidad. Linsy la miró inquisitiva.

— ¿Una joven? ¿Quién?

— Una tal señorita Bitge, señora. Dice que es una antigua amiga suya.

— Señorita Bitge... ¡Stella Bitge! — exclamó Linsy asombrada.

Era una compañera de escuela, pero hacía años que se había marchado con su familia a los Estados Unidos y habían perdido el contacto.

— Creo que ese es su nombre, señora — dijo Penelope — ¿Quiere usted que la acompañe hasta aquí?

Linsy negó con la cabeza.

— No, desde luego que no, Penelope. Yo iré.

Stella Bitge la esperaba en el vestíbulo del Castelo. Estaba mirando a su alrededor, distraída, de manera que Linsy pudo observarla mientras se aproximaba a ella. Stella se había convertido en

una hermosa joven: tenía un hermoso pelo negro y llevaba un vestido ajustado de lino rosa que acentuaba su delgada figura. No era tan alta como Linsy, pero sí muy elegante; cuando se volvió para mirar a su amiga, una sonrisa cálida le cruzó el rostro.

Linsy corrió hacia ella con una exclamación de alegría.

— ¡Stella, eres tú! Cielos, ¿qué haces por aquí?

Stella le devolvió el saludo con menos entusiasmo, separándose de inmediato de ella.

— ¿Es que no debería estar aquí? — le preguntó bromeando.

Linsy movió la cabeza y suspiró.

— Es una sorpresa tan inesperada... Creí que estabas en Estados Unidos.

— Estaba, querida, vivo allí. Pero mi padre tenía que hacer un viaje a Santiago de Chile, y yo decidí acompañarle hasta el sur y pasar unos días con mi tía — Linsy recordó que la madre de Stella tenía una hermana que vivía en el valle.

— Comprendo — asintió Linsy.

— Mi tía Isabel me dijo que estabas aquí, y no podía perder la oportunidad de verte.

Linsy volvió a asentir.

— Ven por favor, tenemos mucho de que hablar — dijo mirando a su alrededor.

Penelope las esperaba, se mordió los labios, impaciente y dijo:

— ¿Por favor, Penelope, podría decirle a Lupita que nos prepare café?

Penelope enderezó los hombros, muy orgullosa, y por un momento Linsy pensó que se iba a negar, pero luego se alejó en dirección a la cocina sin decir nada.

— ¿Quién es? — le preguntó Stella — . Da un poco de miedo, ¿verdad?

— ¿Penelope? ¿Te da miedo? No es para tanto, sólo tiene un pequeño defecto y es que, de vez en cuando, trata de... de espiar — dijo acompañando a Stella hasta un sofá — . Dejemos eso, hableme de ti. ¿Qué has hecho en los Estados Unidos? ¿Te has casado?

— No, querida. Pero tú sí, según me dijeron.

Linsy se sonrojó.

— Pues sí.

— No me pareces muy entusiasmada — Stella arqueó las cejas.

— No es cierto — contestó en el acto — . Cuéntame cosas de ti, tengo mucha curiosidad por saber qué tal te ha ido.

— Bueno — repuso indiferente — . Vivimos en California, disfrutamos de un clima maravilloso. Pero yo soy de Trinidad y prefiero el valle.

Linsy sonrió.

— ¡Yo también! — asintió entusiasmada.

— Añoro este lugar, pero me aburriría aquí, lo sé. Uno siempre tiene algo que hacer para entretenerse. Fiestas, comidas en la playa, cine, teatro, espectáculos. Me he convertido en una experta en arte moderno.

Linsy la escuchó con interés, pero sin envidia. Aquél era el tipo de vida que apasionaba a Howard, siempre ansioso por encontrar nuevos estímulos para sus insaciables necesidades. Stella debería haberse casado con Howard. Tal vez hubiese sido más feliz con él que ella.

— ¿Y tú? — le preguntó Stella — . Mi tía dice que tu esposo está aquí, en el Castelo. ¿Le conoceré? Estoy segura de que a ti la vida te ha sonreído más que a mí.

Linsy se clavó las uñas en las palmas de las manos. No estaba preparada para enfrentarse a esta situación. Stella vivía en los Estados Unidos y era posible que hubiese oído hablar de Howard Paladi o que hubiese visto fotos suyas. Trató de calmarse. Era posible, era verdad, pero improbable. En primer lugar, Howard no había sido un hombre de fama internacional y sus

carreras se limitaban a los circuitos europeos. Además, los pilotos de carreras no salen a menudo en los periódicos, a menos que ganen muchos premios y Howard no los había ganado a menudo. Se estaba preocupando innecesariamente y trató de sonreír.

— ¡Por supuesto que conocerás a Howard! Tal vez no hoy, pero alguna otra vez. Ha salido.

Stella parecía defraudada.

— ¡Oh, qué pena! Pero no importa. Seguro que ahora que estoy aquí habrá muchas oportunidades. Nos volveremos a ver.

— Sí — dijo Linsy vacilante.

Se salvó con la llegada de Lupita que traía café y bizcochos. Penelope no había vuelto a aparecer, pero Linsy tenía la impresión de que no debía estar muy lejos.

Después del café, Stella le preguntó por su tía. Conocía poco a Chloe de la Roca Negra, y había oído hablar de lo grave que estaba.

— ¿Y cuánto tiempo piensa quedarse tu esposo? — le preguntó cogiendo otro bizcocho.

Linsy tembló.

— No lo sé. Algún tiempo, creo. El doctor Gomez no tiene esperanzas en la recuperación de tía Chloe y yo no podría marcharme mientras siga así.

— Comprendo — asintió Stella — . ¿Y tu esposo no tiene ninguna obligación en Europa?

Linsy se sonrojó.

— Pues... él no tiene un trabajo estable, ¿comprendes? Su padre... le dejó en una situación económica muy desahogada... — Linsy sintió que los nervios la atenazaban.

¡Si su tía hubiera sabido lo falso de aquella afirmación!

— Comprendo — dijo Stella, muy interesada — . Es una suerte... quiero decir que tu esposo no tenga que volver a Londres, porque sin duda tú querrías ir con él. ¿Es inglés, verdad? Mi tía me lo dijo.

— Sí — contestó Linsy, su voz era apenas audible.

Al mirar hacia abajo vio el reloj en su muñeca. Eran casi las doce, la hora de comer. ¿Vendría Howard a comer? Su corazón comenzó a palpar aceleradamente. Lo último que deseaba era presentarle a Stella... ¡Qué locura haber imaginado que podían permanecer allí aislados, sin ver a nadie! ¡Qué error el suyo!

— ¿Te quedarás a comer, Stella? — preguntó sonriente, más por educación que porque lo deseara realmente.

Stella miró su pequeño reloj pulsera.

— ¡Dios mío! ¿Es hora? — exclamó poniéndose de pie — . No gracias, querida, no puedo. Mi tía me espera. Tenemos invitados para la comida y prometí que regresaría dentro de una hora.

Linsy se sintió aliviada. Le dijo que lo lamentaba y se dirigió hacia la puerta del vestíbulo con su amiga.

— Debes volver a verme otro día, Stella.

— Por supuesto, querida. Mejor sería que tú fueras antes a visitarnos. Mañana tenemos invitados a comer. Amigos de mi tía, quizá les conozcas. Podría ir tu esposo contigo.

Linsy abrió la boca para poner alguna excusa, cuando advirtió que la puerta de la calle se abrió y se oyó el alboroto de voces masculinas. Stella miró a Linsy con una sonrisa sarcástica y en seguida se oyeron los pasos de botas pesadas. El hombre se detuvo en la entrada del vestíbulo mirando a Linsy y luego a Stella.

Los pantalones de montar, las botas, y el grueso jersey que llevaba hacían resaltar su atractivo. Linsy sintió un malestar inexplicable cuando observó la intensa mirada que él dirigía a la muchacha.

— ¡ Oh, hola, Howard! — dijo Linsy en inglés — . Es una suerte que hayas llegado a tiempo para conocer a una antigua amiga.

— ¿Tuya o mía? — preguntó él, burlón, y Stella se rió con ganas.

— Mía, desde luego — exclamó Linsy mirándole airada, pero él la ignoró — . Stella, este es Howard Paladi ... mi... esposo.

Stella y él se estrecharon la mano. Su amiga le miraba con ojos seductores.

— ¡Hola, Howard!

— Hola, Stella — dijo Howard reteniendo la mano más de lo necesario — . No hubiese salido si hubiera sabido que teníamos una invitada tan encantadora.

Linsy apretó los labios:

— No sabía que Stella iba a venir. Hace cuatro años que no nos veíamos.

— ¿ Ah, sí? — preguntó Howard, con una naturalidad que molestó a Linsy, mientras iba en busca de una cajetilla que estaba sobre una de las mesas.

Luego, encendió un cigarrillo y continuó:

— ¿No vives en Trinidad, Stella?

— No — negó con la cabeza — . Hace tiempo que mi familia se trasladó a los Estados Unidos.

— Comprendo — él sonrió a través de la nube de humo — . ¿De qué parte de Estados Unidos vienes?

Linsy le miró asombrada, pero Stella no advirtió nada extraño.

— Vivimos cerca de Santa Bárbara.

— ¡Santa Bárbara! Pasé algún tiempo en Los Ángeles.

— ¿Sí? — le preguntó Stella fascinada, pero Linsy comenzaba a sentirse mal.

— Stella... ya se iba — le dijo a su esposo, pero su amiga la interrumpió...

— En efecto, trataba de convencer a Linsy de que aceptara venir a cenar con nosotros mañana por la noche.

Howard miró a Linsy.

— Me parece muy bien, supongo que habrás aceptado, mi amor...

Linsy le miró desconcertada.

— No sé si debería dejar sola a tía Chloe...

— La enfermera se ocupará de ella — respondió Howard, complaciente — . Y además, desde que llegamos, no has salido.

Linsy no pudo encontrar ninguna otra excusa y se sintió obligada a sonreír.

— Stella... iremos, encantados.

— ¡Maravilloso! — exclamó su amiga entusiasmada — . ¿A las ocho, entonces?

— De acuerdo — Howard asintió y Stella se dirigió a la puerta.

Linsy tenía la impresión de que si hubiera vuelto a invitarla a comer con ellos, hubiera aceptado. Sin duda, desde que había conocido a su esposo, la actitud de Stella había cambiado. Linsy se preguntaba por qué aquello la irritaba tanto.

Stella había llegado al Castillo en una camioneta, el medio de transporte más usual en aquella zona, y su chofer, un joven oriundo de Trinidad, la esperaba al volante. Saludó con la mano y Linsy cerró la puerta, deseando no tener que volver al vestíbulo para encontrarse con su esposo. Pero no había otra alternativa.

Howard no estaba solo. Penelope estaba con él, sentada junto a la ventana, cosiendo. Linsy quería hablar con Howard a solas y la presencia de la anciana la molestó. Quería preguntarle cómo era que podía recordar haber realizado un viaje a Estados Unidos, de una manera que no le hiciese sospechar.

Cuando entró en el vestíbulo, Howard levantó la mirada con expresión insolente.

— ¡Qué sorpresa tan agradable! — comentó burlón — . Me alegro de haber venido temprano y poder conocer a nuestra inesperada visitante.

Linsy no respondió y él prosiguió:

— Linsy, ¿hace mucho que conoces a Stella?

Ella siguió mirando por la ventana tratando de controlar su impaciencia. ¿Qué había en aquel hombre que tanto la enfurecía?

— Fuimos juntas a la escuela — repuso por fin.

— ¿Sí? — se le acercó — . Pensé que tenía más o menos tu edad. ¿Es casada?

Linsy miró la cara impasible de Penelope y luego, preocupada, observó el rostro del hombre que estaba a su lado.

— ¿Tiene alguna importancia?

Él miró a Penelope y sonrió:

— No seas así, Linsy — contestó en voz alta para que Penelope lo oyera — . Era sólo curiosidad. No tienes ninguna razón para estar celosa, mi amor.

— No estoy celosa — Penelope la miró sorprendida — . Discúlpame, debo ir a lavarme las manos antes de comer.

— Por supuesto — él hizo una inclinación amable con la cabeza.

Ella se sentía impotente frente a sus deliberadas provocaciones y deseó con todo su corazón no haber empezado aquella representación. Ahora, la presencia de Stella complicaría aún más las cosas.

Al día siguiente, el doctor Gomez vino a ver a Chloe. La anciana se sometió impaciente al examen del médico y luego, mirando a Linsy dijo:

— Oscar, ¿conoce usted al esposo de mi sobrina?

— Desde luego — dijo Gomez guardando su estetoscopio en el maletín — . Usted me lo preguntó también la última vez que estuve aquí.

Chloe manifestó preocupación:

— ¿Lo hice? ¿De verdad? Debe usted perdonar la distracción de una anciana. ¿Qué piensa de él?

— ¡Por favor, tía Chloe! — le rogó Linsy.

— ¡No te metas en esto jovencita, quiero saber qué piensa el doctor sobre el esposo de mi sobrina!

Gomez sonrió a Linsy, tranquilizándola.

— Me gusta. ¿Y a usted?

— Yo soy la que pregunta, joven, pero voy a contestarle. Sí, me gusta. No sé por qué Linsy tiene tantos problemas con él.

— ¿Problemas? — preguntó el doctor con el ceño fruncido.

— ¡Oh, por favor, tía Chloe! — exclamó de nuevo Linsy.

— ¡Calla! Sí, problemas, Oscar. Si no hubiese sido así, ya deberían haber tenido varios hijos. No lo comprendo. Creí que a Linsy le habría gustado la idea.

Gomez se puso serio.

— Ese no es problema nuestro, señora — murmuró discretamente para alivio de Linsy.

— Sí, es problema mío. Quiero que Linsy tenga un matrimonio como Dios manda. Deseo verla con un hijo, antes de morir.

— ¡Tía Chloe! — gritó la joven horrorizada.

El doctor Gomez caminaba, en silencio, hacia la puerta.

— ¿Qué ocurre? ¿Te da vergüenza que hable de ello? ¡Vosotros, los jóvenes! Habláis con la

mayor arrogancia de la libertad y luego a la hora de la verdad... ¡Bah, bah!

La enfermera se acercó a la anciana.

— No debe excitarse, señora.

— No estoy excitada — respondió Chloe muy enfadada — . ¡Oh, váyanse y déjenme en paz!

Todos. Estoy cansada, quiero dormir.

En el pasillo, Linsy, desconsolada, miró al médico.

— ¿Cómo la encuentra, doctor?

— No lo sé... Hay momentos en que pienso que está débil; otros, como hoy, pienso que no es así.

Es como si su cuerpo estuviera débil, pero su carácter fuera tan fuerte como siempre. No se preocupe por lo que dice, Linsy. Sólo desea su felicidad.

— ¡Felicidad! — murmuró amargamente.

— ¿Qué ocurre? — preguntó el médico preocupado, pero Linsy recuperó de inmediato la calma.

— Pues... nada. Sólo un poco de tensión.

— ¿Está segura? — le preguntó escéptico.

— ¿Qué otra cosa podría ocurrir?

— Ese hombre... su esposo... ¿está bien?

— Bien... supongo. No ha recordado nada todavía, por supuesto.

— ¿Nada?

Linsy vaciló:

— ¡Ah, me olvidaba! Quería preguntarle algo.

Gomez la miró, expectante.

— Dígame.

— No es importante — Linsy se sonrojó — . Quería preguntarle si es posible que recuerde lugares que ha visitado.

— ¿Lugares? Sí... supongo que sí. ¿Por qué? ¿Ha recordado algún lugar? ¿Quiere que hable con él?

— ¡Oh, no! — repuso de inmediato — . No quisiera que abrigara esperanzas en vano.

— Comprendo. ¿Usted cree que ha recordado algo?

Linsy tragó saliva.

— Acaba de decir algo que me ha sorprendido un poco.

— Comprendo — Gomez se acercó a la escalera — . Le sugiero que le observe y si sospecha que haya podido recordar algo, avíseme.

— Sí, desde luego, doctor — asintió Linsy y le sonrió.

Apenas la puerta se cerró detrás del doctor Gomez, Linsy se preguntó si él mismo habría advertido su mención de California. Y si era así, ¿sería un síntoma de que estaba recuperando la memoria?

Maldijo la posibilidad de que fuese cierto. Debía hablar con Steven para que le ofreciera dinero a aquel hombre, a fin de que olvidara todo lo ocurrido. Ahora que comenzaba a conocer a quien ella llamaba Howard, no estaba segura de que quisiera aceptar dinero a cambio de su silencio. Él sería capaz de pedir una recompensa mucho mayor de lo que ella imaginaba. De pronto, todo le pareció espantoso y corrió a su habitación llorando. No bajó a comer y, cuando Penelope vino a preguntarle si quería algo, fingió no oírla. No quería que la anciana la viese en aquel estado. Por la tarde, comprendió que debía hacer un esfuerzo por abandonar la habitación, de manera que salió del Castelo por la puerta de atrás, en dirección de los establos.

Jean-Luc le ensilló un caballo y él montó en otro para acompañarla.

— Prefiero estar sola — le pidió. Jean-Luc dudó:

— No es correcto que la señora salga sola — insistió.

— ¡Muy bien! — Linsy no tenía fuerzas para discutir, y dejó que Jean-Luc la siguiera.

El sol estaba ocultándose tras las montañas, aunque todavía hacía calor y el aire llevaba el perfume del aroma de las flores silvestres. Los pájaros cantaban en los árboles y se levantaban en bandadas y los pinos, volando sobre la superficie del río que corría por el valle.

Anduvieron un rato antes de volver a casa y ella permitió que su caballo galopara por el borde del río, comenzando su ascensión al castelo. El sol ya se había ocultado casi totalmente y hacía fresco. Cuando llegaron a las puertas del castelo, una figura inmóvil e inconfundible les esperaba al final del camino. Su camisa blanca abierta resaltaba el color oscuro de la piel bronceada. Linsy al verle sintió que se le ponían los nervios de punta.

Apenas llegaron, él cogió las riendas del caballo de Linsy y preocupado, levantó la vista hacia ella:

— ¿En dónde has estado?

— Cabalgando.

— Eso ya lo sé. Te estoy preguntando en dónde.

— En ningún lugar en particular. ¿Por qué?

— Estaba preocupado por ti. Penelope dijo que no habías querido comer.

— No tenía hambre — contestó rápidamente — . ¿Puedo irme ahora?

— Espera un momento — le hizo un gesto a Jean-Luc para que les dejara solos — . ¿Qué te ocurre, Linsy?

Ella suspiró:

— Por favor, te ruego que dejes las riendas y me permitas desmontar. Es tarde y tengo que bañarme y cambiarme de ropa.

— Sí. ¿Es por el compromiso que tenemos esta noche? ¿Es eso lo que te preocupa?

— ¡Desde luego que no! Y por favor, no me hagas más preguntas.

Él se encogió de hombros y retrocedió, soltando al animal. Ella avanzó hacia el patio. Iba a entrar en el castelo cuando él se le acercó por detrás y la cogió por la cintura.

— Algo más — y cuando ella se volvió, la miró a los ojos y notó que los tenía hinchados — . Bueno, ¿me quieres explicar lo que te pasa?

Linsy le miró furiosa. Como siempre, estaba en desventaja respecto a él. ¿Por qué? ¿Por qué aquel hombre lograba desconcertarla siempre?

— ¿Es que no puedes dejarme en paz? — gritó enfadada tratando de liberar su muñeca sin éxito

— . Te dije ya que no quiero que me toquen.

— ¡Lo sé! Pero alguna vez tus deseos deberán someterse a los de tu esposo, ¿verdad?

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que deseo saber por qué has estado llorando.

— Eso no te importa — contestó ella con aspereza.

— Todo lo que te ocurra a ti es problema mío. Tú lo quisiste así cuando me sacaste del hospital de la misión.

Linsy le miró:

— ¿Qué... quieres decir?

— ¿Qué crees que quiero decir? — le preguntó él mirándola fijamente.

— No lo sé — tartamudeó.

— ¿No lo sabes? Sólo que si soy tu esposo, tengo ciertos derechos.

Ella le miró asustada.

— No me pasa nada, déjame ir.

Él la seguía mirando muy serio y ella se estremeció, sintió un escalofrío por todo el cuerpo.
— Está bien, vete — dijo él soltándole la muñeca.

Linsy vaciló un momento. Su repentina indiferencia la asustó tanto como sus extrañas palabras.
¿Acaso él comenzaba a sospechar? ¿Quizá su actitud estaba provocando su curiosidad?

Debía tener más cuidado, ser más amable con él. Pero su relación con Howard, con el verdadero Howard, no la había preparado para mantener unas relaciones normales con otro hombre.

Linsy se volvió y caminó hacia el castelo, para luego correr escalera arriba.

Al llegar a su habitación se dio una ducha con agua tibia, y eso la relajó. Se sentía muy inquieta por ese sentimiento nuevo e inexplicable que la había invadido de pronto. Había algo en aquel hombre que ejercía sobre ella una incomprensible y peligrosa atracción.

Sería una tonta si se dejaba conmovir por un hombre que seguramente empezaría a tratarla tan mal como lo había hecho Howard en cuanto ella le diese la primera oportunidad.

Había tenido una experiencia tan desagradable en su matrimonio que, aunque sabía que sus relaciones con su marido la habían marcado negativamente, no podía evitar creer que si ahora se enamoraba de aquel hombre, la historia se repetiría.

Capítulo 7

Los tíos de Stella Bitge vivían en una gran hacienda en el otro extremo del valle. Eran granjeros y, aunque su tío ya se había retirado, su hijo continuaba ocupándose de la propiedad familiar. Habían tenido sólo un hijo, y como ya estaba casado, se alegraban de tener a Stella de nuevo con ellos como si fuese su propia hija.

Linsy y el hombre al que ella llamaba Howard atravesaron el valle bajo la luz de la luna. Al parecer, el tiempo amenazaba con cambiar, ya habían caído las primeras gotas de lluvia sobre el parabrisas de la camioneta. Howard conducía y Linsy pensó que ella hubiese hecho el ridículo si al final aquel hombre no hubiese sabido conducir, cuando ella había jurado que era piloto de carreras.

Se había arreglado con cuidado, tratando de hacer desaparecer las huellas de las lágrimas y estaba segura de que su elegante vestido podría disimular un poco su agotamiento.

Su tía se puso muy contenta cuando supo que iban a salir juntos a cenar, como si en ello hubiera advertido la prueba inequívoca de una reconciliación de la cual había dudado hasta ahora. No hubiera estado tan contenta si hubiese sabido que aquel viaje se realizaba en el más completo silencio. Había un ambiente de hostilidad entre ellos y Linsy no sabía cómo hacerlo desaparecer. Cuando llegaron a la casa, los otros huéspedes ya habían llegado.

Stella les recibió. Estaba muy hermosa.

— ¡Linsy, querida! — exclamó con voz melodiosa, hablando en inglés por deferencia hacia Howard — . ¡Y tu esposo! — exclamó con ojos encendidos — . Entrad, estábamos esperándoos. Os presentaré a todos y luego podremos empezar a cenar. Están muertos de hambre, supongo.

Además de ellos y los tíos de Stella, había otros invitados. Linsy conocía a los Abryls, que eran parientes de Stella, pero no a los demás.

Entre los invitados había una pareja de mediana edad cuyo apellido era Vulture, y un joven amigo de Stella, que se presentó como Maxon Domingos. Sin duda, le habían invitado para completar el número de comensales, y como empezó a hablar con Linsy, Stella pudo dedicarse a Howard.

Linsy estaba desconcertada por las atenciones del joven, pero no queriendo ofender a Stella, respondía a ellas con amabilidad. Sin embargo, a medida que la noche avanzaba, comenzó a preguntarse si todo aquello no había sido planeado de antemano. Hacía mucho tiempo que no trataba a Stella, había cambiado, desde luego, pero Linsy estaba segura de que Howard la fascinaba.

Pero, ¿qué pretendía Stella, comportándose así con él, coqueteando e insinuándose? Se preguntaba impaciente. Él no significaba nada para ella. Además, él parecía seguir el juego..., a lo mejor pretendía molestarla con su actitud, quizá ponerla celosa... pues eso sí que no iba a conseguirlo... Sin embargo, Linsy le prestó más atención a Maxon Domingos de lo que él hubiese esperado.

Durante la cena, estuvo sentada entre su anfitrión y Maxon, mientras que Howard estaba en frente de ella, entre la tía de Stella y la propia Stella. La conversación se desarrolló en inglés, pero cuando, a veces, derivaba hacia el portugués, Stella se complacía explicándole el significado de las palabras a su acompañante.

Mientras conversaban, Linsy se enteró de que Maxon vivía en Monsalver. Su padre era director de un banco y Maxon acababa de salir de la universidad. Monsalver estaba en la costa, y cuando

él mencionó que era muy aficionado al submarinismo, Linsy empezó a sentirse atraída por la conversación. Su vida con Howard había transcurrido en las ciudades más importantes de Europa y su idea de la diversión nunca se asociaba al deporte.

— Tengo entendido que hay muchos barcos españoles en el fondo del mar — dijo Maxon entusiasmado — . Mi sueño es descubrir alguno lleno de diamantes, plata y joyas... Sería un hombre rico.

— Supongo que esos tesoros se deben declarar — comentó Linsy.

— Sí, pero el valor de esos objetos es cada vez más alto. Cuando se descubre algún naufragio, primero se averigua a quién pertenece, luego se negocia un precio entre el gobierno y el equipo que lo ha descubierto.

— Es fascinante — sonrió Linsy.

— Lo es. Además, bucear es maravilloso. ¡No sabes la belleza que hay bajo nuestras aguas!

— Supongo que no estás tratando de persuadir a Linsy de que te acompañe en alguna de tus aventuras submarinas, Maxon — les interrumpió la voz de Stella — . No me la imagino con un traje de goma y botellas de oxígeno.

— ¿Por qué no? — le preguntó desafiante Linsy.

Stella arqueó las cejas mirando al hombre que tenía a su lado.

— No creo que sea tu estilo, querida. No tienes un aspecto muy deportivo que digamos — continuó Stella.

— Tal vez mi esposa tenga otro tipo de cualidades — añadió Howard bromeando — .De todos modos, estoy de acuerdo con Stella, no te imagino haciendo submarinismo.

— Creo que me menosprecias — dijo Linsy, después se volvió hacia Maxon — .¿Has buceado alguna vez en los lagos del valle?

Maxon negó con la cabeza.

— No, el lago es demasiado profundo y frío. Prefiero las aguas cálidas. La última vez lo hice en el Caribe y fue maravilloso.

— ¿Y crees que quedan barcos llenos de tesoros? — le preguntó Howard ignorando los esfuerzos de Stella por atraer de nuevo su atención.

— Sin duda — replicó Maxon de inmediato — . Hay muchos barcos que no han sido descubiertos todavía y yacen enterrados en el fondo, y la mayoría de ellos tienen algún tesoro. Debes recordar que los conquistadores españoles trasladaban a la península en ellos todas las cosas valiosas que encontraban en cada zona conquistada: oro, plata, monedas, joyas.

— Supongo que gran parte de lo que traían se habrá estropeado por el agua — comentó Howard pensativo — . Libros, documentos y cosas así.

— Por supuesto. Y también la ropa. Las mujeres españolas usaban vestidos con incrustaciones de pedrerías, oro y plata, por los cuales cualquier museo pagaría una fortuna.

— Desde luego, todo esto es muy interesante. Sin embargo, pienso como Stella que las aventuras de este tipo no son para Linsy — concluyó Howard mirándola.

— No he dicho que lo fueran, pero me gustaría aprender a bucear — respondió Linsy con los ojos fijos en Maxon — . Tal vez puedas enseñarme.

— Si tú quieres, lo haré — le respondió Howard, antes de que el joven pudiera contestarla.

Linsy le miró atónita, y le preguntó:

— ¿Tú sabes... bucear?

Los ojos de Stella se abrieron desmesuradamente:

— ¿Y tú que eres su esposa, no lo sabías, querida?

— No, no lo sabía — repuso Linsy nerviosa, mirando a Howard que estaba sentado frente a ella,

indiferente a su turbación.

— ¿Por qué debería saberlo? — comentó él — . Nunca ha surgido la ocasión de comentarlo hasta hoy.

Linsy miró su plato. El poco apetito que tenía había desaparecido de pronto. Apartó el plato y cogió su copa de vino con dedos temblorosos. ¿Qué quería decir con que sabía bucear? ¿Habría recordado algo? ¿Estaba recuperando la memoria poco a poco?

Cuando terminaron de cenar, todos se reunieron en la sala para tomar el café. Stella puso unos discos y Linsy se encontró junto a la señora Abryl. Empezó a interesarse por la salud de su tía. A Linsy sus preguntas le proporcionaron un gran alivio porque le daban la oportunidad de huir del caos de sus pensamientos.

Howard hablaba con el señor Vulture, pero de vez en cuando, Linsy advertía que sus ojos se clavaban en ella, y no podía evitar sentirse inquieta por ello.

Stella abrió las ventanas que daban al pequeño patio y les animó a bailar. Se aferró al brazo de Maxon y ambos empezaron a moverse al compás de la música. A Linsy le gustaba mucho oír música y bailar, pero ahora, le resultaba muy agradable quedarse sentada, dejándose acariciar por la brisa de la noche, bebiendo una copa.

— ¿Se quedará mucho tiempo con su tía? — le preguntó la señora Abryl y Linsy trató de concentrarse en lo que le decía.

— No lo sé — le respondió, incapaz de coordinar sus pensamientos — — Hasta que mi tía mejore, supongo.

La señora Abryl asintió:

— Habrá sido una verdadera sorpresa para usted ver de nuevo a Stella el otro día.

Linsy sonrió.

— En efecto, después de tanto tiempo...

— Sí — dijo la señora Abryl mirando al patio donde su sobrina estaba intentando enseñar a Maxon uno de los pasos del baile — . Estoy contenta de verla feliz otra vez, después de los malos momentos que ha pasado últimamente.

— ¿Oh, sí? — le preguntó Linsy llena de curiosidad — . No me dijo nada.

— No, jamás lo haría — la señora Abryl suspiró — . La culpa la tuvo aquel hombre, y Stella se enamoró locamente de él. Si la conociera más, sabría hasta qué punto se entrega a lo que hace, y eso fue lo que pasó con ese hombre. Por desgracia, él estaba casado, tenía familia y Stella no lo sabía. Ella esperaba casarse con él. ¿Y qué ocurrió? — exclamó la señora Abryl haciendo un ademán de resignación con la mano — . Se cansó de Stella y volvió con su esposa.

— ¡Vaya! — exclamó Linsy — . Lo siento.

— Fue horrible — la señora Abryl jugaba con su collar de perlas — . Stella es una muchacha encantadora y buena. Nunca se le ocurrió pensar que aquel hombre la estaba engañando.

— ¿Era americano?

— Creo que sí, pero eso es lo de menos. ¡Pobre Stella! ¡Qué experiencia tan terrible!

— Sí — dijo Linsy mirando hacia el patio.

Stella había abandonado sus intentos de enseñar a bailar a Maxon y se había unido a Howard y al señor Vulture.

Linsy suspiró. Stella no parecía desgraciada en aquel momento o al menos, lo disimulaba muy bien.

— Es muy agradable haber encontrado a un hombre que la quiera a una y poder vivir con él toda la vida — le comentó la señora Abryl — . Supongo que Stella la envidia a usted.

Linsy sonrió. Respecto a su relación con aquel hombre, cuanto menos se hablara mejor. Para su

alivio, el señor Abryl se les acercó y comenzó a preguntarle por su tía Chloe.

Estaba muy contenta cuando llegó el momento de marcharse. Maxon se había pasado un cuarto de hora tratando de persuadir para que saliera con él algún día a dar un paseo a caballo y, aunque sugirió que podían ir los cuatro, es decir, también su esposo y Stella. Linsy no quiso aceptar.

Cuando las luces de la casa de los Abryls quedaron atrás, Linsy le preguntó:

— ¿Por qué dijiste que sabías bucear? Howard no apartó los ojos del camino.

— ¿Por qué no habría de hacerlo?

— Porque no sabes — dijo Linsy con voz tensa.

— ¿No? — La miró y ella se alegró de la turbación que habían provocado en él sus palabras.

— No. ¿Es que creías que sabías?

Él suspiró.

— No.

— ¿Entonces por qué lo dijiste?

— Porque no permitiré que un joven y atractivo español enseñe a mi esposa a hacer nada.

Linsy esperaba cualquier cosa, pero no aquella contestación y le miró atónita.

— ¿Qué has dicho?

— Ya me has oído. Puede que haya perdido la memoria, pero no soy tonto.

Linsy estaba asombrada.

— ¿Cómo puedes reprocharme nada a mí después de cómo te has portado esta noche? — Le espetó ella.

Luego se mordió los labios, furiosa. No habría querido decir eso. Ya lo había hecho y no podía retroceder.

Estaba empezando a reaccionar como si aquel hombre fuese su marido, aunque él lo creyese y a ella le interesase mantenerle en aquel error, se estaba traicionando a sí misma, porque a veces se olvidaba de que no tenía ningún derecho sobre él.

— ¿Así que estás celosa? — Le preguntó él con tono burlón.

— No lo estoy. Pero no voy a permitir que controles todo lo que hago.

— Tengo derecho a hacerlo — la contradijo con frialdad — . Eres mi esposa, debes recordarlo.

Linsy estaba sorprendida, sus comentarios más que tranquilizarle parecían indignarle más aún.

— No recuerdo que nunca lo hayas sentido con tanta fuerza — murmuró trémula.

Él apretó el volante entre sus dedos.

— ¿No? Entonces, creo que nuestro matrimonio no era lo que debía ser ya antes del accidente.

— ¿Qué quieres decir? — Le preguntó atemorizada.

— Está claro, ¿verdad? No estamos enamorados el uno del otro.

— Ya te lo expliqué — Linsy escondió el rostro entre las manos.

— ¡No, no lo has hecho! Al menos, no satisfactoriamente — dijo bruscamente — . No supondrás que tengo que creerme todo lo que cuentas sin hacer preguntas siquiera. Después de todo, sólo conozco una de las partes de la historia.

— Hablas como si nuestro comportamiento no fuera como el de otras parejas. Puede que no lo hayas advertido, pero el matrimonio ideal no es algo muy corriente en el mundo actual — dijo notando que la conversación se volvía cada vez más peligrosa.

— ¿Me estás diciendo que el nuestro no es un matrimonio ideal?

Linsy se sonrojó.

— ¿No podemos dejar esta conversación ridícula?

— Creo que tengo derecho a saberlo.

— Por favor, estoy cansada. No quiero hablar ahora.

— Quizá sea lo mejor enfrentarnos con la verdad — señaló él con sequedad.

— ¿Qué quieres decir? — le preguntó atemorizada.

— Lo que acabas de oír. Si nuestras relaciones no eran satisfactorias, ¿por qué no vas a decírmelo ahora?

— ¡Comprendo! — inclinó la cabeza.

Por un momento, creyó que él había recuperado la memoria y se asustó al oírle hablar de la verdad.

Reuniendo fuerzas prosiguió:

— ¿Qué importa? En este momento, somos casi como extraños.

— Pero no es así, ¿verdad? Estamos casados. Además, tus explicaciones no son muy tranquilizadoras — entrecerró los ojos — . En particular, cuando me reprochas que nuestro interés por otra mujer.

Le miró indignada.

— ¡Tu conducta me es absolutamente indiferente!

— ¿Sí...? Entonces, ¿por qué te casaste conmigo? — le preguntó él, mientras giraba el volante de la camionera.

Las ruedas crujieron y la lluvia, que momentos antes parecía amenazante, comenzó a caer agua golpeando con violencia el parabrisas del coche. De pronto, se levantó un viento frío que parecía surgir de la nada, para añadir un toque de mayor dramatismo a la situación. Linsy hubiera deseado estar ya en su casa, en el castelo.

Pero no estaban en casa, sino a más de un kilómetro de distancia y él insistía en hacerle preguntas y más preguntas.

— ¿Y bien? ¿Por qué lo hiciste? ¿Me amabas?

— Sí... por supuesto que te amaba — contestó muy nerviosa.

— ¿Por qué hablas en pasado? ¿Debo entender que ya no me quieres?

Linsy hizo un gesto de resignación. Aquella era una situación insoportable.

— ¿Cómo voy a saberlo? — gritó — . Ya te lo he dicho, somos como dos extraños.

— ¿Y quién tiene la culpa?

— ¡Nadie! — exclamó desesperada — . Hasta que recuperes la memoria habrá un abismo insondable entre nosotros.

— ¿Sí? ¿Por qué? — dijo él muy serio — . Estoy seguro de que la manera más natural de superar el abismo es comportándonos como cualquier matrimonio normal.

Linsy respiró hondo:

— De acuerdo, de acuerdo. Nuestras relaciones eran normales hasta... mucho antes del accidente.

— Comprendo, ahora suena mejor. ¿Qué pasó? ¿Por qué cambiaron?

Linsy se mordió los labios. Odiaba todo esto, verse obligada a discutir sus problemas personales con un extraño.

Su caso no era el mismo. Él creía estar escuchando el relato de su vida. Sólo ella sabía que no era así.

— ¿Es necesario que revivamos todos nuestros viejos odios? — le preguntó desconsolada — . ¿No podemos dejar las cosas como están, al menos, hasta que todo esto adquiera algún significado para ti?

— Tiene significado para mí ahora.

— ¿Qué quieres decir?

— Recuerdo haber tenido problemas. Recuerdo cómo era la vida de matrimonio. ¡Oh, sí, claro que significa algo para mí!

Linsy estaba horrorizada. ¿Qué quería decir? ¿Estaba comenzando a recordar su propia vida o había acabado asumiendo la personalidad de Howard? Podía tratarse de un fenómeno de autosugestión.

Para una persona que estaba sufriendo una profunda amnesia, como él cuando vivía en el hospital, hallar de pronto un pasado, una vida a la que asirse, aunque no fuera la suya, debía haber supuesto una forma de salir de la oscuridad y la angustia que la pérdida de memoria debía provocar. Además, el primer paso lo había dado ella al reconocerle como su marido, luego Steven, una persona respetable e importante de la que no cabía sospechar, había apoyado sus afirmaciones. A partir de ese momento, aquel hombre se había esforzado por asumir su nueva identidad como si realmente fuera la suya. No podía saberlo, pero si en realidad él estaba recordando, su propia situación se complicaba; quizá estuviera casado, en ese caso, ¿por qué su mujer aún no había aparecido? ¿O no sabía nada sobre el accidente que había tenido su esposo?

Ella estaba temblando cuando le preguntó:

— ¿Qué recuerdas en realidad?

Él frunció el ceño preocupado.

— Muy poco, algunas discusiones. ¿Hubo otro hombre?

Linsy se puso rígida:

— ¡No!

— ¿No? — él movió la cabeza reflexionando — . ¿Otra mujer, tal vez?

Linsy estaba indignada. ¿Y si sólo se estaba burlando de ella? Él no podía recordar su vida, porque no había formado parte de ella.

— No quiero hablar más sobre este asunto. Por favor, déjalo así — le suplicó la joven.

— ¿Así que hubo otra mujer? — insistió él airado — . Me pregunto por qué. Tú, y tu frialdad... tú, inaccesible, sí, debe haber sido eso.

Linsy le miró con los ojos llenos de ira.

— ¿Cómo te atreves? — sin detenerse a pensar lo que iba a hacer, le dio una bofetada.

— ¡Estás loca! — gritó, pisando el freno y deteniendo el vehículo.

La furia que se advertía en su rostro aterrorizó a Linsy, que abrió la puerta y salió corriendo hacia la oscuridad, bajo la lluvia.

En pocos segundos se había empapado, perdió una sandalia y se cayó en el barro nada más salirse del camino. No sabía adonde se dirigía. Su intención era escapar, sólo escapar de él.

— ¡Mae Deus! — lloraba amargamente mientras corría, sin ver dónde pisaba.

De pronto oyó que él la llamaba.

— ¡Linsy, Linsy, por Dios, no seas tonta! ¡Vuelve! ¿Qué crees que vas a lograr así?

Ella se detuvo, sin aliento, dándose cuenta de que, en realidad, no sabía adonde iba ni lo que estaba haciendo. ¿Por qué huía? ¿De qué tenía miedo? ¿Qué podía hacerle él?

En el momento de pánico, no había pensado con sentido común, los nervios la habían traicionado. Arrodillada en la oscuridad, con el pelo suelto y empapado sobre los hombros, estaba expuesta a coger una pulmonía o algo peor, y ¿de qué serviría? En ese momento comprendió que estaba permitiendo que aquel extraño la trastornara de aquel modo. No debía importarle lo que él pensaba, ya que dentro de pocas semanas, a lo sumo, meses, él se marcharía y ella olvidaría para siempre aquel breve episodio.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se percató de que él había encontrado una linterna en el coche y que subía por la colina sin dificultad, buscándola. Si se ponía de pie para huir, él la descubriría, así que se quedó inmóvil, rogando a Dios que no la encontrase. En realidad, no sabía qué haría si él se daba por vencido y la dejaba allí. Tal vez, tendría que llegar

al castelo andando, pero si lo intentaba se helaría de frío.

Comprendió además que él la encontraría enseguida, de modo que se puso de pie desafiante, para evitar que él la viera de rodillas y llorando.

De inmediato, él la enfocó con la luz, advirtiéndole cómo el vestido mojado moldeaba su figura y luego habló con voz grave.

— ¿Qué estás haciendo ahí? ¡Por Dios, mujer, vas a caer enferma!

Linsy tembló, tanto de miedo como por la humedad de su vestido, y él le dijo, sin tocarla:

— ¡Vamos! Vuelve al coche, antes de que haga algo de lo que nos tengamos que arrepentir los dos.

Linsy vaciló un momento, luego tropezó con las raíces de un árbol. Él no trató de ayudarla. No era un caballero, pensó, era un hombre sin sentimientos, no conocía la ternura... como Howard.

La joven caminaba con dificultad por el barro, mientras él parecía hacerlo con destreza. Le hubiera dado una inmensa alegría verle caer y llenarse de barro.

— ¿Algún problema? — preguntó él con sorna.

Linsy le miró enfadada.

— ¡Vete y déjame en paz! — gritó, a punto de echarse a llorar.

— Como quieras — respondió indiferente y se volvió para marcharse solo, pero ella entonces se asustó.

— ¡No! ¡No, por favor, dame la mano! — murmuró suplicante.

Él la iluminó con la pálida luz de la linterna y le ofreció una mano. Ella saltó sin dificultad sobre el barro. El viento le agitaba los cabellos que le tapaban la cara, se los apartó mientras le seguía hacia el coche.

No hablaron durante el viaje, Linsy temía llegar y que Penelope viera el estado en que estaba.

Cuando llegaron a la puerta del castelo él dijo:

— Quédate aquí, te traeré un abrigo. Te lo pones y subes a tu habitación y cuando te hayas bañado y vestido, baja. Le diré a Lupita que caliente un poco de agua y te prepararé algo de beber.

Linsy hubiera querido negarse, no deseaba aceptar su ayuda, pero comprendió que su postura hubiera sido ridícula y asintió. Era más temprano de lo que habían pensado y Penelope todavía estaba levantada, de manera que los esfuerzos de Linsy por pasar desapercibida fueron en vano. El ruido había atraído a Penelope a la puerta de la sala, desde allí los miraba con ojos de sorpresa.

— Señora! ¿Qué ha ocurrido? ¿Han tenido un accidente? — asombrada miraba a Howard, él estaba en las mismas condiciones que Linsy.

Tenía el traje empapado y el pelo también.

Linsy no sabía qué decir y miró con desesperación a Howard, que procuró sacarla del apuro con la mayor tranquilidad.

— La señora Paladi se bajó de la camioneta para apartar a un animal herido de la carretera y por desgracia se cayó. Estaba muy oscuro y había mucho barro.

Los ojos de Penelope se abrieron desmesuradamente:

— ¡Un animal herido, señor! — repitió con voz débil.

— Eso es lo que he dicho — Howard la miró fijamente hasta desconcertarla — .¿Qué cree que puede haber pasado? ¿Se imagina usted, con su sentido romántico de las cosas, que hemos estado haciendo el amor bajo la lluvia?

Penelope se quedó pálida y contestó.

— ¡Por supuesto que no! No sabía qué pensar, señor.

— Pues ahora sí lo sabe. De manera que mejor será que vaya a decirle a Lupita que ponga agua a calentar para la señora.

— Sí, señor.

Penelope se retiró de mala gana, mirando desconfiada los rasgos alterados de Linsy. Era la primera vez que un hombre la defendía de alguien y era una extraña experiencia.

Capítulo 8

En su habitación, Linsy se desnudó sin pensar en la posible e inesperada intrusión de aquel hombre; dejó el vestido húmedo sobre la alfombra, y se dirigió al baño. La ducha estaba caliente y resultaba reconfortante.

Se secó, y se puso un camisón largo de seda, que no había usado nunca. Sus líneas clásicas acentuaban las curvas voluptuosas de su cuerpo. Encima se puso una bata, también de seda. Por supuesto, tenía el pelo húmedo, pero como se lo había lavado, ya había recuperado su brillo.

Ella suponía que Penelope estaría esperándola para oír todos los detalles de la aventura, pero se sorprendió cuando entró en la sala y la encontró desierta. Linsy miró a su alrededor y estaba a punto de servirse algo de beber y marcharse, cuando apareció Howard. Él también se había cambiado de ropa, llevaba unos pantalones negros y una camisa de seda. De pronto ella se sintió turbada ante su presencia y deseó que apareciese Penelope.

Él avanzó hacia el bar con la mayor naturalidad, cogió un recipiente con agua caliente que estaba sobre el mostrador, sirvió una medida de coñac a la que agregó bastante agua caliente. Le acercó el vaso a Linsy sin decir ni una palabra.

— Gracias — dijo ella cogiendo el vaso y bebiendo un sorbo que le quemó la garganta y la hizo toser.

Él volvió al bar para servirse un whisky.

Linsy se acercó a la chimenea, en cuyo interior crepitaba un cálido fuego y se quedó mirándolo, embelesada. No quería sentarse para que él no supiese que le hubiera gustado prolongar aquella situación, pero sus piernas estaban tan débiles que apenas la sostenían. Él se bebió el whisky y dejó el vaso: luego caminó hacia donde ella estaba. Bajo la luz de la lámpara, su figura se hacía aún más imponente.

— ¿Estás mejor ahora? ¿Te has recuperado de tu representación?

— ¡No era una representación!

— Entonces, ¿qué explicación puedes dar de tu conducta? ¡Cielos! ¿Por qué saliste corriendo como una loca de la camioneta? Dímelo.

Las mejillas de Linsy ardían.

— Te portaste muy mal conmigo — le acusó ella.

— ¿Sí? — la miró desafiante.

— Sí. Y... cuando yo estaba más nerviosa... me amenazaste.

— ¿Tú forma de demostrar que estabas nerviosa fue darme una bofetada, supongo? ¿Cómo te amenacé?

Linsy apretó los labios.

— Sabes muy bien que estabas enfadado conmigo.

— ¿Dime qué hombre no se enfadaría si su esposa le da una bofetada?

Linsy notó la burla que había en su voz y tuvo ganas de volver a pegarle.

— Supongo que todo esto te parecerá muy divertido. Primero me pones en ridículo, luego te burlas de mí...

— No puedes culparme de cosas que haces tú misma. Y me imagino que todo esto sería divertido para... alguien que no tuviera nada que ver contigo...

Impaciente, Linsy terminó de tomarse su bebida. Siempre acababa perdiendo cuando discutía con él. De pronto, él extendió una mano y le cogió un mechón de pelo. Linsy retrocedió asustada,

pero esta vez, él no la soltó.

— ¿Qué significa esto? ¿Por qué reaccionas así cada vez que me acerco a ti? ¿Es un delito tocarte el pelo? ¿Qué te hice que estás tan ofendida conmigo?

Linsy trató de soltar el mechón de pelo de sus dedos, pero él no se lo permitió.

— Ya te lo he dicho mil veces... Por favor, déjame en paz.

Él no le hizo caso y se puso a contemplar las curvas de su cuerpo que se insinuaban bajo la suave tela.

— Eres muy bella, Linsy — murmuró como hablando consigo mismo — Demasiado bella para ser tan fría como tratas de aparentar.

Ella sintió que el corazón le daba un vuelco.

— ¡Suéltame! — exclamó impotente — . Me estás haciendo daño.

Linsy trató de zafarse, empujándole con una mano, notando la poderosa atracción de aquel hombre. Luchó, se resistió, pero sólo logró estar más cerca aún de él y cuando su mano le cogió la barbilla para sujetarle la cabeza y sus labios se apoyaron sobre los de ella, sintió una emoción que jamás había experimentado.

La besó muchas veces, con besos largos y suaves, que le quitaron el deseo de resistirse; pero al sentir que sus dedos le acariciaban los hombros para dejarlos descubiertos, reaccionó.

Con un grito de desesperación, se apartó de él bruscamente, cubriéndose los hombros y mirándole con ojos desafiantes.

— ¡Cómo te atreves! — murmuró desconcertada.

Él se controló con dificultad y se apoyó contra la chimenea.

— ¿Cómo me atrevo a qué? ¿A hacer el amor con mi mujer? ¿Qué hay de malo en eso?

Linsy se volvió, turbada, diciendo:

— Me voy a la cama.

— ¡Buena idea!

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Es tu expresión favorita? ¿Qué crees que quiero decir? — le respondió irónico.

— No lo sé.

— Sí, lo sabes. Soy un hombre, Linsy, te deseo y te tendré. ¡Lo juro! Los labios de ella se entreabrieron, y el terror asomó a sus grandes ojos.

— ¡No...!

— ¿No? Te olvidas de algo, Linsy. Cuando te besé, me deseabas tanto como yo. ¿Crees que no me di cuenta?

— No es cierto — protestó.

— ¡Es verdad! ¡No trates de negar!

Linsy tragó saliva.

— Bueno... sí, respondí, un poco. Lo siento. Él caminó hacia ella, despacio.

— No lo sientas. Es lo mejor que podía habernos ocurrido en estas circunstancias. Quizá sea la oportunidad de rehacer nuestras vidas de nuevo.

— ¡No! Estás equivocado, no estoy dispuesta...

Él le dirigió una mirada.

— Sí, lo estás, Linsy — la cogió por la cintura, atrayendo hacia él.

Se oyeron unos pasos apresurados y apareció la enfermera, con una bata puesta sobre los hombros y el pelo revuelto.

— ¡Oh, señora! — exclamó en su idioma — . ¡La señora, su tía, tiene otro ataque!

Linsy se liberó en seguida de él, que preguntó impaciente al verla reaccionar así y no entender

las palabras de la enfermera.

— ¿Qué dice?

Linsy le repitió el mensaje de la enfermera, él se pasó la mano por el pelo con expresión desesperada y agregó:

— El médico. ¡Gomez! ¿Puedes ponerte en contacto con él?

— No hay teléfono — exclamó Linsy, incapaz de pensar con serenidad.

Sólo comprendía que el estado de su tía era grave y que necesitaba asistencia urgentemente.

La enfermera habló, esta vez, en inglés:

— Quizá el señor pudiera ir en busca del médico. Volveré a la habitación, no puedo dejarla sola.

— Me quedará con usted — dijo Linsy, mirando a Howard con expresión preocupada — . ¿Qué voy a hacer?

Por un momento, los ojos de él se oscurecieron al recordar el breve y apasionado abrazo; luego salió de la sala rápidamente.

— Iré a buscar al médico — le oyó decir Linsy cuando se iba.

Linsy creyó que nunca podría olvidar aquella noche. Primero, los intensos momentos que había vivido con aquel hombre, luego la espera angustiada del doctor Gomez y la irregular y agitada respiración de su tía en medio del silencio de la habitación. La enfermera iba de un lado al otro, atendiendo a su paciente, y ella lo único que podía hacer era sentarse y esperar, impotente, viéndola sufrir.

Si su tía se moría, sería una especie de castigo a su comportamiento, pensaba desolada; volvía una y otra vez a recordar la turbación que le habían causado los besos de aquel hombre y su incontenible deseo de hacer el amor con él sin pensar en las consecuencias. Hubo momentos en que estuvo a punto de decirle toda la verdad. Era un hombre muy atractivo y a cualquier mujer le hubiese ocurrido lo mismo. ¿Qué podía hacer?

El doctor Gomez se hizo cargo de la situación con mucha profesionalidad. Confirmó el tratamiento que ya había indicado y permaneció con su tía toda la noche, obligando a Linsy a que se fuera a dormir, ya que nada podía hacer.

La joven prefirió quedarse, por si ocurría algo.

Hacia la madrugada, el estado de su tía había mejorado. Su respiración se hizo más regular y dormía tranquilamente. Linsy miró al médico con ansiedad y él le acarició la mano amablemente.

— Hemos tenido suerte. Creo que la crisis ha pasado. Está muy débil y pasarán algunos días antes de que recupere las fuerzas. No se preocupe, mejorará.

— Gracias, doctor — dijo Linsy inclinándose con ternura sobre la anciana y tocándole la mejilla

— . ¡No sé cómo agradecerse!

— Es mi trabajo — respondió el doctor cerrando su maletín.

Linsy movió la cabeza despacio.

— Es más que eso, es una vocación.

Gomez sonrió.

— Salgamos, está agotada. Debe dormir. ¿A dónde se ha ido su esposo? Me trajo hasta aquí casi volando. No me hubiera animado a aventurarme tan tranquilo por estos caminos si no hubiese sabido que era un experimentado conductor.

Linsy inclinó la cabeza. Sin decir una palabra más, le acompañó hasta la escalera y cuando llegaron abajo, apareció Howard, que les preguntó:

— ¿Cómo está?

— Vivirá — contestó el doctor con calma — . Pero está muy débil. Acabo de explicarle a Linsy

que pasará algún tiempo hasta que recupere las fuerzas — agregó mirando a su interlocutor con ojos penetrantes — . Y supongo que usted no habrá podido descansar tampoco, ¿verdad Howard?

Él negó con la cabeza.

— No — dijo encogiéndose de hombros —, lo llevaré a su casa, doctor.

— No hace falta. Puedo conducir yo mismo la camioneta y mandar después a uno de los muchachos de regreso con él.

— No es ninguna molestia — insistió el hombre con firmeza.

Gomez suspiró.

— Está bien, entonces — dijo volviéndose hacia Linsy — . Duerma un rato, prométame que lo hará.

Linsy asintió:

— Si usted lo dice, doctor, lo haré.

— Sí, se lo digo. Muy bien, Howard. ¡Vamos!

Linsy subió a su habitación. Sin quitarse la ropa siquiera se tiró sobre la cama y durmió profundamente hasta que al día siguiente la despertó Penelope diciendo que era la hora de la comida. Le preguntó si pensaba bajar o si quería que le subiera algo de comer.

Linsy se sentó en la cama mirando sobresaltada su reloj. ¡Era la una! Había dormido más de seis horas seguidas. Trató de ordenar sus pensamientos, salió de la cama y abrió la puerta.

— No, Penelope, bajaré. Lo siento, me he quedado dormida.

— El señor me dijo que la dejáramos dormir — afirmó Penelope —, fue a la hora del desayuno. Ahora he venido a despertarla porque creí que querría saber cómo estaba su tía, además tiene que comer algo.

— ¡Por supuesto, por supuesto! — exclamó Linsy pasándose la mano por el pelo — ¿Cómo está mi tía? ¿La ha visto?

— Sí, señora, la he visto. Sigue durmiendo, aunque tiene mejor color, según ha dicho la enfermera.

Linsy suspiró aliviada.

— Gracias a Dios. No se preocupe Penelope; me vestiré en seguida.

Penelope asintió en silencio y se marchó. Linsy cerró la puerta pensando por qué él habría ordenado que no la molestaran. Seguramente no sería porque estuviera preocupado por ella después del comportamiento que había tenido la noche anterior.

Se levantó y se dio una ducha, se vistió y bajó a comer. Lupita estaba en el vestíbulo y le preguntó cuándo debía servir la comida. Ella le sonrió amablemente y le respondió:

— Cuando quiera, Lupita. ¿En dónde está el señor?

— Se fue a dar una vuelta a caballo, señora. Aún no ha regresado. No dijo si volvería a comer.

— Entonces vamos a comer nosotras — respondió, incapaz de disimular su decepción.

Después de comer, Linsy, inquieta, recorrió el castelo. Los acontecimientos de la noche anterior, la preocupación por su tía, habían destruido su aparente serenidad.

¿En dónde estaba él? ¿No había dormido todavía? ¿Qué había ocurrido? En realidad, sólo la había besado. Howard, el verdadero Howard, hubiese hecho mucho más.

Además, Howard Paladi nunca había despertado en ella una pasión como la que le había hecho sentir anoche aquel desconocido, que le había hecho conocer los encantos del amor entre un hombre y una mujer. De pronto, se descubrió deseando algo absolutamente diferente a lo que se había propuesto al principio.

El doctor Gomez llegó a las tres de la tarde a visitar a su tía. Linsy le acompañó arriba y después

de que él pronunciara palabras esperanzadoras sobre el estado de su tía, volvieron abajo.

— ¿Quiere un café, doctor? — le preguntó Linsy.

Gomez asintió.

— Sí, gracias.

Linsy fue a pedirle a Lupita que hiciera el café y luego se dirigió a la sala donde el médico la esperaba, mirando por la ventana, hacia el valle.

— ¿En dónde está Howard? — le preguntó el doctor Gomez.

Linsy se sentó en un sillón y le señaló otro al médico.

— No está aquí... ha salido a dar una vuelta.

— Comprendo — el doctor abrió una caja de cigarrillos que estaba sobre una mesa — . ¿Me permite?

— Por favor — dijo ella sonriendo, él cogió un cigarrillo y lo encendió.

— ¿Y usted, cómo está? Linsy se encogió de hombros.

— Supongo que bien.

— Parece cansada. ¿Duerme bien?

Linsy se sonrojó.

— Por supuesto. Pero anoche fue diferente.

— Desde luego — dijo Gomez observando distraídamente su cigarrillo — . ¿Es usted feliz?

— ¿Por qué no habría de serlo? — se libró de seguir aquella conversación porque en ese momento apareció Lupita con una bandeja.

Mientras les servía el café, el doctor comentó:

— Debería tomarse unos días de descanso fuera del castelo.

Linsy protestó.

— ¡No podría! Sobre todo ahora, después del último ataque de mi tía.

Gomez negó con un ademán.

— Por el contrario, éste sería el momento ideal. Pasarán algunos días antes de que Chloe se recupere y pueda reconocer a nadie. Necesita descansar y estar sola. Su presencia aquí no es necesaria.

— ¿Y si sufre otro ataque? — preguntó preocupada.

— Sería lamentable, pero no lo creo. Linsy, es usted muy joven y ha estado aquí encerrada, en el castelo durante más de un mes. Eso no es bueno. Está pálida, nerviosa. Hablaré con Howard.

— ¡No! — respondió en el acto — . No... no lo haga.

— ¿Por qué no? Seguro que él estará de acuerdo...

— Tal vez, pero no puedo...

— Tonterías. Estoy seguro de que Steven y Luchia se alegrarán de verla unos días. Luchia, en particular, que está muy deprimida y le gustará tener compañía.

Linsy se puso en pie, nerviosa.

— Usted no comprende...

— ¿Qué es lo que no comprendo? ¿Que no quiere estar sola con su esposo? ¿Se trata de eso?

Linsy se sonrojó.

— No sé qué quiere decir...

— Sí, sí lo sabe. Sé perfectamente que las cosas no marchan como debieran entre ustedes. Y lo comprendo. Es natural que en estas circunstancias, ambos se sientan algo incómodos, como si fueran unos desconocidos. Tal vez en Monsalver, Steven, otra persona que le conozca desde antes del accidente, pueda ayudarle a recuperar algunos de sus recuerdos.

— No quiero ir a Monsalver.

— Debo insistir. No quiero tratarles como pacientes y, si no descansa, Linsy, se pondrá enferma. Está demasiado nerviosa. ¡Por Dios, muchacha! ¿Por qué no lo intenta?

Linsy paseó inquieta por la habitación.

— Lo pensaré.

Gomez se puso en pie.

— Muy bien. Ahora debo marcharme. Hay un niño de diez años en el hospital que tiene tuberculosis.

Linsy le miró asombrada y exclamó:

— ¡Que horror!

— Así es la vida — le dio unas palmadas en el hombro — . La vida es corta, cuídese.

Después de que el médico se marchó, ella se sentó en la sala y se sirvió otro café, saboreando la paz de aquel momento. La idea de abandonar el castelo la aterrorizaba. ¿A quién más podía encontrar en Monsalver que conociese a Howard?

¿En qué dificultades se vería si Gomez la obligaba a marcharse? La situación se estaba haciendo imposible.

Se puso en pie y al hacerlo tiró el café sobre la mesa. Después se acercó a la ventana. El panorama era magnífico. De pronto, algo atrajo su atención. Dos jinetes se aproximaban y aunque el reflejo del sol no le permitía ver con claridad sus rostros, pudo reconocer a uno de ellos. Era él. Se escondió detrás de las cortinas como si fuese un espía. En seguida, pudo reconocer al otro jinete: era Stella Bitge.

Linsy sintió un dolor agudo en el estómago. ¿Qué hacía Howard con Stella?

¿En dónde habían estado y qué habían hecho? ¿La traería al castelo? Eso parecía, seguían el camino que conducía hacia allí. Sintió celos. Mientras ella estaba aquí, sola, intranquila y nerviosa, él se paseaba tranquilamente con Stella.

Capítulo 9

Sin esperar a que llegaran al castelo, Linsy cruzó la habitación y en su apresuramiento, tropezó con Penelope.

— ¡Cielo, señora! ¿Qué ocurre? — se llevó una mano a la garganta.

— ¡Lo siento, Penelope! No pasa nada. Es que... iba a subir a mi habitación...

— Sí, señora — le dirigió una mirada desconfiada.

Guardó silencio y Linsy siguió su camino subiendo la escalera lo más rápido que pudo. Estaba temblando y, después de entrar en su habitación, cerró la puerta con llave. Recordó la puerta de la habitación contigua y también la cerró. Entonces se sintió más segura y se sentó frente a su tocador, mirando su imagen, desconcertada.

Trataba de calmarse, pero la tensión y las emociones no la dejaban tranquilizarse. ¿Cómo se atrevía a traer a aquella mujer allí sin su permiso? Luego pensó que él consideraba el castelo como su casa y que hasta hacía poco pensaba que Stella era su amiga.

De pronto, aquella muchacha morena le parecía su mayor enemiga y la despreciaba por haber traicionado su amistad de aquella manera. La noche anterior había sospechado que Stella encontraba atractivo a Howard. Ahora Stella, mientras galopaba junto a él, tenía un aspecto triunfante. Comprendía que, a pesar de los años pasados en Londres, ella carecía de la natural elegancia de Stella y por primera vez la envidió.

Se puso en pie, se quitó los pantalones y el jersey y los tiró al suelo. Decidió no salir de su habitación. Cuando Howard preguntase por ella, estaría en la cama.

Pero no pudo descansar. Hacía varios minutos se había metido entre las sábanas y todavía no se oía nada abajo. Sin embargo, tenían que haber llegado. ¿En dónde estaban? ¿Qué estarían haciendo? ¿Les habría dicho Penelope dónde estaba?

Nerviosa, empezó a dar vueltas en la cama. Se estaba comportando como una niña, pensó desesperada. Y además, había elegido el camino de la cobardía. Apretando los dientes, se levantó de la cama y fue a buscar su ropa. Mientras lo hacía, oyó ruido en la habitación contigua y en seguida la voz de Howard llamándola:

— ¡Linsy, Linsy! ¿En dónde estás?

Linsy se puso una bata y tratando de aparentar calma respondió:

— Sí, ¿qué quieres?

El picaporte de la puerta giró y ella recordó que estaba cerrada con llave.

— ¡Linsy! — su voz había adquirido un tono más enérgico — . ¿Qué haces?

La joven vaciló. No quería que él la viese así después de haber estado junto a Stella. En comparación a Stella, ella tenía un aspecto humilde, estaba despeinada y tenía el rostro desencajado por las preocupaciones y los ojos llorosos.

— No pasa nada, Howard. Estoy intentando descansar.

— ¡Nada de excusas, Linsy! Penelope me ha dicho que te vio subir hace unos quince minutos a tu habitación — hizo girar de nuevo el picaporte — ¡Abre, si no quieres que eche la puerta abajo!

Linsy tembló:

— ¡Vete, Howard! ¡Quiero dormir!

— ¡Al diablo, Linsy! ¡Nos has visto venir! Penelope me ha dicho que echaste a correr hacia tu habitación como enloquecida.

Penelope, seguramente con la mejor intención del mundo, la había delatado.

— No tengo por qué hacer lo que me ordenas. Ya te lo he dicho, quiero descansar.

Primero se oyó una maldición y luego el ruido de un golpe contra la puerta. Ella se dio cuenta de que si no hacía lo que él le ordenaba, rompería la puerta.

— ¡Espera! — gritó en seguida y de mala gana fue a abrirla.

Howard entró en la habitación y la miró furioso.

— ¡No vuelvas a cerrarme la puerta! — murmuró, mirándola muy enfadado — . ¿Qué ocurre?

¿Por qué no estás vestida?

Linsy trató de conservar la calma.

— He intentado... explicártelo. Estoy cansada.

— ¿Por qué? ¿Y te has dado cuenta de lo cansada que estabas cuando nos has visto venir?

Linsy fingió sorprenderse.

— ¿A quiénes?

— No juegues conmigo, Linsy. Sabes muy bien que Stella está abajo.

— ¿Stella? ¿Sí? ¡Oh, qué bien! — le dio la espalda y cruzó la habitación — . ¿En dónde la encontraste?

Ella le vio respirar profundamente y sintió que se le encogía el corazón, pensando que él podría aprovechar la oportunidad para seguir la escena que había comenzado la noche anterior. Pero no fue así, y un momento después, él salió de la habitación, cerrando la puerta de golpe.

Se había ido y ella tenía la culpa. Si ahora él estaba con Stella, sólo ella tenía la culpa. Con manos temblorosas se quitó la bata y la arrojó sobre la cama deshecha, se puso apresuradamente los pantalones y el jersey que se había quitado momentos antes. Estaba tan nerviosa que no se le ocurrió buscar otra ropa mejor. Se peinó un poco y bajó.

Estaban en la sala. Mientras bajaba la escalera, pudo oír la risa de su amiga.

Enderezó los hombros y avanzó por el vestíbulo hacia donde estaban ellos.

Lupita había hecho té, probablemente por orden de Howard y Stella, estaba sirviéndolo. Ante la aparición de Linsy se quedó sorprendida.

— ¿Te has levantado? Howard acababa de decirme que estabas descansando. Linsy trató de no mirar el rostro frío del hombre y avanzó con paso firme hacia ellos.

— Estaba. Pero cuando os oí llegar, no pude quedarme en la cama desde luego. No hubiese sido muy cortés por mi parte.

Stella arqueó las cejas.

— Si a ti te apetecía... querida — comentó con indiferencia — Howard, ¿cuántos terrones de azúcar?

Linsy apretó los labios.

— Yo me encargaré de servir el té, Stella. No está bien que tú, que eres la visita, lo haga. Al menos, no mientras el ama de la casa esté aquí.

Stella hizo un claro gesto de desagrado y comentó con malicia:

— ¿Eres en realidad el ama de la casa, Linsy? Creí que era tu tía.

Linsy trató de no perder la calma y se sentó frente a la bandeja del té.

— Supongo que sí, pero mientras Howard y yo estemos aquí y mi tía esté enferma, yo me ocuparé de sus tareas. ¿No te parece que así debe ser, querida?

— ¿Cómo está tu tía? — le preguntó Stella, dándose cuenta de que lo mejor era evitar discusiones.

— Un poco mejor, gracias. Esta tarde ha venido el doctor Gomez y al parecer, está mejorando.

— ¡Gracias a Dios! — dijo Howard.

— Sí — respondió Stella, esbozando una sonrisa — . Cuando Howard nos contó cómo tuvo que conducir en medio de la tormenta para buscar al doctor, nos quedamos muy impresionados, ¿verdad Howard?

— La tormenta no era tan terrible. He conducido en peores circunstancias.

— ¿Sí? — respondió Stella con entusiasmo — . Supongo que en los circuitos de carreras de automóviles has conducido en todos los climas.

— Claro que sí — dijo él asintiendo y Linsy le miró asombrada.

¿Cuándo se había enterado Stella de que él era piloto?

— Recuerdo una ocasión — prosiguió él — . En Holanda... — Linsy ya no podía soportar más.

— No creo que Stella esté interesada en conocer tus aventuras automovilísticas en este momento, Howard — le interrumpió bruscamente — . Y... dime Stella, ¿cómo te encontraste con mi esposo?

Stella vaciló un momento y luego, respondió malhumorada:

— Me lo encontré cuando salí a cabalgar esta mañana. Estuvo comiendo con nosotros, ¿verdad, Howard?

Linsy le miró asombrada.

— ¿Es así, Howard? Porque nosotros, Penelope y yo, estuvimos esperándote para comer juntos.

— ¿Sí? — bajó la vista — . Pensé que aprovecharías la oportunidad para dormir, después de la noche que pasamos — añadió él mirándola a los ojos con ternura, entonces ella sintió que su mirada volvía a despertar en ella apasionadas sensaciones.

En aquel momento, le odió. A pesar de su amnesia, de sus frases provocativas, de su falta de pasado, era capaz de hierla. ¿Y por qué? ¿Qué había en él que la perturbaba de ese modo?

— ¿Cuándo vuelves a los Estados Unidos, Stella? — preguntó ella.

— No lo sé. Mi padre termina su trabajo en Brasil la semana que viene. Tal vez regrese con él... o — sus ojos se posaron fugazmente sobre Howard — tal vez me quede con mis tíos. Ellos estarían encantados.

Linsy colocó las tazas en la bandeja mientras comentaba:

— Debe ser algo aburrido para ti quedarte aquí, por lo menos eso me dijiste cuando viniste a verme la primera vez.

— ¡De ningún modo, mientras tú y Howard sigáis aquí! Y también está Maxon, por supuesto. Hablando de eso, se quedó muy impresionado contigo. Nunca le había visto así.

— Estoy segura de que exageras, Stella. Además, sólo puedo mantener con él una buena amistad. Ya estoy casada... con Howard.

— Sí — dijo Stella en un murmullo — . Claro.

Howard parecía harto de aquella conversación, se puso en pie y mirando su reloj dijo:

— Se está haciendo tarde, Stella. Te acompañaré, aunque sólo sea parte del camino.

Linsy también se puso en pie.

— No es necesario, Howard. Jean-Luc podrá acompañar a Stella — intervino Linsy.

— Necesito aire — dijo él secamente.

— Entonces, iré yo también — afirmó desafiante.

Howard la miró con ceño adusto.

— Nunca me has acompañado.

— Lo sé. Necesito hacer un poco de ejercicio — insistió Linsy.

— Yo puedo volver a casa sola — dijo Stella fríamente.

— ¡Ni lo pienses! — exclamó Linsy de inmediato con la satisfacción de haber dado en el blanco. Se puso un abrigo y se montó en su caballo sin ayuda. Stella lo hizo con más lentitud,

permitiendo a Howard que la ayudara a montar. Él subió también a su caballo, un animal nervioso que se encabritaba con facilidad.

El aire del atardecer era fresco y resultaba agradable poder salir del castelo durante un rato. Pronto Linsy se cansó del paso lento que mantenía Stella y dio rienda suelta a su caballo, alejándose por la ladera hacia la orilla del río. Allí, el paisaje era muy hermoso, sombreado por enormes pinos que crecían inclinados sobre las aguas, hoy menos tumultuosas que la noche anterior, en la que se desbordaron a causa de la tormenta.

Linsy se volvió, viendo que los otros la seguían. Más atrás, a cierta distancia, iba Jean-Luc. Acompañaba a Linsy a todas partes, y resultaba agradable saber que siempre estaba cerca de ella. Volvió a espolear al animal diciéndose para sí que tal vez Howard y Stella consideraban su comportamiento muy infantil. Pero cabalgar siempre había sido su pasatiempo preferido y el paso lento que llevaba Stella se le hacía muy aburrido. Usaba al animal sólo como un medio de transporte, sin disfrutar de él en realidad.

Cruzaron el río en la parte más estrecha y menos profunda, de vez en cuando pasaban por delante de algunas huertas y les salía al encuentro algún niño descalzo que jugueteaba con un perro.

Se hacía tarde y el sol comenzaba a ocultarse detrás de las montañas, dejando tras de sí una estela brillante sobre el valle. Desde algún árbol se oyó el canto de un pájaro.

Linsy detuvo su caballo y miró hacia atrás. Jean-Luc en ese instante se adelantó para alcanzarla.

Howard y Stella se les unieron momentos después.

— Jean-Luc te acompañará ahora — dijo Howard, haciendo un gesto al muchacho — Yo volveré a casa con mi esposa.

Stella miró con desprecio al muchacho:

— No hay necesidad, puedo volver sola, no me hace falta que me acompañe nadie. Linsy se mordió los labios. Stella quería molestarla. ¿No se daba cuenta Howard?

Él no se entretuvo y se despidió en seguida de Stella. Ésta se alejó de ellos y Linsy se preguntó si Howard no estaría contento de que Stella hubiese rechazado la compañía de Jean-Luc, porque así no tenía que volver solo con ella.

Con los músculos tensos, Linsy espoleó su caballo y antes de que los dos hombres lo advirtieran, se alejó al galope, inclinándose hacia la cabeza del animal mientras le hablaba con dulzura.

Se detuvo en el río para que el caballo bebiera agua un momento, después se acercaron a Howard y Jean-Luc. A ella le cogió de sorpresa la ira de Howard, que bajó del caballo de pronto y la cogió del brazo obligándola a mirarle.

— ¡Estoy cansado de tus desplantes, Linsy! — dijo bruscamente — . Desde la llegada de Stella, has hecho una escena tras otra y no te lo voy a permitir. ¿Me entiendes?

Linsy trató de soltarse, pero le fue imposible. Jean-Luc la miraba desolado, sin saber qué hacer.

— Me estás haciendo daño — le gritó — . ¡Y yo no hago escenas! Lo único que hago es defenderme cuando me atacan.

— ¿Y quién te ha atacado?

— Cuando viniste a mi habitación, forzaste la puerta y...

— Así es. Si hubieras dejado la puerta sin llave no hubiese tenido que hacerlo.

— ¿Sí? No soy una niña, Howard — respondió indignada.

— Entonces deja de comportarte como si lo fueras.

— ¿Cómo te atreves a hablarme así?

— Me atrevo porque estoy harto de tu comportamiento infantil. Dijiste que nuestro matrimonio no era normal antes del accidente.

Linsy abrió la boca y le tembló la voz.

— ¡No lo comprendes! — exclamó.

— ¡Sí, lo comprendo! Y ahora volveremos al castelo.

Cuando Linsy llegó al castelo fue directamente a ver a su tía, y luego se marchó a su habitación. Esperaba encontrar allí a Howard. Algo le decía que su enfado no se había disipado aún, pero no le encontró por ninguna parte y la puerta que comunicaba ambas habitaciones estaba bien cerrada. Linsy se sintió desolada. Las cosas iban, de mal en peor, y ella parecía tener la culpa de todo.

La cena transcurrió en silencio. Por supuesto, Penelope se sentó y Linsy se alegró de no tener que estar a solas con Howard, aquel hombre que se creía su esposo.

Cuando terminó de comer, Howard desapareció sin que se atreviese a preguntarle a dónde iba. Supuso que saldría, pero luego, se sorprendió cuando más tarde, al ir a ver a su tía... lo encontró allí leyendo junto a la cama de Chloe. La enfermera no estaba allí y Linsy supuso que se habría ido a descansar. Como él no hizo esfuerzo alguno por explicarle nada, Linsy se vio obligada a retirarse, buscando el silencio de su propia habitación.

Se dio una ducha, se desvistió y se metió, en la cama para poder conciliar el sueño. En realidad estaba tan exhausta que se quedó dormida, apenas apoyó la cabeza en la almohada.

Por la mañana se despertó con la desagradable sensación de que algo malo le estaba ocurriendo. Durante unos momentos trató de recordar y le vinieron a la mente las imágenes del día anterior. Moviéndose a la cabeza, tratando de disiparlas, saltó de la cama y, después de bañarse, se puso unos pantalones de algodón y una blusa, se cepilló el cabello y se lo dejó suelto. Luego bajó la escalera, Howard estaba desayunando y ella se le unió de mala gana.

— Buenos días — dijo.

— ¿Sabes cómo está mi tía?

Él levantó los ojos del plato y los clavó en ella.

— Mejora, poco a poco, tal como dijo el doctor Gomez.

— ¡Que alegría! No sabía que te ibas a quedar junto a la cama de mi tía.

— No creí que debiera darte cuenta de todas mis acciones — dijo fríamente.

Linsy, se sonrojó.

— ¡No, no es eso! Olvidemos lo que ocurrió ayer y volvamos a ser personas civilizadas. ¿quieres?

En ese momento apareció Lupita con una cafetera, cuando vio a Linsy sonrió y le preguntó qué deseaba tomar.

— Sólo café, Lupita. Gracias.

La sirvienta parecía preocupada, pero no dijo nada y después de que se hubo marchado, Howard comentó:

— No hace falta que te mueras de hambre. Te conviene comer algo más. Estás bastante demacrada.

Linsy se indignó.

— Gracias.

Él suspiró.

Linsy se sirvió café y removió el azúcar lentamente.

— A ninguna mujer le gusta que le digan que tiene mal aspecto — se defendió. Howard maldijo en voz baja.

— Sólo dije que te veía muy demacrada y es verdad, pero eso no significa que no estés atractiva.

— Comprendo — respondió ella bajando la cabeza.

Él retiró la silla y de pronto se puso en pie.

— ¡Cielos! No me entiendas mal. No tengo intención de volver a hacer la escena de la otra noche. Es eso lo que ha provocado esta tensión que existe entre nosotros y lo siento. Como todas las personas cometo errores a veces, y siento mucho que tú hayas sido la víctima en este caso. Estoy empezando a creer que no mentías cuando me advertiste que habías tenido problemas nerviosos. Lo siento.

Linsy le miró asombrada. No esperaba que él se disculpase con ella y ahora deseaba que no lo hubiera hecho.

— Puedes quedarte tranquila. Y deja de comportarte como una niña asustada cada vez que me acerco a ti — sus palabras estaban llenas de amargura.

Linsy trató de terminar de beberse el café, pero tenía un nudo en la garganta y no podía tragar. De pronto, se oyó ruido en el patio y apareció el doctor Gomez.

— Buenos días — les sonrió alegremente — . Sé que es temprano, pero tengo que hacer muchas visitas y quería venir a ver a su tía, Linsy.

La joven se alegró de aquella interrupción y le preguntó:

— ¿Café, doctor Gomez?

— No, gracias, Linsy. Primero iré a ver a su tía. ¿Me acompaña?

— Si quiere... — se preguntaba qué ocurriría.

¿Tenía noticias que darle? ¿Se refería quizá a Howard?

Mientras subían la escalera, Gomez le entregó un sobre que sacó de su bolsillo.

— Llegó esta mañana. Es del gobernador. Fue enviada a mi nombre desde el puerto de Voloro. Hay una nota donde me ruega que le entregue esta carta personalmente.

— ¿De Steven? — Linsy miró con curiosidad el sobre — . Muchas gracias.

— ¿Qué le pasa, Linsy? ¿Por qué le asusta esa carta? — le preguntó de pronto el médico.

— No estoy asustada, doctor... gracias y discúlpeme.

— Por supuesto. La veré luego, antes de marcharme.

— Sí. — Linsy subió presurosa a su habitación.

Una vez allí, abrió el sobre con dedos temblorosos. Podía adivinar su contenido.

Las palabras de Steven eran breves y concisas.

«Las autoridades de Santiago de Chile han identificado al pasajero que viajaba en el avión.

¿Puedes venir unos días a Monsalver? Es preciso hablar de cosas que no puedo discutir contigo por carta».

Linsy rompió el papel y tiró los trozos en la papelera. Luego empezó a pasear inquieta por la habitación. No tenía más remedio que ir a Monsalver; no podía negarse. Steven había tenido paciencia con ella, había sido muy comprensivo; ahora ella no podía, sino corresponder de la misma manera.

Volvió abajo y encontró a Penelope en la sala, cosiendo, como siempre.

— Buenos días, señora — dijo amablemente — . El doctor Gomez está con su tía.

— Lo sé. ¿Y mi esposo?

— Estaba aquí hace unos momentos — comentó Penelope pinchando la aguja en un acerico — . Supongo que habrá ido a los establos.

— Sí, quizá tenga razón — respondió Linsy mordiéndose los labios — . Dígame, Penelope, ¿cree usted que mi tía se pondría peor o se preocuparía si me fuera unos días a Monsalver?

— ¿A Monsalver, señora? — dijo asombrada.

— Sí. A ver a Steven y a Luchia.

— ¿Usted cree que es el momento adecuado para hacerlo? — su tono era de reproche.

— El doctor Gomez piensa que es lo mejor que puedo hacer — se defendió Linsy.
— ¿Qué es lo que yo pienso? — dijo el médico entrando en la habitación en ese momento.
Linsy se volvió hacia él rápidamente.
— Que... yo debo visitar a Steven y a Luchia durante unos días — le explicó Linsy.
El doctor arqueó las cejas, asombrado.
— Ayer, cuando se lo sugerí, me dijo que no lo necesitaba...
— Lo sé... pero lo he vuelto a pensar.
— Comprendo. Steven no le habrá mandado malas noticias, espero — cogió un cigarrillo — .
¿Luchia está bien?
— Supongo que... quiero decir que sí, por supuesto. Me ha invitado a que les visite.
— Supongo que para que haga un poco de compañía a Luchia.
— Ya entiendo — comentó Gomez — , y como es natural, lo apruebo. Creo que es lo mejor que puede hacer en estas circunstancias. ¿Cuándo se marcha?
Linsy vaciló.
— Mañana tal vez.
— Excelente. Irá a Voloro en helicóptero, desde luego.
— ¿Puedo?
— No veo por qué no. Mandaré un mensaje al aeropuerto para que la esperen. ¿Ya se lo ha dicho a Howard?
— Todavía no.
— Espero que él tenga así la oportunidad de ver algo más de la región...
— ¿Qué quiere decir? — le preguntó sobresaltada.
— Supongo que él irá con usted...
— ¡No! — exclamó Linsy — . Quiero decir que pensé que él preferiría quedarse.
— ¡Tonterías! Le hará bien a ambos. ¿No cree, Penelope?
— Si usted piensa que es conveniente que se vayan en este momento — comentó Penelope con voz desolada.
Gomez se mostró impaciente.
— No sea pesimista, Penelope. Chloe no está muerta ni se va a morir mientras Howard y Linsy estén fuera. Tienen que tomarse un descanso.
Linsy estaba inquieta. Esto no era lo que ella había planeado.
— ¿Quiere tomar un café ahora, doctor? — le preguntó.
— Gracias, ahora sí — Linsy se marchó a la cocina. Cuando volvió había ocurrido lo peor.
Howard estaba de pie junto a la chimenea y Gomez le estaba explicando que Linsy había recibido una carta de su primo en la que les invitaba a visitarles.
— ¿Es verdad? — dijo Howard observando la expresión contrariada de Linsy.
— Sí, así es — Linsy puso la bandeja sobre una mesa — . Pero le he explicado al doctor que tal vez tú no desearas acompañarme a hacer visitas a la familia.
— ¿Por qué no? Por supuesto, me encantará ir.
Linsy suspiró hondo.
— Creí que preferirías quedarte aquí — replicó.
— ¿Por qué?
La joven volvió el rostro incapaz de mirarle de frente.
— Ya le he dicho yo — continuó Gomez — que sería un descanso para los dos. Le pediré a Ramón que les lleve al aeropuerto mañana. Cerca de las diez, ¿está bien?
— De acuerdo — respondió Howard y Linsy sirvió el café sin decir una palabra.

La situación se le escapaba de las manos. Debía tranquilizarse.

Capítulo 10

Al día siguiente se marcharon en la camioneta. Era una bella mañana, el sol brillaba y el cielo estaba muy azul. A pesar de ello, había unas cuantas nubes sobre las montañas, aunque sólo tapaban las altas cimas donde tantos hombres llevados por el afán de aventura habían perdido la vida.

Linsy conocía al piloto del helicóptero. Era amigo de Steven y sin duda, le habían indicado que la esperara y la llevara hasta Voloro. Steven sabía que ella no podría negarse a ir a verle nada más recibir su carta.

Por supuesto, su tía Chloe ignoraba su partida. Aún seguía bajo los efectos de los sedantes y Gomez le había prometido que cuando regresaran la encontrarían mejor. Linsy se había quedado fría ante aquellas palabras. No porque no deseara la mejoría de su tía, sino porque no sabía si el hombre que ella llamaba Howard iba a volver con ella. Si Steven había tenido noticias definitivas acerca de su identidad, era posible que toda aquella mentira se descubriera muy pronto. Aquel pensamiento la aterrorizó. Al mismo tiempo que deseaba verse liberada de aquella red de mentiras en la que estaba atrapada, sabía que el castelo sería un lugar frío y vacío sin aquel hombre... Y ella tampoco sería la misma...

El viaje a Voloro concluyó muy pronto y cogieron el avión privado de Steven para volar a Monsalver. El piloto del helicóptero les despidió y otro llevaría el pequeño avión.

Hablaron muy poco durante el viaje. Aunque Linsy esperaba que Howard le hiciera algunas preguntas, se equivocó. Parecía estar muy tranquilo.

Mostró bastante interés en la mecánica del aparato y él y el piloto contaron con varios temas de conversación con los que distraerse.

Linsy no hacía más que preguntarse cuál sería la verdadera personalidad de aquel hombre. ¿Cómo era posible que recordara con tanta precisión algunas cosas y, sin embargo, otras no? ¿Y cuándo a veces él había mencionado sus carreras, hablaba en serio o lo hacía por seguir la corriente a ella? Nunca lo sabía con certeza y pronto las respuestas a todas aquellas preguntas ya no tendrían ninguna importancia.

Se preguntó qué le diría a su tía cuando volviese al castelo sola. ¿Simplemente que Howard se había visto obligado a regresar a Londres? ¿O sería capaz de decirle la verdad, que su matrimonio se había deshecho, que él no volvería nunca más? La situación no estaba más cerca de solucionarse que cuando llegó a Trinidad y Linsy miró absorta en sus pensamientos por la ventanilla del avión.

Por lo menos, durante aquellas semanas en el castelo, había podido olvidar la brutalidad de su verdadero esposo. Aunque de forma muy superficial, ahora sabía lo que eran las caricias y la ternura de un hombre. Saber que podía enamorarse de nuevo, después de la experiencia tan desagradable que había vivido en su matrimonio, la había convertido en una mujer nueva. Se sentía más fuerte y más madura. Si su tía no hubiese estado tan enferma, Linsy no habría dudado en comunicarle la muerte de Howard y la situación habría sido muy distinta.

Pero Jim Kilmer, el abogado de su tía, había sido muy claro. Había hablado con Chloe y se había convencido de que la anciana deseaba que Linsy se casara y que tuviera un hombre que manejara sus asuntos; si aquellas ideas eran anticuadas o no, poco importaba. Chloe tenía firmes convicciones y Linsy sabía que no tendría fuerzas para oponerse a ella. Además, todo había sido más sencillo hasta que la anciana expresó su deseo de ver a Howard, de tenerle en el castelo, de

hablar con él. Linsy nunca se hubiese imaginado que su tía pudiera dudar de su palabra y que necesitara ver con sus propios ojos a su esposo. Por eso, al enterarse de que había un hombre en el hospital que había perdido la memoria, le pareció un milagro. Pero los milagros no existen, y tarde o temprano, la realidad acaba imponiéndose.

Miró hacia la cabina del avión donde Howard ... todavía le llamaba así ... se había sentado junto al piloto y observaba el tablero de mandos, preguntando por la función de cada uno de ellos. ¿Qué clase de hombre podía aceptar con tanta tranquilidad su amnesia? ¿Es que no tenía ganas de recuperar la memoria? ¿No tenía deseos de saber con certeza cuál era su identidad y si en verdad era la persona que ella decía?

Linsy movió la cabeza impotente. Él era un verdadero enigma para ella.

Luego comenzó a especular acerca de quién sería él en verdad. Era inteligente, culto. Sabía conducir con destreza, hablar sobre música y literatura. ¿Qué clase de ocupación tendría para poder desaparecer así, durante varias semanas sin dejar rastro y sin que nadie se interesara por su desaparición?

Se preguntó si estaría casado. ¿Cómo sería su esposa? ¿Sería guapa, inteligente, cariñosa...? De pronto, sintió un profundo dolor de estómago. Imaginárselo con otra mujer se le hacía insostenible, como le había ocurrido con Stella, el día anterior. Estaba celosa, no podía negar y en ese momento sabía que cualquiera que fuese el resultado de aquella aventura, se había enamorado de él. Ahora nada podía hacer para evitar que él se enterara de su verdadera identidad y se alejara de ella para siempre.

Cuando aterrizaron en Monsalver, les esperaba el coche presidencial y sólo entonces el compañero de Linsy hizo un comentario.

— ¿Atenciones de tu primo? — señaló fríamente.

— Sí — Linsy le miró con expresión fatigada.

Con aquel traje oscuro él estaba muy atractivo y tuvo la tentación de alargar la mano para acariciarle. No podía dominar sus deseos y se esforzaba para pensar con calma y frialdad.

Miró su propia vestimenta. Por lo menos iba bien vestida y, en cierto modo, saberlo le dio seguridad en sí misma.

El palacio quedaba en la calle principal de la ciudad y estaba rodeado por altos muros, recuerdo de su antiguo pasado como fortaleza. Sin embargo, ahora, sólo una patrulla de policía custodiaba el lugar y al llegar ellos, les saludaron con amabilidad cuando reconocieron a los ocupantes del coche.

Steven salió a recibirles al impresionante vestíbulo del edificio. Las paredes eran altas y majestuosas y de ellas colgaban los retratos de los pasados presidentes de Trinidad. Linsy advirtió que Howard los contemplaba con mucho interés.

Steven se les acercó, le estrechó la mano a Howard y besó a Linsy.

— Os hemos estado esperando desde que nos avisaron de Voloro que ya habíais subido al avión. Venid a la sala, Luchia está deseando veros.

Luchia Salvatore era una hermosa joven con cabellos muy rubios, mucho más que los de Linsy. Se levantó del sofá donde estaba descansando cuando entraron en la sala y se les acercó despacio. Dentro de pocos días tendría su segundo hijo y miró con cierta timidez su abultado vientre.

— ¡Hola, Linsy! — dijo dándole un beso en la mejilla — . ¡De modo que éste es... Howard!

Linsy miró a Steven con un gesto de complicidad, pero él hizo un ligero movimiento de cabeza, mientras el acompañante de Linsy saludaba a la esposa de Steven con evidente placer.

— ¿Nos conocemos? — le preguntó Luchia, mirando recelosa a su esposo.

— Por supuesto. Pero hace mucho tiempo — la interrumpió Steven de inmediato — . ¿Te acuerdas de Howard, verdad, Luchia?

— Pues... vagamente — respondió pensativa — . Al menos tenemos algo en común. Yo también soy inglesa — luego suspiró — . ¿A nadie le molesta que me siente? Me fatigo cuando estoy de pie mucho rato.

— Por supuesto que no — contestó Linsy.

Steven se adelantó para ayudar a su esposa a sentarse en el sofá. Había tanta ternura y comprensión en aquel gesto, que Linsy sintió envidia. Miró a Howard y, de pronto, advirtió una extraña expresión en su rostro. Se preguntó en qué estaría pensando.

Steven invitó a todos a sentarse y les ofreció bebidas. Era casi la hora de comer y Linsy aceptó un jerez, mientras que Howard pedía su habitual Scotch. Los dos hombres hablaron sobre diversos temas, el clima, la velocidad con la que uno se podía desplazar en esos días... mientras que Luchia le preguntaba a Linsy por su tía y expresaba su preocupación al saber que la anciana había tenido otro ataque.

Todo era muy agradable. Nadie podía suponer que por debajo de aquella conversación había algo perturbador y pese a ello, Linsy podía percibirlo perfectamente y sabía que Steven y su esposa también lo notaban.

Poco después anunciaron que la comida estaba servida, y durante la misma hablaron sobre temas intrascendentes. A Linsy le resultó fácil interesarse por la conversación de Luchia. Su primer hijo era un hermoso niño, del que sus padres estaban orgullosos y hablaban entusiasmados. Linsy dijo que le gustaría verle, pero el niño estaba bajo el cuidado de una niñera y comía en su habitación.

Cuando terminó la comida y se sirvió el café, Linsy supo que había llegado el momento decisivo. Luchia comentó que Steven había recibido una carta de Jim Kilmer concerniente a los asuntos de su tía y que deseaba discutir a solas con Linsy, sugiriendo que, mientras tanto, Howard y ella podrían ir a la sala a charlar sobre Londres.

Linsy advirtió que los ojos de Howard la observaban con curiosidad cuando ella abandonaba la habitación para seguir a su primo. ¿Qué estaría pasando en ese momento?, se preguntó con desesperación.

En el estudio, Steven abordó el tema sin rodeos.

— Bueno, Linsy — dijo con solemnidad — . Parece que no ha recobrado la memoria.

— No — respondió ella — . Pero tú... sabes quién es.

— Sí — repuso Steven, ofreciéndole un cigarrillo que ella rechazó, entonces él encendió uno para él, con un lujoso encendedor de bronce que estaba sobre la mesa — . ¿No ha ocurrido nada... que te hiciera pensar que él sabe quién es?

— No — contestó ella impaciente — . Por favor, Steven, dímelo. ¿Quién es?

— Su nombre es Gabryel Lion. Es ingeniero, está empleado en una firma de constructores de Londres. Su director, Dexter Canninton, volará hacia aquí dentro de unos días.

— ¡Oh, Dios mío!

Linsy se llevó las manos a la cabeza y se dejó caer abatida en una silla que había frente a la mesa. Luego miró a su primo tratando de calmarse.

— ¿Por qué no notificaron antes su desaparición? ¡Cielos, han pasado semanas!

— Supongo que hubo cierta confusión con el gobierno — comentó Steven. Steven hizo un ademán de impaciencia.

— Lo siento. Te lo estoy explicando mal, perdóname. Primero tendría que haberte dicho que él estaba en Santiago de Chile y desde allí emprendió viaje hacia Brasilia. Su trabajo es supervisar

La construcción de una sección de ferrocarril en los Andes y su oficina, en Londres, supuso que se encontraba ya en Perú. Allí, cuando vieron que no llegaba y que tampoco tenían noticias de la compañía, empezaron a preocuparse, entonces el ministro, para quien él debía trabajar, se puso en contacto con la oficina de Londres, pero cuando todo se aclaró ya había pasado bastante tiempo.

— Comprendo — dijo Linsy muy pálida — . Y dices que el director de la compañía...

— La Canninton Constructor — le explicó Steven.

— Sí... el director de la compañía va a venir aquí.

— Por supuesto. Me lo notificaron las autoridades de la línea aérea ayer.

Linsy movió la cabeza.

— ¿De modo que todo ha terminado?

Steven suspiró mirando con compasión a Linsy.

— Tú sabías que terminaría tarde o temprano. Sólo espero que podamos convencer a este hombre de que todo esto ha sido una equivocación.

Linsy se puso en pie. Se sentía mal. Todo le daba vueltas.

— ¿Qué más... te dijeron sobre él? Quiero decir... ¿Está casado...?

— No lo sé. No sé nada de su vida privada.

Linsy suspiró profundamente y le preguntó:

— ¿Qué vas a hacer?

Steven inclinó la cabeza.

— No lo sé.

Dio una vuelta alrededor de su mesa.

— Dime, Linsy. ¿Sabes algo sobre la situación económica de tu tía?

Linsy le miró sorprendida.

— ¿Su situación económica? — repitió — ¿Qué tiene que ver mi tía con todo esto?

Steven la miró algo preocupado.

— Puede tener algo o mucho que ver.

— ¿Por qué? — le preguntó sorprendida — . ¿Por qué tendría que saber cuál es la situación económica de mi tía? ¿Y por qué me lo preguntas?

Steven suspiró.

— Ayer, cuando te mandé la nota pidiéndote que vinieras, no era sólo por el problema de este hombre, de Gabryel Lion.

— Por favor, Steven háblame con claridad. Luego se interrumpió de pronto.

— ¡Un momento! Luchia dijo algo acerca de que Jim Kilmer te había llamado. Yo creí que se trataba de un pretexto para que pudiésemos hablar.

— No. En realidad, Kilmer se ha puesto en contacto conmigo. Él... ha recibido una carta de tu tía...

— ¿De mi tía? — preguntó asombrada — . Pero... si ella no está en condiciones de escribir a nadie.

— No. Lo sé. Alguien se la escribió.

— ¿Quién? ¿La enfermera?

— Conociendo a tu tía, no creo que hubiese confiado una carta de esa naturaleza a un extraño.

— ¿Una carta de qué naturaleza?

— Una carta respecto a su dinero.

Linsy estaba confusa.

— ¿Sobre dinero? — repitió — . ¿Entonces, quién escribió esa carta? ¿Y qué decía?

— El hombre que según tu tía era Howard Lion, escribió esa carta — dijo Steven golpeando la mesa con los dedos — ¿Ahora te das cuenta de cómo se relacionan las dos cosas?

— ¡Oh, por favor! — exclamó temblorosa — ¿Qué significa esto? ¿Por qué ella le hizo escribir esa carta a Howard? ¿Por qué no a mí? — Al mismo tiempo que hacía la pregunta, recordaba el día en que se encontró a Lion en la habitación de su tía.

Aquella noche Chloe estaba muy mal, por supuesto, pero hubo otras noches en las que tal vez él volvió a la habitación de la anciana. ¿Qué le habría dicho a su tía? ¿Y ella a él?

— La carta se refería a ti — continuó Steven — . Como tú sabes bien, tu tía recibió una herencia considerable de sus padres y esa fortuna era para ti.

— Sí — asintió Linsy.

— Tu tía se aburría, llevó una existencia muy solitaria durante todos los años que tú pasaste en la escuela y se le ocurrió la idea de hacer que ese dinero rindiese beneficios.

— ¿Te refieres a la bolsa?

— Algo parecido. En todo caso, ella no consultó a nadie, ni siquiera a su apoderado en Monsalver y contrató a otro abogado para que se encargase de ese aspecto de sus finanzas.

— ¡Sigue! — Linsy sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Steven volvió a suspirar.

— Su primer testamento tiene la firma de Kilmer y en él aparece como una mujer rica. Sin duda, no gastó un céntimo para proporcionarte lo que ella creía que era el esposo más adecuado.

Linsy volvió a hundirse en la silla.

— Ella creyó que Howard era rico — afirmó con la voz quebrada.

— Desde luego. Y él pensó que tú lo eras. Tanto tu tía como tu finado esposo cayeron en la misma trampa — concluyó diciendo mientras miraba compasiva a Linsy.

— ¿Por eso es que ella quería que Howard viniese a Trinidad? Quería estar segura de que no me quedaría en la calle. Tenía miedo de que si yo rompía con Howard, no tuviese el valor de decirme la verdad.

— Eso es lo que yo creo — dijo Steven afirmando con la cabeza — . En todo caso, una vez que Howard o el hombre que ella creía era Howard, apareció, aprovechó la oportunidad para ponerle en contacto con Kilmer y explicarle la situación. Kilmer, como es natural, estaba atemorizado. Se culpa por no haber atendido con más eficacia los asuntos de tu tía.

Linsy le miró pesadosa y comentó:

— Él no tiene la culpa — luego miró fijamente a Steven — . Pero... eso significa que ese hombre... Lion, conoce mi situación financiera.

— Claro. Aunque dudo que eso importe, en estas circunstancias.

Linsy se mordió el labio.

— ¡Al contrario, importa mucho! ¿No te das cuenta de lo que se imaginará él cuando sepa la verdad? No me creerá. Pensará que yo le utilicé para protegerme de lo que ocurriría cuando esto se supiese.

— ¿Por qué habría de pensarlo?

— ¡Eso será! — exclamó Linsy con tristeza — . ¿No te das cuenta? ¡Él creerá que pretendíamos mentirle indefinidamente!

— ¡Oh, Linsy! ¡Estás dramatizando la situación! En la posición de Lion, yo me contentaría con saber quién soy, no perdería el tiempo en recriminaciones.

— ¡Pero tú no le conoces, Steven! — exclamó Linsy poniéndose en pie y paseando nerviosa por la habitación.

Steven la observó unos segundos y luego dijo:

— Parece que lo mejor que podía haber sucedido es que las autoridades le revelaran su identidad.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque ahora sabes cuál es tu situación y puedes hacerle frente.

Linsy se encogió de hombros con expresión de impotencia.

— ¿Quieres decir que tendré que vender el castelo?

— No necesariamente, aunque mantener ese edificio es mucho más caro que vivir en una casa pequeña.

— Comprendo — respondió resignada — . De manera que todo esto para nada. Debía haberle dicho la verdad a Kilmer en el aeropuerto.

— ¿Y darle un disgusto así a tu tía? ¿En un momento en que estaba tan enferma?

Linsy asintió despacio.

— No. No. No podía hacerlo, ¿verdad? — dijo encogiéndose de hombros — . Pero tendría que haber encontrado otra solución.

— ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Se lo dirás a Lion? ¿Quieres que se lo diga yo? ¿O esperarás a que llegue Canninton?

Linsy frunció el ceño.

— Supongo que debo decírselo yo.

— Muy bien. ¿Cuándo?

— No me agobies, Steven, dame tiempo para pensarlo. En este momento, apenas si puedo sostenerme de pie.

— Por supuesto. Lo siento — dijo Steven dándole una palma en el hombro — . Cálmate. ¿Quieres una copa?

— No, no quiero nada, gracias — Linsy suspiró profundamente — . Nunca creí que se trataría de esto cuando recibí tu carta. ¡Sólo me imaginé que... en el espacio de veinte minutos me he quedado sin esposo y sin herencia!

— No seas tan pesimista, Linsy.

— No lo soy — trataba de sonreír — . En realidad, ahora me siento mejor. Por lo menos, no era sólo yo la que mentía. Sólo desearía que...

— ¿Que ese hombre no hubiese aparecido?

Linsy inclinó la cabeza, sonrojándose.

— Tal vez.

Steven murmuró una exclamación.

— ¡Por Dios, Linsy! ¿Qué quieres decir? ¿Qué has hecho con ese hombre? ¿No habrás...?

— ¿Dormido con él, Steven? — le miró desafiante con los ojos llenos de lágrimas — . Oh, no, eso no... Pero tal vez debería haberlo hecho.

Steven se quedó asombrado.

— ¡No hablas en serio!

— ¡Oh, sí!

— ¿Quieres decir que te has enamorado de él? Linsy, ¿por qué?

Ella se encogió de hombros.

— ¿Acaso uno puede elegir? ¿Quién sabe! — dijo con amargura — . Si hubiese concedido los derechos de un verdadero esposo, estaría como Luchia. ¿Qué podía hacer?

— ¿Luchia? ¿Embarazada quieres decir!

— Por supuesto. ¿Qué, te impresiona? — le miró desconsolada.

Steven suspiró.

— Por supuesto que me impresiona. Después de lo que me contaste sobre Howard... de tu actitud hacia... los hombres...

— Lo sé. ¿Es una locura? Pero no es lo mismo con... Gabryel — pronunció aquella palabra despacio — . Es un hombre cien mil veces mejor que Howard.

Steven se llevó una mano a la frente:

— Creí que habías dicho que tú y él...

— Que no hemos dormido juntos, no — Linsy le miró, arqueando las cejas — .Pero... nos hemos besado alguna vez.

— ¡Cielos! — exclamó Steven, conmovido — . Linsy, creo que has corrido una serie de riesgos innecesarios.

— ¿Sí, verdad? — respondió desolada — . ¿Por qué ahora tiene que venir ese hombre, Canninton? ¿Por qué las cosas no podían quedar como estaban...? Gabryel desaparecido...

Steven caminó hacia la puerta.

— No seas tonta, Linsy. No eres una niña y sabes que esas cosas no suceden.

Linsy le siguió hacia la puerta.

— Gracias por todo, Steven. Por todo.

Él se volvió y cogió el picaporte.

— No me lo agradezcas, Linsy — le advirtió con cierta amargura — . Aún no hemos acabado.

Capítulo 11

Aquella noche se celebró un banquete en el palacio al que, desde luego, no asistieron ni Gabryel ni Linsy. En cambio, pasaron la noche en las habitaciones privadas del palacio acompañando a Luchia. Fue una velada agradable, y Gabryel se sintió aliviado cuando terminó y pudo retirarse a sus habitaciones. Por el momento tenía bastantes cosas en qué ocupar su pensamiento, y sabía que ahora que estaba en la capital, debía hacer un esfuerzo por dar a conocer su identidad y aliviar el sentimiento de culpa que le embargaba porque sus amigos y compañeros de trabajo hubiesen estado preocupados todo el tiempo en que no habían tenido noticias de él.

Esta situación, que había comenzado casi como un juego, se había vuelto paulatinamente más compleja y los acontecimientos de los últimos días habían servido para demostrarle la irresponsabilidad con que habían actuado.

Cuando por primera vez asumió la identidad de aquel desconocido, Howard Paladi, tenía curiosidad por saber por qué Linsy había decidido inventarse aquella historia, pero después de vivir en el castelo durante un tiempo había comenzado a comprender su situación y la fuerza de voluntad de su tía, Chloe de la Roca Negra. El motivo por el cual Chloe estaba tan preocupada por la felicidad de Linsy se había aclarado cuando le pidió que escribiera aquella carta a Jim Kilmer.

La anciana se había quedado sin un céntimo y confiaba en que el marido de Linsy se hiciera cargo de ella después de su muerte. Ella le había confiado sus inquietudes, y pensaba sugerirle al Mon Señor Paul que convenciera a Linsy para que entrase en el convento.

Al principio, Gabryel la había escuchado con indiferencia, luego con rencor, dejándose llevar por la simpatía y la atracción que empezaba a sentir por Linsy. Su reacción inicial ante la mentira de ella había sido de odio. No sentía piedad alguna ni le importaba en absoluto cuál pudiera ser el resultado de aquel peligroso juego. Pero más tarde, muchas cosas habían coincidido para que su actitud fuese cambiando poco a poco sin que él mismo se diera cuenta.

Inconscientemente, por la actitud de ella hacia él y por algunas cosas que le había confiado Chloe, Gabryel se imaginó cómo había sido el marido de Linsy y el cuadro no le parecía muy positivo. Nadie podía negar que la reacción inmediata de Linsy ante cualquier gesto de ternura, por su parte, había sido siempre de absoluto rechazo, cada vez que la tocaba, reaccionaba como si le tuviera miedo.

Él, como un tonto, se había imaginado que tal vez ella era así, que pertenecía a esa clase de mujeres que son incapaces de responder a las caricias de un hombre. Creía que había vivido algún trauma durante su matrimonio que era la causa de su frigidez.

La noche que había ido a casa de Stella Bitge, había tenido la oportunidad de poner a prueba dicha teoría y descubrió que no sólo era una mujer de carne y hueso, cálida y receptiva, sino también que él se había portado con ella como un canalla y que jamás lo volvería a hacer.

Y así había empezado la verdadera agonía. Porque a pesar de lo ocurrido y de la mentira de Linsy, él había comenzado a desearla, a desearla de verdad, no como una simple aventura que hubiera podido terminar de pronto, sin dejar rastros en ninguno de los dos, sino para conservarla, para compartir con ella toda su vida, para que fuese la madre de los hijos que hasta ahora no había pensado tener. ¡La amaba, y ella pertenecía a otro hombre!

Antes de poder considerar las dificultades que desearía afrontar, había surgido la ocasión de hacer aquel viaje a Monsalver. Él tenía el presentimiento de que aquello sería el fin de sus

relaciones con Linsy. Se imaginaba que su primo, Steven Salvatore, había descubierto su verdadera identidad y que tal vez las autoridades peruanas exigían ya su incorporación a las obras.

Pero nada le habían dicho hasta ahora, aunque Linsy, le había estado observando durante toda la noche y Gabryel supiese que él era tan culpable como ella de seguir guardando silencio. No sólo eso, su jefe y amigo, Dexter Canninton, tenía derecho a recibir información sobre lo que le había sucedido. Ya había pasado demasiado tiempo asumiendo un absurdo papel y ahora era justo que se identificase y volviera a reanudar su vida habitual.

Se quitó la chaqueta y comenzó a desabrocharse la camisa mientras iba hacia la ventana y observaba las luces de la ciudad. ¡Todo parecía tan tranquilo, tan diferente a su estado de ánimo en aquel momento!

Bajo la ducha, trató de tranquilizarse y pensar con serenidad en una posible solución. Sería fácil ponerse en contacto con el embajador británico, identificarse, explicarle las circunstancias de su desaparición, con la ayuda del doctor Gomez y luego volver a Londres de inmediato.

¿Qué ocurriría con Linsy? ¿Qué haría ella? ¿En dónde estaba el verdadero Howard Paladi? ¿Acaso él pensaba reunirse con ella allí? No, no parecía posible después de que ella había corrido el riesgo de identificarle a él como su esposo. Con seguridad, ella no hubiese actuado así, si hubiese sabido alguna posibilidad de que el verdadero Howard apareciese. ¿Entonces dónde se encontraba Howard? ¿En Londres?

Gabryel estaba apesadumbrado. El hecho de pensar que otro hombre estuviese junto a Linsy le exasperaba. Extendió la mano para coger una bata de baño y ponérsela. ¡Qué situación la suya!

Una vez seco, se puso un pijama de seda y se metió en la cama, luego encendió un cigarrillo. Sus ojos vagaron inquietos por la habitación y exhaló un profundo suspiro. Era una alcoba hermosa, debía reconocerlo, con muebles de color claro que hacían juego con la alfombra, las cortinas y la colcha. De pronto se fijó en la puerta que comunicaba su habitación con la de Linsy.

Gabryel hizo una mueca burlona. Era evidente que los Salvatore, sabían que él no era quien Linsy afirmaba. Seguro que, hasta en este lejano sitio, las mujeres y los matrimonios normales no dormían en habitaciones separadas. No, era evidente que aquí, como en el castelo, se había hecho todo lo posible por mantener las distancias convenientes entre ellos.

Miró distraídamente su cigarrillo. Tal vez había sido un tonto, pensó con amargura. Tal vez, se había equivocado al tratar a Linsy. Debía haber exigido sus derechos, sin rodeos, en lugar de esperar, de respetar los temores de la joven. Además, si ella también le quería... pero de eso no podía estar seguro.

Luego suspiró. Aunque hubiera querido, no hubiese podido hacerlo. Él no podía actuar de esa manera. No era un animal. Era un ser humano y nunca había obligado a ninguna mujer a someterse a sus deseos. Por el contrario, ellas por lo general se habían mostrado complacientes con él y deseosas de estar a su lado. Mujeres como Stella Bitge, por ejemplo.

¡Stella Bitge! Gabryel sonrió. Él había buscado deliberadamente su compañía aquella mañana después de sus forcejeos con Linsy, para demostrarse a sí mismo que era capaz de conquistar a una mujer, y a su vez, demostrarle a la mujer que aseguraba que él era su esposo, que no dejaría que se riera de él, pero de nada había servido.

Cuando volvió al castelo y advirtió que la puerta de la habitación de Linsy estaba cerrada, se enfadó más. Y luego, cuando ella abrió la puerta y le miró de aquella manera, hubiera deseado echarla sobre la cama y hacerle el amor hasta que no pudiese volver a rechazarle nunca más. ¡Y ella se lo hubiese permitido, eso era lo que más le molestaba! En sus brazos, ella se convertía en una muchacha tierna y cariñosa y parecía perder el miedo. Pero no era suficiente, no mientras

existiese su verdadero esposo; Gabryel se negaba a ser utilizado de aquella forma.

Apagó el cigarrillo con un gesto de impotencia, salió de la cama y comenzó a dar vueltas como un león enjaulado. No, no podía seguir así, de una u otra manera, esta situación debía resolverse, pero sólo Dios sabía cómo...

Al día siguiente, Linsy se levantó muy temprano y se vistió. Se sentía como un ser al que le quedan pocas horas de vida antes de que llegase el pelotón de fusilamiento. Se alegró a pesar suyo de saber que Luchia no se sentía bien y que, por lo tanto, no estaría presente para ser testigo de su desolación.

Desayunó sola en el enorme comedor del Palacio. Steven siempre lo hacía muy temprano antes de encerrarse toda la mañana en su despacho con su secretario, y como el hombre que ella ahora conocía como Gabryel Lion tampoco apareció, Linsy se sintió terriblemente sola. Si él ya sabía su verdadera identidad, era posible que se hubiese marchado para siempre y ella debía prepararse para lo peor.

Se negó a comer nada, sólo tomó café y luego se sentó en un sofá, contemplando la mesa cubierta por un elegante mantel y todos los bellos objetos de plata que había sobre ella, mientras se preguntaba por las palabras que elegiría para decirle la verdad a Gabryel. Steven le había dicho que Dexter Canninton debía llegar dentro de pocos días. Que podía ser hoy mismo y aún él ni siquiera podía sospechar que había vivido con una identidad que no era la suya, con una mujer a la que no le unía nada... pensar en ello le daba escalofríos, porque mientras pensaba que él seguiría a su lado indefinidamente sólo le preocupaba controlar sus sentimientos y comportarse con dignidad delante de él. Pero ahora que sabía que le iba a perder para siempre, le parecía que la abandonaban las fuerzas y que no podría seguir luchando.

¿Qué haría él cuando se enterase? ¿Qué diría? Había leyes que castigaban el hecho de tener confinada a una persona contra su voluntad y nadie que conociera al verdadero Howard Paladi, podría creer que ella se hubiera equivocado y hubiera confundido a Gabryel con su esposo. Todo el mundo dudaría de su palabra. ¿Qué sucedería si él decidía vengarse de ella por todo lo que le había hecho pasar? ¿Si él la acusaba, cómo podría defenderse? ¿Y cuál podría ser la pena? En realidad, eso era lo de menos. El peor castigo que podía imaginarse era el desprecio que sentiría por ella Gabryel. ¡Y pensar que en otras circunstancias podrían haberse enamorado el uno del otro.

Abandonó el comedor con tristeza, deseando al mismo tiempo que él apareciera de pronto y le permitiera purgar sus culpas.

Después de subir a su habitación y volver a bajar y después de no encontrarle, hizo sonar la campanilla para llamar a un sirviente y le preguntó dónde estaba su esposo.

— Señora — respondió aquel hombre inclinando la cabeza con cortesía — . El señor Paladi pidió un coche muy temprano y se marchó. No serían todavía las ocho de la mañana.

— ¡ Se marchó! — repitió Linsy sin creerlo — . ¿Le dijo dónde iba?

— No señora. Comentó algo acerca de... ver un poco la ciudad.

Nerviosa, Linsy se colocó el pelo detrás de las orejas.

— Comprendo — dijo frunciendo el ceño — . ¿Y el gobernador sabe que se ha marchado?

— No lo creo, señora. ¿Debería saberlo?

Linsy negó impaciente:

— No, no, supongo que no. Gracias.

El sirviente se retiró y ella comenzó a pasearse por la sala, donde su primo la había recibido el día anterior. Se preguntó a dónde habría ido Gabryel y por qué. ¿No podía habérselo dicho si su intención era visitar la ciudad? ¿Y si no era esa la razón?

¿En dónde estaría ahora?

— ¡Si Steven no estuviese tan ocupado! ¡Si pudiese verle y hablar con él! — exclamó desolada. No se atrevió a interrumpir a su primo, ocupado con asuntos de estado, de manera que se pasó el tiempo leyendo algunas revistas y yendo a la puerta de entrada y volviendo, cada vez que oía el motor de un automóvil.

Al fin llegó la hora de la comida y Gabryel no había vuelto. En ese momento Steven salió de su despacho. Linsy le esperaba con una expresión de ansiedad.

Él la miró, intrigado, y luego, despidiendo a su secretario, le preguntó:

— Linsy, ¿qué ha pasado?

La cogió del brazo y la llevó a su despacho.

— ¡Vamos, habla! ¿Qué ocurre?

Linsy comenzó a temblar.

— Ha desaparecido — afirmó con la voz quebrada.

— ¿Desaparecido? — Steven frunció el ceño — . ¿Qué quieres decir con «desaparecido»?

— Gabryel se ha marchado. Pidió un coche esta mañana y se fue. Antes de las ocho de la mañana.

— ¡Qué! — exclamó sorprendido — . ¿Quién le dio permiso para usar un coche oficial?

— ¿Necesita permiso? — Linsy hizo una mueca — . Creo que Luchia, anoche, le dijo que si quería un coche, no tenía más que pedirlo.

— Comprendo — Steven asintió con la cabeza — . Creo que ha ido demasiado lejos. Marcharse sin decir adonde iba...

— Sí — repuso Linsy, suspirando — . ¡Oh, Steven! ¿Qué voy a hacer?

— Calmarte — le estaba diciendo aquello cuando se oyó que alguien llamaba a la puerta del despacho.

Linsy se puso de pie al instante y Steven respondió:

— Adelante — dijo con voz impaciente.

Uno de los secretarios del Palacio estaba de pie en el umbral de la puerta:

— Hay un mensaje para usted, Excelencia — le informó con amabilidad mientras le entregaba una nota.

Steven asintió con un gesto.

— Démelo y retírese.

Una vez que el hombre hubo cerrado la puerta, Steven abrió la nota, mientras Linsy deseaba que cualquiera que fuera el mensaje, no fuese algo que obligase a Steven a pasar el resto del día ocupado. La exclamación súbita de su primo la aterrorizó. Podía advertirse en sus facciones descompuestas la sorpresa.

— Es un mensaje de la Embajada Inglesa — le explicó Steven — . Me notifican que el señor Dexter Canninton ha llegado esta mañana temprano.

Linsy tragó saliva con dificultad.

— ¡Dexter Canninton!

— Sí. Es el jefe de Lion. Ya te había dicho que iba a emprender viaje hacia aquí.

— Y... ¿hace referencia a... Gabryel?

— No — suspiró Steven — . Linsy ¿Estás segura de que ese hombre, Lion, no conoce su verdadera identidad?

Linsy se puso seria:

— Por supuesto que estoy segura. ¿Por qué me lo preguntas?

Steven se quedó pensativo.

— No lo sé. Me parece que todo este asunto es algo turbio.

— ¿Qué vamos a hacer?

— ¿Que qué vamos a hacer? — le preguntó impaciente — . Linsy, toda esta aventura la has iniciado tú. Ahora, sólo nos queda sentarnos y esperar.

— ¿Y el coche oficial? ¿No te importa que se lo haya llevado?

— Mi querida Linsy, si crees que ahora yo me voy a poner a buscar un vehículo que falta, con la esperanza de encontrar a hombre, estás equivocada.

Linsy bajó la cabeza.

— Comprendo.

Steven la miró con exasperación.

— Llamaré al garaje y les pediré que me informen cuando regrese el coche. Y eso es todo lo que puedo hacer.

— Sí, está bien.

Suspirando, Steven levantó el auricular y marcó el número del garaje del Palacio. Cuando respondió el mecánico, le explicó lo que quería saber y luego hizo una exclamación.

— ¿Cuándo? — exclamó — . ¿Y sabe usted dónde dejó el chofer a ese hombre?

Hubo un silencio y Linsy miró a Steven, desesperada; entonces él tapó el auricular con una mano para que no se oyera la conversación y le explicó fríamente:

— El coche ha vuelto al garaje hace una hora. El mecánico ha ido a preguntarle al chofer dónde dejó a Lion.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó Linsy tapándose la boca con la mano.

Unos minutos después, Steven, asintiendo con la cabeza, dijo:

— Gracias, eso es todo — su voz tenía un tono extraño cuando colgó. Luego dijo:

— Creo que no hará falta que hagas ninguna confesión, Linsy. El chofer dice que dejó a Lion en la puerta de la Embajada Inglesa.

Por la tarde, Linsy comprendió que debía tomar una decisión. No se había tenido ninguna noticia de la Embajada Inglesa ni del propio Gabryel y ahora él ya debía estar enterado de todo. Seguramente ya sabría la verdad.

Se sentía muy cansada y ya no le quedaban fuerzas para luchar. Lo único que deseaba era tener una oportunidad para escaparse a algún lugar donde nadie pudiese encontrarla, donde pudiese curarse de sus heridas, aislada de todos y de todo.

¡El castelo!

Alrededor de las cuatro y media, buscó a Steven y le dijo lo que quería hacer. Al principio él se resistió, pero cuando se dio cuenta de que ella estaba al borde del agotamiento, se rindió, pensando que tal vez todo lo ocurrido era demasiado para su prima. Él podía ocuparse de lo que sucediera en adelante. Comprendía que, a pesar de que Linsy había tomado una decisión descabellada y demasiado peligrosa al identificar a un hombre desconocido como a Howard Paladi y que ella era en cierto modo la culpable de su situación actual, había vivido bastantes días de tensión y debía estar agotada. Él también tenía parte de responsabilidad en aquel asunto. Llevado por su cariño hacia Linsy, había sido su cómplice. Si él se hubiera negado a apoyar las afirmaciones de su prima, quizás ella no se hubiera atrevido a llevar adelante aquella aventura.

Por eso le parecía lo más adecuado que Linsy dejase todo aquello en sus manos; estaba tan nerviosa que no podría serle de ninguna ayuda allí. De manera que hizo todos los preparativos para que Linsy pudiese volver al castelo, cansada, pero aliviada por volver al lugar que le pertenecía. Habría interrogatorios, de eso no cabía duda alguna. Chloe se ocuparía en que así fuese y su tía iba a querer saber dónde estaba Howard apenas se recobrara. En este momento,

nada importaba, sólo que ella volviera a su cama, a dormir, a dormir, dormir...

Capítulo 12

La tía de Linsy murió días más tarde sin recuperar del todo el conocimiento. La joven, por la expresión del rostro del doctor Oscar Gomez, supo que él en ningún momento había confiado en que pudiese recuperarse después de su último ataque. En realidad, casi tenía la seguridad de que Chloe moriría mientras Linsy y su esposo estaban ausentes.

La explicación de Linsy fue que Howard había tenido que volver de pronto a Londres y nadie se sorprendió. Después del funeral, pensó que no había razón alguna para explicarle a Penelope la verdad. Después de todo, dentro de pocos días, una vez que los asuntos de su tía se aclararan, Penelope sería despedida y el castelo se pondría en venta. Tampoco le dijo nada a Penelope respecto a este asunto. Ya habría tiempo para ello cuando se conociera el testamento de la anciana y no había necesidad de preocupar aún más a la vieja compañera de su tía en un momento en que estaba tan afectada por la muerte de Chloe.

Antes de que se conociera el testamento, Linsy recibió otra carta. Era uno de los abogados de Howard, desde Londres. Ella creía que los asuntos de su esposo ya estaban resueltos, pero, al parecer, aún había algunas cuestiones que debían aclararse y para ello se solicitaba su presencia en Londres.

Aquella carta fue la gota que colmó el vaso. El último lugar en el mundo al que hubiese querido ir era Londres y el solo hecho de pensar que tenía que viajar hasta allí para ocuparse de los asuntos de Howard, provocaba en ella una tensión insoportable, sobre todo en aquel momento. No quería que nada la hiciese recordar a su esposo.

De manera que les escribió explicándoles que su tía acababa de morir, que no se sentía capaz de viajar y que por favor le enviaran los papeles.

Pero la segunda carta de los abogados afirmaba, en términos algo confusos, que su presencia en Londres era indispensable y que hiciese los preparativos para su viaje de inmediato.

Linsy estaba desesperada. Y no tenía nadie a quien poder confiar su ansiedad. No se atrevía a llamar de nuevo a Steven, después de aquella aventura descabellada y, como no tenía noticias de él, supuso que nada nuevo había ocurrido desde su partida. Vivía aterrorizada, pensando en que algún día recibiría una notificación para presentarse a la policía para explicar las razones que la habían llevado a mentir.

No había ocurrido nada de eso todavía y ahora le pedían que viajase por razones diferentes.

Comprendió que no tenía más remedio que ir. Le explicó a Penelope que se marchaba a Londres y la anciana, por supuesto, pensó que seguramente su marido la había mandado llamar.

Aterrizó en Londres en una tarde fría de finales de marzo. Las gotas de lluvia chocaban contra el cristal de las ventanillas del taxi y un viento helado le recordaba que era todavía pleno invierno.

Se alojó en un pequeño hotel que estaba cerca de Norton Park y pasó el resto del día en su habitación. Se pondría en contacto con los abogados a la mañana siguiente, porque el viaje la había dejado agotada, tenía muchas ojeras...

Por la mañana, el tiempo no parecía haber mejorado. La lluvia había cesado, pero todavía hacía frío y ni siquiera el tímido sol que brillaba, pudo mejorar su estado de ánimo.

Después de tomar el desayuno en el comedor del hotel, Linsy llamó por teléfono a la oficina del abogado Forster. Explicó que había llegado a Londres el día anterior y que podía ir a verles cuando ellos lo creyesen conveniente.

El joven abogado que la atendió, después de esperar un rato, le sugirió que se pasase por la

oficina por la tarde y Linsy, después de darle las gracias con amabilidad, colgó. No podía imaginarse cuáles serían las dificultades que habrían surgido para hacer necesario su viaje a Londres, pero estaba demasiado agotada física y mentalmente como para pensarlo ahora que ya estaba allí.

Se pasó la mañana en el hotel, sin salir de su habitación siquiera. A los empleados del hotel aquel comportamiento no les dejaba de sorprender. Lo más habitual era que se alojasen en el hotel turistas que venían a conocer la ciudad y que sólo paraban en el hotel para cenar y dormir. No obstante, Linsy no hizo caso de las miradas curiosas que le dirigían y comió temprano, antes de salir en dirección a Lincoln Inn.

La oficina del abogado Forster, era imponente. Estaba en un edificio de fachada de piedra gris, de varios pisos. Ella ya había estado allí una vez y la recepcionista le sonrió al reconocerla.

— ¿La señora Paladi, verdad? — le preguntó mientras Linsy se aproximaba a su escritorio.

— En efecto — asintió Linsy. Se había recogido el pelo en un moño que le daba un aspecto severo, se sintió segura y confiada, al parecer una mujer mucho mayor.

La recepcionista hizo una consulta por teléfono y luego le informó.

— Arriba, la primera puerta a la derecha, señora Paladi — y le sonrió.

— Gracias.

Linsy subió por la escalera y al llegar al pasillo vio varias puertas. La recepcionista le había dicho la primera a la derecha, de modo que llamó con seguridad.

— Adelante — se oyó una voz masculina.

Ella hizo girar el picaporte y abrió la puerta. Era una habitación bien iluminada, cubierta por una alfombra, sobre la cual había una gran mesa de roble.

Ella observó distraídamente todo aquello, pero sus ojos se clavaron de pronto en un hombre que estaba de pie detrás de la gran mesa, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. Llevaba puesto un traje gris impecable. Su pelo oscuro y bien peinado le daba cierto aspecto de típico empresario londinense. Para Linsy era algo más y le miró asombrada, con deseos de volverse hacia la puerta, convencida de que se trataba de una alucinación.

Moviendo la cabeza lentamente, murmuró casi sin aliento:

— Lo... siento. Debo haberme equivocado de despacho.

Gabryel Lion se enderezó y avanzó de pronto hacia ella para coger el picaporte de la puerta y obligarla a cerrarla de nuevo. Luego regresó a su mesa y se volvió diciendo:

— No te has equivocado de despacho, Linsy. Yo he mandado que te buscaran.

Linsy le miró asombrada.

— ¿Tú has mandado que me buscaran...? — contestó temerosa.

— Así es — asintió Gabryel cogiendo un cigarrillo de una caja que estaba sobre su mesa — . Toma asiento.

— No... gracias — miró a su alrededor, atemorizada — . ¿Por qué habría de hacerlo?

Gabryel encendió su cigarrillo antes de responder, luego se encogió de hombros.

— Tal vez te haya traído a este lugar para hacerte arrestar por secuestrar a un extranjero en tu casa, fingiendo que era tu esposo — comentó muy serio.

Linsy tembló.

— ¿Serías capaz de hacerlo?

Gabryel la miró un rato y luego negó con la cabeza.

— ¡No! ¡No! ¡No sería capaz!

Linsy tragó saliva.

— ¿Has recuperado la memoria?

Él hizo una mueca.

— ¿Qué pensarías si te dijera que recuperé la memoria antes de abandonar la clínica?

Linsy tartamudeó.

— No... ¡no puede ser cierto!

— ¿Por qué no?

— Porque no me hubieses permitido que hiciese lo que hice si hubieras sabido quién eras.

— Tal vez sentía curiosidad por saber de lo que eras capaz.

Linsy, desalentada, se dejó caer en una silla, las fuerzas le habían abandonado.

— Me confundes — murmuró con voz ronca.

— No más de lo que tú me confundiste a mí, créeme — observó con frialdad Gabryel.

— ¿Y todo el tiempo que pasaste en el castelo sabías quién eras?

— Sí.

— ¿Por qué lo hiciste?

— ¿Y tú? — replicó él.

— Por razones puramente egoístas, supongo — dijo ella con amargura — . No quería decirle a mi tía que Howard había muerto.

— ¡Ahora lo sé! — Gabryel le dirigió una mirada maliciosa.

— ¿Tú lo sabes? — le preguntó Linsy desolada.

— Sí, lo sé. Steven me lo contó.

— ¿Steven? ¿Has hablado con Steven?

— Sí, hace tiempo que estoy en contacto con él. ¡Por Dios Linsy! ¿Por qué huiste? — pronunció aquellas últimas palabras con un tono de voz diferente, como si las hubiese dicho sin querer.

Ella bajó los ojos, evitando mirarle.

— ¿Y todavía me lo preguntas? — replicó inquieta — . Supe que ese hombre... Canninton... había llegado, que pronto sabrías la verdad y no tuve la valentía de enfrentarme a ti.

Él murmuró una imprecación y apagó su cigarro en el cenicero.

— ¿Por qué? ¿Por qué no esperaste? Sabías que regresaría.

— ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo estar segura de lo que tú harías? No me dijiste una palabra. ¡Desapareciste sin más!

— Lo sé, pero trata de comprender mi punto de vista. Por la mañana fui a la embajada a explicarle la situación al embajador, sin saber que Dexter ya había llegado. Resultó que el embajador había ido a buscarle y tardaron en volver a la embajada y yo no tuve más remedio que esperarles. Cuando Dexter me vio, ya te puedes imaginar cómo reaccionó. Él no paraba de hacerme preguntas y yo de darle explicaciones. Hasta que todo quedó aclarado y Dexter lo entendió, pasó mucho tiempo. Antes de darme cuenta, se había hecho muy tarde. Dexter me dijo que yo había sido un inconsciente al actuar de aquella manera. Y así fue, debo reconocerlo.

Linsy se puso las manos en las sienes.

— Y cuando viste a Steven, ¿qué le dijiste?

— Más bien fue él quien habló. Cuando me enteré de que te habías marchado, me puse más nervioso de lo que estaba. Creí que iba a volverme loco...

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Cómo qué quiero decir? Le hubiera retorcido el cuello cuando me dijo que te había permitido volver al castelo. Como yo le había prometido a Dexter que volvería con él a Londres al día siguiente, no pude ir a buscarte. Además, no sabía que Howard Paladi había muerto.

— Comprendo — Linsy se sonrojó — . Ahora ya lo sabes.

— Sí, pero no sólo eso. También muchas cosas. Sé que tu tía hizo todo lo posible para que te

casaras. Si no lo hubieses hecho, ella te hubiera obligado a ingresar en el convento. Sé cómo te trataba Howard. Sí, lo sé... — Linsy sentía que le ardían las mejillas. — ¡Créeme, que en ese aspecto estoy de acuerdo con tu primo. Deseo que estuviese con vida para poder darle una lección! — levanto una mano amenazadora — . ¿Qué supe por tu primo Steven? ¡Ah, sí! Sé que Paladi y tu tía se pusieron de acuerdo para sacar el mejor partido de ti, en beneficio de ellos, y cuando tú volviste al castelo, después del ataque de Chloe, ¿cómo podías decirle la verdad? Era evidente que no podías hacerlo. Creo que sé todo lo que ha ocurrido.

Linsy se puso en pie.

— Me alegro de que sepas por fin la verdad. Y supongo que debería sentirme agradecida de que no me hayas acusado, Pero también hubiese preferido que en lugar de decirme todo esto personalmente, lo hubieses hecho por escrito... — su voz se quebró. Avergonzada se volvió, incapaz de sostenerle la mirada.

Gabryel juró en voz baja, y en un momento, se acercó sus manos sobre sus hombros. Linsy se estremeció al sentir su contacto.

— ¿Qué estás diciendo? No te he traído hasta aquí solamente para hablar. Oye, Linsy, debes creerme...

Y su boca acarició la nuca, con mucha ternura, mientras le iban quitando las horquillas que sujetaban su pelo, que cayó como un manto sedoso sobre sus hombros.

Linsy soportó todo aquello un instante, luego se alejó de los brazos de él.

— ¡No! — exclamó sin aliento — . ¡No! ¡Así no! De nada sirve.

El rostro de Gabryel se oscureció.

— ¿Por qué? ¿Por qué, Linsy? Te conozco demasiado bien. ¡No puedes negarme que deseas hacer el amor conmigo!

Nerviosa se arregló el cabello.

— No, no, no puedo negar — reconoció avergonzada — . Y... y sé que si me hubiese quedado en el valle, sé... que hubiese ocurrido lo inevitable. Y... además, que... me hubiese agradado.

Él dio un paso adelante y ella extendió una mano como si quisiera detenerle.

— Ahora es diferente, tú ya sabes que no eres mi esposo y... y no soy de esas mujeres que... se conforman con tener una fugaz aventura con el hombre al que más quieren en el mundo.

— ¿Qué quieres decir? — le preguntó.

— Quiero decir... lo que he dicho... ya no me importa que lo sepas... que te quiero demasiado, que como para mí tú no serías una simple aventura, prefiero no volver a verte antes que permitir que te rías de mí.

— ¡Por Dios, qué mujer! ¿Acaso te parece que te esté pidiendo simplemente que te acuestes conmigo? — paseó nervioso por la habitación. Luego, a pesar de los esfuerzos de ella porque no se le acercara, la tomó en sus brazos para besarla.

— Quiero casarme contigo, tonta — ocultó su rostro entre su pelo — . ¡Y por Dios que si no lo hago en seguida, me volveré loco! Linsy levantó la cabeza y le miró fijamente a los ojos.

— Pero una vez... hablaste de... peleas, discusiones que habías tenido con tu esposa. ¿Qué ocurrió con ella?

— Estuve casado y me divorcié. La mujer con quien me casé murió poco después. No tengo esposa y nunca pensé volver a casarme. Hasta que te conocí, entonces todos mis ridículos y absurdos razonamientos... — dejó de hablar, su boca buscó con avidez los labios de Linsy.

Pasó un rato antes de que ella pudiese pensar con coherencia.

— ¿Por qué me hiciste venir hasta aquí? ¿Por qué no fuiste al valle? Gabryel le puso el pelo detrás de la oreja y luego le levantó la barbilla.

— Por diversas razones. En primer lugar, porque le prometí a Dexter que vendría con él aquí. Ha sido sumamente comprensivo y deberá serlo doblemente cuando me tome unas vacaciones para pasar la luna de miel. Y también porque quería verte aquí, fuera de la nociva influencia de tu tía. Siento que haya muerto. Por último, quería tenerte aquí, para que vieras dónde trabajo, cómo vivo, mi ambiente, mi mundo. El mundo donde tendrás que vivir si vas a ser mi esposa. ¿Puedes comprender?

Linsy le miró con un gesto de impotencia.

— Creo que podría vivir en cualquier parte contigo — murmuró en voz baja — .Pero... pero, ¿qué hacemos con el castelo? Tendré que venderlo.

— ¿Por qué? Mantenerlo no debe ser tan caro. Además, si quieres y si el gobernador del lugar, lo permite, podría ser nuestro hogar. Mi trabajo me obliga a viajar a todas las partes del mundo. Londres es solamente un lugar de descanso, no es mi verdadero hogar.

Linsy abrió la boca asombrada.

— ¡Eso sería maravilloso! ¡ No sé cómo agradeceréte!

— Sí, lo sabes — la miró amoroso, haciéndola sonrojarse una vez más.

Fin